

HARLEQUIN

Bianca™

Los Sicilianos

La venganza del siciliano

Carole Mortimer

Carole Mortimer — Los sicilianos 1— La venganza del siciliano

La venganza del siciliano

Carole Mortimer

Los Sicilianos 1

Argumento:

Un matrimonio a la siciliana... ¡Por venganza!

Para el siciliano Cesare Gambrelli, la muerte de su hermana en un accidente de coche en Montecarlo sólo podía tener una explicación. La culpa había sido del adicto al juego Simon Ingram. Era una deuda de sangre que sólo podía solucionarse a la vieja usanza, vengándose. Y era la familia Ingram la que iba a pagar por su trágica pérdida, sobre todo la hermana de Simon, Robin, una belleza inglesa a la que Cesare tendría el gran placer de utilizar en su beneficio. Se convertiría en su esposa y en la madre de su pequeño sobrino huérfano y engendraría a sus propios hijos. Era esta última parte la que Cesare saboreaba con más placer.

Prólogo

PERDIDO. Todo se había perdido. El dinero se había gastado hacía ya tiempo. Había vendido el apartamento de Londres, la finca de Francia, el Ferrari rojo...

Todo se había perdido al compás del giro de una ruleta.

Era una enfermedad. Él lo sabía. Una enfermedad que parecía no tener cura.

La noche anterior había perdido la única cosa que se había jurado no invertir nunca en el juego, y había dejado a su familia en una situación económi ca verdaderamente difícil.

¡Oh, Dios... !

Sus manos apretaban el volante del vehículo que conducía, un coche de alquiler. No le quedaba siquiera dinero para comprarse uno. Había elegido instintivamente la carretera de la montaña, salpica da de tortuosas curvas, para salir de Montecarlo. El azul celeste del mar Mediterráneo parecía llamarle tentadoramente desde allá abajo. Era una ruta que conocía muy bien, una ruta por la que, a pesar de su encomiable fuerza de voluntad, regresaría otra vez esa noche, cuando la fiebre le dominase y le venciese su fascinación por las mesas de juego.

¿Cómo podría enfrentarse con su padre y con Robin, y decirles lo que había hecho? ¿Cómo po dría siquiera explicarles que les había traicionado?

No, no podía.

¿Cómo podría hacerlo después de todos los su frimientos que ya les había causado?

Y ahí abajo estaba el mar azul que parecía invitarle a...

Quizá lo mejor que podía hacer era dar un vo lantazo en la primera curva.

Quizá ésa fuese la respuesta, la solución a la enfermedad que padecía, esa fiebre que le conducía sin remisión una y otra vez a la diosa Fortuna.

Una diosa que le había abandonado por completo...

Todo.

Todo había terminado.

Todas las esperanzas y los sueños ya no significaban nada, ahora que sabía que Pierre nunca la había amado, que nunca había tenido la menor inten ción de dejar a su mujer por ella.

Un año antes le había creído cuando le había di cho que la amaba, no le había importado entonces que fuera un hombre

casado, sólo había querido es tar con él, sentirse amada por él, y amarle ella a su vez.

Había confiado en que el hijo que habían tenido tres meses atrás sería el acicate que él necesitaba para dejar a su esposa. Pero en lugar de ello, el muy cobarde había decidido confesárselo todo a su mu jer y pedirle perdón para seguir a su lado.

¡Pobre pequeño!

Su Marco.

Ella había llevado la vergüenza y la deshonra a su familia dando a luz a la pequeña criatura. Y todo para nada. Pierre no la quería. La última noche la había pasado entera en sus brazos después de hacer el amor. Le había pedido que se quedase con ella y con el niño, pero él le había dicho la verdad, que nunca la había querido, que ella había sido sólo una simple diversión, otra conquista más en su larga lis ta de aventuras.

Las lágrimas corrían por su rostro mientras con ducía por la carretera de montaña en dirección a Montecarlo, hacia el chalet que tenía allí su familia. Hacia su niño, su pequeño y maravilloso hijo sin padre.

¡Qué conveniente sería para él que ella desapare ciera! Su corazón se había partido en dos y nunca más tendría arreglo.

Si ella no estuviera, su hermano Cesare cuidaría de Marco, le protegería de la deshonra de su nacimiento, cuidaría de él como de su propio hijo, defendiéndole para que nada ni nadie pudiera nunca hacerle daño.

¿Podría hacerlo? ¿Podría poner fin a esto ahora? ¿Poner fin al dolor por el abandono de Pierre?

Las mentiras de él la habían llevado a la deses peración. Sentía su amor traicionado, ese amor que ella había creído tan maravilloso, tan perfecto...

Sí, era lo mejor, era la solución. Así pensaba cuando miraba las rutilantes aguas del Mediterrá neo, invitándola tentadoramente, como un diaman te, desde allá abajo. Sí, podía hacerlo. Podría salirse de la carretera por el borde del precipicio y poner fin a tanto dolor de una vez por todas...

Él no se dio cuenta de que venía un coche en di rección contraria. Ninguno de los dos intentó girar el volante para desviarse. Los dos vehículos choca ron, fundiéndose en un chirriante crujido de meta les. Y después el vacío, la nada.

Él se volvió aún para mirar al conductor del otro vehículo, y contemplar la belleza de la joven mujer.

Ella le devolvió la mirada con sus cautivadores ojos negros.

Luego los dos coches comenzaron a caer, preci pitándose, como atraídos por un imán, al fondo de las profundidades del Mediterráneo…

Capítulo 1

LA mujer que va con Charles Ingram, ¿sabe quién es? —preguntó Cesare con aspereza.

—¿Perdón? —preguntó confuso Peter Sheldon, el hombre que le acompañaba.

Cesare se mordió los labios. Pese a ser una cena benéfica, los dos hombres habían mantenido una charla de negocios durante la cual Cesare había estado distraído, cautivado por la mujer que paseaba por la sala al lado de Charles Ingram.

¡Al lado del enemigo más acerbo de Cesare!

—Simplemente me estaba preguntando quién es esa mujer tan bella que acompaña a Charles Ingram —dijo con voz reposada y en un tono de indiferencia.

Charles Ingram andaba ya camino de los sesen ta, tenía el pelo plateado, y aún era un hombre atractivo. En una sala llena de mujeres bellas con joyas lujosas y vestidos de diseño, y de elegantes y refinados caballeros con trajes de etiqueta cortados a la medida, la esbelta y alta figura de la mujer que estaba junto a Charles Ingram destacaba sin embar go por la extraordinaria singularidad de su presencia.

Su pelo de color miel, caía en lustrosas ondas hasta media espalda, y sus ojos, incluso a distancia, eran, Cesare podía apreciarlo, de un intenso violeta.

Se estaba riendo de algo que Charles Ingram le decía en ese momento. Su piel era cremosa, su boca una tentación, su cuello largo y suave, y sus rotun dos pechos destacaban bajo el sencillo vestido blanco que llevaba y que se ceñía a la perfección a sus seductoras curvas.

Una de sus finas manos, que podían sin duda acariciar a un hombre hasta llevarle al bode de la locura, descansaba plácida y posesivamente en el brazo de su acompañante.

—Una belleza, ¿no? —murmuró Peter Sheldon con tono de admiración—. Bella, pero inalcanzable.

—¿Quieres decir que es propiedad exclusiva de Ingram? —preguntó Cesare despectivamente.

—No, en absoluto —aclaró su compañero en tono humorístico —. La dama en cuestión es Robin In gram, la hija de Charles— añadió con indiferencia.

¿Robin Ingram? ¿La hija de Charles Ingram?

En los últimos tres meses, Cesare había reunido toda la

información que había podido sobre Charles Ingram, quería saber todo lo que pudiera sobre su enemigo declarado. El segundo hijo de Ingram había sido incluido en el dossier. Pero Cesare había supuesto, erróneamente, que Robin era el hijo menor de Charles Ingram, y por tanto de menor interés.

—Había pensado que Robin era un nombre mas culino —comentó Cesare.

—Es uno de esos nombres que pueden usarse in distintamente para uno u otro sexo.

Así que el segundo hijo de Charles Ingram era una mujer... Una maravillosa, sensual y seductora mujer.

Eso cambiaba el rumbo de la venganza que Ce sare tenía planeada contra la familia Ingram...

—Papá, ¿conoces a ese hombre? No, no le mires ahora —le rogó Robin a su padre con voz apagada, cuando vio fascinada que el hombre se había vuelto para mirarla fijamente—. Hay un hombre en la sala, un hombre moreno de ojos negros.

—¿Un hombre apuesto, moreno y de ojos negros? —bromeó el padre.

—Bueno... sí —admitió ella con un ligero mo hín—. Pero no le miraba por eso.

—¿No? —sonrió con indulgencia su padre.

—No —insistió ella—. Ha estado fijándose en mí los últimos diez minutos o así.

—Yo también te estaría mirando si no fueras mi hija —afirmó Charles con una tierna sonrisa—. Estás verdaderamente hermosa esta noche, Robin. Me alegro de que me convencieses para que viniera aquí contigo esta noche. Tenías razón, no podemos escondernos de todo el mundo simplemente porque puedan hablar de Simon.

Robin apartó los ojos del hombre que la miraba tan intensamente desde el otro extremo de la concurrida sala y fijó en su lugar la mirada en su padre,advirtiendo las arrugas de tristeza que aún surcaban su frente y prolongaban sus estrías por la nariz y la boca.

Los últimos tres meses no habían sido fáciles para ninguno de ellos, la muerte inesperada de su hermano Simon en un accidente de tráfico había su puesto un duro golpe en sus vidas.

Había sido una pérdida que ninguno de ellos ha bía llegado aún a asumir, y que quizá nunca acaba rían aceptando por completo. Pero ella había con vencido a su padre para que fuera con ella esa

noche a la cena benéfica.

—Olvidemos eso por ahora y volvamos a tu apuesto desconocido de los ojos negros —dijo su padre in fundiendo un tono humorístico en la voz—. ¿Dónde está? —dijo volviéndose para echar una ojeada por toda aquella sala llena de celebridades.

—Salta a la vista —replicó Robin, fijando de nue vo su mirada en aquellos ojos casi negros—. Aquel tan alto, aquel moreno de unos treinta y tantos años con el pelo largo —apostilló ella, sintiendo un esca lofrío por su espalda ante el brillo de su mirada—. El que está junto a Peter Sheldon... ¿Qué te pasa papá? —dijo ella, volviéndose con preocupación ha cia su padre, al percibir entre sus dedos la repentina tensión del brazo de él.

—Quiero que te mantengas alejada de ese hombre, Robin —le aconsejó él con gravedad, al tiempo que se colocaba de forma protectora delante de ella.

—¿Pero quién es? —preguntó Robin mirando a su padre desconcertada.

—Se llama Cesare Gambrelli —dijo al fin Charles secamente.

Gambrelli... ¿Por qué le resultaba tan familiar ese nombre?

Sólo el nombre desde luego; hasta entonces nun ca le había visto.

—Italiano, sin duda alguna —continuó su padre—. Millonario, supermillonario. Entre otras cosas, es propietario de la cadena hotelera Gambrelli.

Esa debía de ser la razón por la que su nombre le resultaba tan familiar. Robin conocía la categoría de los hoteles Gambrelli. Había estado en algunos de ellos. ¿Quién no había oído hablar de los lujosos y exclusivos establecimientos repartidos por todo el mundo? ¿O de la cadena de medios de comunicación Gambrelli? ¿O de los estudios de música y cine?

Y aquel hombre, el hombre que había estado mi rándola con tanto descaro, era el propietario de todo aquello. Aunque eso no explicaba la animadversión que parecía sentir su padre hacia él.

—No lo entiendo —dijo ella desconcertada—. Pero... no le mires ahora, papá — le dijo ella en voz baja—. Me parece que viene hacia aquí.

—Charles... —dijo Cesare saludándole con frialdad sin apenas tenderle la mano, al tiempo que se colocaba entre él y su hija —. Supongo que debe de ser tu maravillosa hija...

Sí, es Robin —contestó Charles Ingram, inquieto por su brusca aparición—. Me sorprende verte en un evento benéfico, Gambrelli.

—¿Crees que soy tan despiadado, Charles? —pre guntó desafiante mientras miraba de arriba abajo a Robin.

Robin se había dado cuenta ya del concepto que tenía su padre de él, y esa impresión no tardó en afianzarse a los pocos minutos. ¡Sin duda era un hombre peligroso! Y también el hombre más apues to que jamás había visto. Sus ojos eran tan oscuros que parecían carbón, su nariz aquilina, sus escultu rales labios duros y crueles, su mentón cuadrado y rotundo, y su pelo oscuro peinado hacia atrás resaltaba la blancura del cuello de su camisa de fiesta. Sus hombros eran anchos y musculosos. Pero, sin duda, era el hombre atractivo más peligroso que nunca había conocido.

La forma en que la había mirado hasta ese mo mento, con aquellos ojos negros suyos, le había di— seccionado cada rasgo de su cara antes de detenerse largamente en la cálida turgencia de sus pechos, tan sugestivamente marcados bajo el vestido blanco sin tirantes que llevaba, pero también aquella forma tan especial de mirarla la había puesto en alerta sobre sus intenciones.

—En absoluto —respondió su padre a Cesare con indiferencia—. Pero esta cena se celebra por una causa benéfica británica, no italiana.

—Charles, yo no soy italiano, soy siciliano.

Robin percibió la reacción de nerviosismo de su padre por las palabras de reproche de Cesare, a la vez que se daba cuenta de que, tras el tono acara melado de éste, se ocultaba una desafiante ironía.

¿Qué estaba pasando allí? Había algo más bajo aquella aparente conversación superficial entre los dos hombres. Había una fricción, un doble sentido en todas sus frases, que hacían suponer que no esta ban hablando simplemente de una cena benéfica sino de algo mucho más trascendente.

—Lo siento, me he equivocado —susurró su padre en respuesta al comentario anterior de Cesare.

Pero Cesare hacía pagar las equivocaciones. Los sicilianos no eran muy dados al perdón precisamen te. Cesare no había perdonado aún a los Ingram por haberle quitado a su hermana, la madre de Marco.

—¿Se está usted divirtiendo, señorita Ingram? —le preguntó Cesare.

Él concentró toda su atención en ella, pues nota ba por la súbita inflamación de sus pechos, turgen tes bajo la suave tela de su vestido,que aunque se había dado cuenta de la hostilidad de su padre, se sentía sexualmente atraída hacia él.

«Bien», se dijo Cesare con gran satisfacción.

Aún no había decidido el plan a seguir, pero lo que sí sabía era que el objetivo de su planeada ven ganza ya no era Charles Ingram.

—Sí, gracias —respondió ella secamente.

Humilde, recatada, tímida Pero sabía bien que Robin Ingram no era ninguna de esas cosas.

Peter Sheldon había llegado a conocer bastante bien a Robin.

Tenía veintisiete años, era por tanto diez años más joven que él, pero había estado casada durante tres años, nada menos que con el hijo de un lord, aunque no habían llegado a tener hijos. Después del divorcio, hacía un año, había vuelto a usar el apelli do Ingram de la familia, y no había mostrado la me nor intención de repetir la experiencia.

—Me dice mi amigo Peter Sheldon que ha dedi cado usted mucho tiempo a la organización de esta velada —dijo Cesare—. Mis más sinceras felicitacio nes —añadió.

—Gracias —volvió a repetir ella—. Pero dado que ni siquiera han servido la cena, me parece que sus felicitaciones puedan resultar algo prematuras —aña dió sonriendo.

Cesare la miraba pensativo. Le había contrariado saber que había estado casada y luego divorciada, aunque entendía que a sus veintisiete años era natu ral que ya no fuese virgen. No obstante, le interesaba mucho saber quién se había divorciado de quién, y por qué razón.

—Desgraciadamente, no me podré quedar para la cena —dijo él muy amablemente—. Tengo compro misos personales que reclaman mi presencia en otra parte —añadió a modo de explicación.

—¿De verdad? —dijo ella con una repentina agu deza casi estridente en la voz.

Cesare contuvo la sonrisa al percibir el desen canto de ella. Por el tono de sus palabras, advertía la interpretación obvia, pero errónea, que ella había dado a sus compromisos personales.

Sí, lamentablemente así es —le confirmó él con tono burlón—. Pero confío en que el resto de la velada resulte todo un exsito para usted.

—Yo también lo espero —le respondió Robin, mo lesta consigo misma por la forma en que había deja do volar su imaginación al oír lo de los compromisos personales.

No había salido a cenar con otro hombre que su padre desde su divorcio, hacía ya más de un año, y mucho menos sentirse atraída sexualmente por un hombre... ¡con sólo mirarlo! Sentía aún la

sensación de agitación en sus pechos, la humedad entre sus muslos, y la atracción sexual que despertaba en ella cualquier cosa que tuviese la menor relación con Cesare Gambrelli.

—Creo que ya va a empezar el banquete —dijo ella, viendo con alivio que los cerca de trescientos invitados comenzaban a cruzar la estancia camino de los salones —. Ha sido un placer conocerle, señor Gambrelli —añadió como muestra de cortesía.

Su apuesta figura morena la sacaba de quicio. La forma tan descarada que tenía de mirarla la sacaba de quicio. Y las advertencias de su padre contra Ce sare Gambrelli, a pesar de su indiscutible éxito en los negocios, la sacaban de quicio aún más.

—¿Un placer? —Cesare volvió a la carga mirándo la con insistencia y descaro—. En tal caso, debería mos volver a vernos otra vez, Robin —añadió.

A Robin se le hizo un nudo en la garganta.

—Muy pronto —dijo con mucha calma, antes de hacer una respetuosa reverencia a su padre y alejar se con su larga y poderosa zancada.

—Robin, quiero que te mantengas lo más alejada posible de ese hombre—volvió a repetirle su padre, acentuando cada palabra, y no sin cierta palidez en su rostro.

—¿Por qué?

—Confía en mí. Por favor, permanece lejos de él. Ese hombre es peligroso. —

La voz de su padre parecía hacerse eco de los pensamientos que ella misma había tenido acerca de Cesare Gambrelli hacía apenas unos minutos.

Pero después de los sentimientos que Cesare ha bía despertado en su corazón, y con su cuerpo aún quebrado por el deseo, ¿tenía de verdad intención de mantenerse alejada de él?

Capítulo 2

GRACIAS por recibirme, señorita Ingram —dijo Cesare. El hombre había llamado a la puerta y había pedido ver a su padre. Le habían informado de q ue no se encontraba en casa, pero su hija sí, por lo que Cesare Gambrelli había solicitado verla a ella.

A pesar de los consejos de su padre, le había pa recido una falta de educación por su parte rechazar a visita de Cesare Gambrelli.

Apareció tan altivo y arrogante como la última ez que le había visto, hacía ya seis días, aunque hora llevaba un traje oscuro y una camisa azul da— a con una corbata azul marino.

Desde la promesa que le hiciera al final de aque La cena benéfica, Robin había estado convencida de ue volvería a verle. Lo que no se había imaginado ra que fuera precisamente allí, en la casa de su pa re en Londres, a donde se había trasladado des ués de su separación y posterior divorcio.

—¿No se sienta usted, señor Gambrelli? —le ofre ió Robin, indicándole uno de los suntuosos sillones a juego con el sofá en que había estado ella echada leyendo un libro antes de su llegada.

—Gracias —aceptó Cesare.

Robin trataba de calmar el desasosiego que le producía la poderosa presencia de aquel hombre, que parecía llenar por sí solo todo el espacio del sa lón. Se sentó en el borde del sofá, enlazando sus manos temblorosas, intentando calmarse.

—¿En qué puedo ayudarle, señor Gambrelli?

«En muchas cosas», pensó Cesare, mirándola con una enigmática sonrisa.

—¿Por qué no empiezas tuteándome? Mi nombre es Cesare —le invitó él amablemente.

Robin se ruborizó. No era el arrebato de una quinceañera, no podía serlo, ella tenía veintisiete años y había estado casada. Era más bien el ardien te calor de la excitación sexual que sentía en ese momento.

Él podía ver sus senos a través de las transparen cias de su blusa, a través de la leve urdimbre de su sujetador.

Aunque parecía muy segura y en su sitio, senta da allí en el extremo del sofá, con las manos y las piernas recatadamente juntas, no tenía ninguna duda de que ella adoptaba esa postura por la humedad que con certeza estaba sintiendo entre sus mus los a medida que su cuerpo respondía al deseo se xual que era incapaz de ocultarle. La inalcanzable Robin Ingram le deseaba con una pasión

que no po día disimular. Era algo que podía simplificar mucho las cosas.

—Muy bien... Cesare —dijo ella, resignada, mi rándolo a los ojos —. Querías ver a mi padre, ¿no?

—No —respondió él con indiferencia—. Lo que que ría era verte a ti.

Robin titubeó, frunciendo ligeramente el ceño. —Pensaba que habías venido con la intención de ver a mi padre...

—Sabiendo de antemano que no estaba aquí.

Robin le miraba, no muy segura de lo que iba a pasar.

Si Cesare ya sabía que su padre estaba fuera, en tonces ¿por qué había ido?

—No lo entiendo —dijo ella, moviendo la cabeza a uno y otro lado.

—No, ¿verdad? —dijo él con voz inexpresiva—. Pues te aseguro que muy pronto lo entenderás.

El tono amenazante de su voz no dejaba lugar a dudas

—No sé qué juego es éste, pero puedo asegurarte que...

—No es ningún juego, Robin —la cortó él—. Sién tate —añadió con frialdad.

—¿Cómo te atreves...?

—He dicho que te sientes, Robin —le repitió él.

—Debo recordarte que estás en mi casa, en calidad de invitado, un invitado, por cierto, inoportuno. Y yo no acato órdenes de nadie —dijo ella fuera de sí.

—Siéntate ahora mismo —le volvió a repetir una vez más Cesare con mucha calma—. Tú y yo tene lue hablar. O mejor dicho, yo hablaré y tú escucharás. Y cuando tu padre vuelva a casa esta tarde a última hora, le dirás que he tomado la decisión de que seas mi esposa.

—¿Tu esposa? ¿Yo? —dijo ella, medio tartamudean do, estupefacta y ofendida, sin poder dar crédito a lo que acababa de oír—. Por nada del mundo me casa ría contigo, puedes estar seguro —añadió con ostensi ble tono de desprecio—. ¿Estás acaso tomando alguna medicación?

—No estoy tomando nada, Robin —respondió él con frialdad—. No tengo ninguna enfermedad.

Cesare contempló divertido el profundo cambio que se había producido en ella, su anterior excitación sexual parecía haberse desvanecido y su mira da era ahora cautelosa y llena de recelo.

No importaba. Había mucho tiempo por delante para esas cosas

una vez que fuera su mujer.

Había llevado a cabo arduas investigaciones acer ca de Robin Ingram, de la señora Robin Bennett, du rante los últimos seis días, y sabía con exactitud has ta la talla de su sujetador, además de otras cosas que probablemente ella hubiera preferido que ni él ni ninguna otra persona hubieran conocido de ella.

Había pensado en la causa del fracaso de su primer matrimonio, en las verdaderas razones que habían llevado a su marido a divorciarse de ella. Y no había encontrado nada que guardara la menor relación con la incompatibilidad que se había alegado en la solicitud del divorcio.

Muchas cosas debían de cambiar en Robin en cuanto fuese su esposa. Una de ellas, desde luego, que se convirtiese en la madre de Marco. Pero tam bién que le diese más hijos. Pretendía hacer de la bella, de la perfecta e inaccesible señorita Ingram la señora de Cesare Gambrelli.

Justo pago por lo que había hecho el hermano de Robin, un hombre que se había llevado por delante la vida de su hermana, Carla, privándole a Marco de su madre.

· ¡Siéntate antes de que te caigas! —le ordenó él. ¿Era tan evidente el recelo que le causaba aquel hombre?

—Prefiero estar de pie, gracias —le dijo muy dignamente—. Y, ciertamente, me complacería que abandonases esta casa ahora mismo —añadió con firmeza—. Sin duda te sentirás desengañado viendo rotas tus ilusiones de casarte conmigo, pero...

· Te puedo asegurar que no he sufrido en absolu to ninguna desilusión por lo que se refiere a ti, Ro bin —le dijo con una seca y adusta sonrisa—. Eres la hija mimada, consentida y malcriada de un hombre que nunca supo controlar a ninguno de sus hijos.

· ¿Quieres salir, por favor? —le cortó Robin con energía, aunque temblando.

—¡Y eres también la hermana del hombre respon sable de la muerte de mi joven hermana! —continuó Cesare impertérrito.

¡Gambrelli!

Ahora lo recordaba.

El coche de su hermano Simon había colisiona do con otro vehículo en el trágico accidente que le había costado la vida en Mónaco tres meses an tes. El conductor del otro vehículo, que también había resultado muerto, había sido una joven llamada Carla Gambrelli.

Habían sido unos días traumáticos para todos. Pero ella sabía

con certeza que su padre, una vez re cuperado del tremendo golpe, había enviado una carta de condolencia a la familia de Carla Gambrelli.

—Tal como mi padre escribió entonces, sentimos mucho la pérdida de tu hermana, igual que la de mi hermano —dijo ella, inclinando respetuosamente a un lado la cabeza.

· ¡No quiero tus disculpas! —dijo él casi vocife rando, poniéndose en pie y dominando toda la sala con su poderosa presencia —. Un millón de disculpas no podrán devolverme a mi hermana...

—Ni a mi hermano Simon —le recordó ella con calma, con la cabeza alta y desafiante.

· Tu hermano era un jugador empedernido. Un hombre sin honor. Un hombre cuya muerte no re presentó una pérdida para nadie. Mientras que...

—¿Cómo puede usted decir eso? —dijo ella jadean do de indignación.

—Lo digo porque es verdad —le respondió él, con toda su arrogancia siciliana—. Tu hermano lo había perdido todo por su vicio por el juego. No era más que una desgracia para tu familia.

—Creo que eso es algo que sólo mi padre y yo podemos decidir —le interrumpió Robin con la voz emocionada—. Mira, me hago cargo de tu dolor por la muerte de tu hermana. Pero nadie sabe quién fue el responsable.

—Yo sí —respondió él con la misma rabia que ha bía sentido el día aquél en que le habían comunica do la noticia de que su hermana había muerto.

Ambos, Cesare y Carla, habían estado mucho tiempo juntos. La madre de ambos había fallecido en el parto de Carla, cuando Cesare tenía sólo once años. Cesare había sido el responsable de la educa ción de su hermana, pues su padre se había dado a la bebida, y eso finalmente había acabado con su vida cuando Cesare tenía veintidós años y Carla, once.

Cesare había querido mucho a su hermana, la había cuidado y protegido toda su vida, y ¡Simon Ingram la había matado!

—Tu hermano había pasado toda la noche en el casino antes del accidente —continuó él con gesto de repugnancia—. Varios testigos han confirmado que se le veía muy trastornado por sus cuantiosas pérdi das en el juego, que estaba muy beligerante y agre sivo, y que tuvo una reyerta con uno de los clientes. Mientras, Carla había estado cenando con unos amigos en Niza esa noche. He hablado con

Pierre y con Charisse Dupont, y ambos me confirmaron que Carla estaba feliz y alegre cuando se despidió de ellos. Mi hermana era muy prudente conduciendo. ¿Quién crees que fue el causante más probable del accidente?

—El informe de la policía no fue concluyente en relación con la causa del accidente.

—Sé muy bien lo que decía el informe policial. Lo que te pregunto es cuál de los dos crees que fue el responsable —dijo Cesare, echando llamas por los ojos.

Robin desvió los suyos de la acusadora mirada de él, sin saber qué respuesta dar.

Tanto ella como su padre habían estado al co rriente de los problemas con el juego de Simon, así como de su conducta agresiva cuando perdía. Pero para que aquel hombre insinuara...

Robin irguió los hombros, y lo miró con altivez.

—El accidente significó una tragedia para ambas familias. No creo que echarnos unos a otros la culpa de la causa del mismo pueda ayudar a mejorar la si tuación. Eso no nos devolverá ni a mi hermano ni a tu hermana.

· Era la madre de Marco —dijo Cesare, introdu ciendo una nuevo ingrediente en el conflicto.

Robin vaciló por unos instantes. La conversa ción había alcanzado, minutos antes, tintes surrealistas, pero ahora ¡había perdido definitivamente el rumbo!

·¿Marco...? —repitió ella.

Un gesto de amargura se dibujó en la boca de Cesare.

· ¿Vas a seguir haciendo como si no supieras nada? ¿O de verdad no lo sabías? —preguntó él.

· —¿Saber qué? —dijo ella como aturdida.

—Que cuando Carla murió era madre de un niño de tres meses.

Las piernas de Robin empezaron a flaquear, no muy seguras de mantenerla en pie. Sintió náuseas, y se tambaleó ligeramente hasta caer en el sofá.

¡La muerte de Carla Gambrelli había dejado huér fano a un bebé de tres meses!

· ¿Dónde está el niño ahora? —preguntó ella, mi rándole fijamente.

Cesare bajó su altiva cabeza, aunque sin tratar de suavizar el tono de sus palabras.

—Conmigo —replicó el.

· Pero... ¿Y su padre?

—No hay padre.

Tenía que haber un padre. Incluso si se había ne gado a reconocerle.

· No hay nadie más que yo —le aclaró Cesare—. Marco es ahora mi hijo adoptivo. Un hijo que nece sita una madre —concluyó.

¿Ésa era la razón? ¿Era Marco la razón de que le estuviese pidiendo que se casase con él?

Era ridículo. Más aún, era una locura. Cesare no podía pensar seriamente que ella pudiera...

Pero sí, eso era lo que pensaba, su mirada dura e inexorable lo dejaba bien claro.

—Lo siento, no tenía ni idea. Pero eso no cambia el hecho de que siga considerando tu propuesta de matrimonio una idea absurda.

· No ha sido una propuesta de matrimonio, Ro bin, sino una declaración de intenciones —le dijo Cesare totalmente impasible—. Serás mi esposa en cuanto cerremos los acuerdos pertinentes.

—No puedes obligarme a que me case contigo —dijo ella desafiante—. Por mucho que intentes intimidar me, no vas a conseguirlo —añadió ella con determinación.

—¿No? —dijo Cesare con una voz suavemente aterciopelada—. Pues yo creo que sí, Robin —afirmó.

Ella le miró dubitativa, observando inquieta su implacable expresión.

Su plan original de desquite con la familia Ingram no había tenido en cuenta un matrimonio, pero desde su encuentro con Robin había decidido que era la solución más práctica. Marco tendría otra vez la madre que tan urgentemente necesitaba, en vez de la niñera que le atendía ahora. Una madre que, como esposa de Cesare, le proporcionaría tam bién a él el adecuado entretenimiento.

—Vamos, Robin —dijo él, impaciente—. Compartir mi cama no debería resultarte tan... insoportable.

Compartir su cama. Hacía sólo unos minutos a Robin le había bastado con mirar a Cesare para dar se cuenta de que le deseaba de una forma que no re cordaba haber sentido antes. Pero era éste un deseo que se había desvanecido por completo cuando le había dicho que pretendía casarse con ella por su absurda idea de venganza.

Ella había salido ya de un matrimonio que había sido tan desastroso, que no le quedaban ganas de repetir la experiencia. Se había pasado el último año evitando cualquier compromiso que

pudiera de sembocar en una relación afectiva seria con alguien. Además, no necesitaba saber nada más para com prender que un matrimonio con él sería aún más de sastroso que el anterior.

—Esa pregunta no merece una respuesta... pero, ¿qué estás haciendo? —le preguntó sobresaltada cuan do le vio acercarse a ella y agarrarla con fuerza por los hombros.

—Si no lo sabes, quizá sea mejor que te lo de muestre —ironizó antes de besarla.

Ella quedó tan sorprendida, que no supo si luchar o responder a la súbita acometida. Sólo era consciente de la aceleración de su pulso, de la forma en que sus manos se aferraban a los anchos hombros de él para tratar de tenerse en pie y no ca erse, de la fortaleza y musculatura de su pétreo cuerpo apretándose contra ella.

Quería resistirse, sabía que debía resistirse, que debía apartarle y pedirle una vez más que se fuera de allí. Pero cuando notó la dura y poderosa excita ción sexual de él sobre ella, sintió el regreso de aquella cálida humedad entre sus muslos, emitiendo un leve gemido cuando la lengua de él se abrió paso entre sus labios, sumergiéndose y buceando cálida y compacta dentro de su boca.

Sentía su cuerpo consumido por un fuego líquido, cada parte de ella revivía en respuesta al más leve contacto de él. Sus pezones estaban ya duros y turgentes cuando él acercó a ellos su boca para apresar una de aquellas tiesas puntas, a través de su fina blusa y de su sujetador, con sus labios ardientes mordiéndo la dulcemente mientras su lengua se movía en círculo. Robin arqueó la espalda buscando la posición de abandono más cómoda para gozar plenamente de los espasmos de placer que sentía entre sus muslos.

Estaba tan excitada, tan perdida en el placer, que se limitó a mirar a Cesare con aire aturdido cuando el. de repente, alzó la cabeza desde sus senos para mirarla con aire triunfal.

—No, Robin. No creo que compartir mi cama vaya a ser tan duro para ti.

Sus palabras y el tono despectivo de su voz cayeron sobre ella como un jarro de agua fría, apagando de inmediato el ardor de su excitación. Le empu jó con fuerza para librarse de su abrazo, y estuvo a punto de caerse hacia atrás cuando él la soltó, dando un paso atrás para contemplar con orgullo su triunfo y la evidente rendición de ella.

—¡Bastardo! —le insultó ella furiosa, jadeante y sofocada.

—Puede que tengas razón —replicó él—. Pero te casarás

conmigo, Robin. Y pronto.

—¡Por encima de mi cadáver! —gritó ella.

—Oh, claro que lo harás —le contradijo él suavemente—. Nos casaremos muy pronto. Y lo harás sin tantos aspavientos.

Robin contemplaba inquisitivamente su desa fiante mirada. La seguridad que demostraba él en sí mismo era tal, que a su lado ella no se sentía dueña de sus actos.

—¿Qué es lo que aún no me has dicho? —dijo ella bajando progresivamente el tono de su voz.

—¡Inteligente a la vez que bella! —Cesare le diri gió este cumplido con una cómica inclinación de cabeza.

—Vamos, deja a un lado tu sarcasmo y dilo de una vez —dijo ella impaciente.

—Veo que tu frustración sexual no ha mejorado tu humor —observó él, divertido.

—Tienes exactamente diez segundos para decir me por qué estás tan seguro de que me casaré conti go. Después, avisaré al mayordomo para que te sa que a la fuerza si es necesario —le previno ella con vehemencia.

—No será necesario —sonrió él mientras sacaba del bolsillo superior de su chaqueta varios recortes de papel que comenzó a desdoblar con exasperante parsimonia.

Capítulo 3

NO es ya la hora de que llames al mayordomo, Robin? —preguntó Cesare —. Ya han pasado los diez segundos que me habías concedido.

Sí, habían pasado ya, y muy lentamente. Pero, tal y cómo había previsto él, la curiosidad de ella era tan grande, que no tenía la menor intención de llamar a nadie hasta que no supiera exactamente lo que contenían aquellos papeles.

—Vamos, terminemos con esto de una vez —dijo ella muy seria.

—Muy bien.Estos papeles que he venido reuniendo a lo largo de estos últimos tres meses, con tienen una contabilidad detallada de todas las deudas contraídas por tu hermano en los casinos de media Europa. Cantidades que me he tomado la li bertad de satisfacer.

—Y que estoy segura mi padre se sentirá feliz de reembolsarte.

—No deseo que se me reembolsen, Robin. No con dinero —añadió suavemente.

—¿Y crees que voy a casarme contigo por estas deudas? —le preguntó ella.

—A casarte conmigo y a convertirte en la madre de Marco.

Robin se revolvió inquieta al oír de nuevo men donar al niño. Era verdaderamente una tragedia te rrible que le hubiera sucedido algo así a un niño de sólo unos meses de edad.

A pesar de sus afirmaciones en defensa de su hermano, ella no estaba verdaderamente tan convencida como había aparentado de que el accidente no hubiera sido culpa de Simon. Los tres últimos meses habían sido traumáticos. Su padre había su frido un ligero ataque cardíaco al enterarse la muerte de Simon, y ella se había derrumbado anímicamente.

Pero aquellos tres meses les habían enseñado también el verdadero alcance de las deudas de jue go contraídas por Simon. Los abogados aún estaban tratando de poner orden en la testamentaría.

Pero su padre encontraría el dinero debido. Y nada iba a minar su determinación. No se casaría Cesare Gambrelli.

Cesare se puso en pie.

—Las deudas y pagarés carecen de importancia, en comparación con esto —dijo él con sequedad, ofreciéndole a ella la primera página del dossier de su documentación.

Las manos de Robin comenzaron a temblar visi blemente cuando tomó el papel, y su rostro pareció quedarse exangüe, como si la

sangre que bombeaba su corazón no llegase hasta él, cuando leyó lo que allí estaba escrito.

—Como puedes ver —continuó Cesare, implaca ble— la última hazaña de tu hermano Simon fue ju garse todas las acciones que le había dejado tu ma dre. Acciones de la empresa editorial de tu padre. El treinta por ciento de las acciones. Acciones que es tán ahora en mi propiedad, en una cuenta nominati va —dijo, ofreciéndole la segunda página.

No podía creer lo que estaba leyendo. No podía ser verdad. Simon no podía haber sido capaz de ju garse las acciones que le había dejado su madre al morir cinco años atrás.

—Esto es ilegal.

—Es perfectamente legal, te lo aseguro —senten ció Cesare con mucha convicción.

Ella, con un nudo en la garganta, miraba y remi raba aquellos papeles.

·Pero el dinero que Simon recibió está...

—Muy por debajo de su valor real—apostilló él—. —Sin embargo, la transacción fue completamente le gal, y lo habría sido igualmente aunque tu hermano hubiera entregado sus acciones a cambio de uno solo de esos peniques ingleses vuestros. Me gustaría regalarte esas acciones el día de nuestra boda —dijo Cesare Gambrelli con cara de satisfacción.

¡No podía creerlo! Aquel hombre pensaba que podía chantajearla para obligarla a casarse con él con la promesa de devolver las acciones de Simon a la compañía de su padre.

Las miradas de ambos se cruzaron durante unos segundos con gesto desafiante.

—Estoy segura de que ami padre le complacerá comprarte esas acciones a su valor de mercado por supuesto —dijo ella, muy orgullosa. —No están en venta, a ningún precio —replicó Ce sare Gambrelli—. Por el momento, el paquete está en una cuenta nominativa y estoy registrado como accionista de la compañía de tu familia. Sin embar go. si no te avienes a mis condiciones, Robin, tengo la intención de ponerlas a mi nombre y ocupar mi cargo en la dirección de la empresa. Un cargo muy activo —concluyó, poniendo mucha intención en es tas últimas palabras.

Robin no tenía duda de lo que él podía llegar a ser capaz. Conociendo el odio que sentía por su familia, estaba segura de que una vez que formara parte del consejo de administración de Publicacio nes Ingram haría todo lo que estuviera en su mano para

arruinar el negocio.

La editorial era todo para su padre. Su madre y él la habían fundado al comienzo de su matrimonio hasta hacer de ella un imperio multimillonario.

Era una empresa cien por cien familiar, con ca pital familiar y gestionado íntegramente por los miembros de la familia. Robin había trabajado en ella desde que se había graduado en la universidad, bacía ya seis años, ocupando el cargo de secretaria de su padre, ya que los excesos de Simon le habían incapacitado para hacerse cargo de ese puesto.

—Tu padre estuvo enfermo después de la muerte de Simon, ¿verdad? —preguntó Cesare Gambrelli.

Robin hizo un leve gesto. Los médicos habían aconsejado a su padre, después de su leve ataque al corazón, que se tomara las cosas con más tranquili dad. Sin embargo, se había visto obligado a desaten der esos consejos, dado que cada día parecía traer un nuevo desastre financiero creado por los excesos del juego de Simon. De hecho, su padre estaba precisa mente esa misma tarde en una reunión para discutir la forma de hacer frente a algunas de aquellas deudas.

—No voy a discutir contigo acerca de la salud de mi padre.

—Me parece bien. No es necesario discutir sobre ello —dijo con rapidez—. Estoy seguro de que sabes tan bien como yo que el golpe que supondría para tu padre saber hasta dónde alcanzan realmente las deudas de juego de su hijo podría llevarle sin duda a otra recaída, quizá esta vez fatal.

—¿Qué clase de persona eres? —le espetó ella aterrada.

—¡Soy siciliano! —le respondió Cesare orgullosa mente—. Y en mi país una *vendetta* como ésta sólo puede resolverse de una manera. ¡Ojo por ojo y diente por diente!

Su padre le había advertido que se mantuviese alejada de aquel hombre. ¿Cómo había sabido que Cesare Gambrelli era una seria amenaza para ellos?

—Mi padre nunca aceptaría mi matrimonio contigo en estas condiciones —dijo ella tratando de reco brar la calma.

—La decisión es tuya, no de tu padre —dijo Cesa re con desdén —. Si te niegas a casarte conmigo, haré todo lo posible para destruir Publicaciones Ingram.

No era una amenaza baldía. Robin tenía el veinte por ciento de los acciones. Pero Cesare, como ac cionisista mayoritario de Publicaciones Ingram, después de Charles Ingram, sabía

exactamente hasta donde podía llegar en el control de la compañía. De hecho, antes de haber conocido a Robin Ingram, ha bía estado planeando otra forma de venganza, poner la compañía Ingram a sus pies.

—¡Pero yo no quiero casarme contigo! —gritó Robin.

—Entonces ocuparé el lugar que me corresponde como accionista mayoritario de Publicaciones In gram —dijo él, encogiéndose de hombros.

—¿Por qué estás haciendo esto? —le preguntó Ro bin —. ¡No creo que desees casarte conmigo más de lo que yo deseo casarme contigo! ¿Por qué lo ha ces? —repitió desesperadamente.

—Mis propios deseos no vienen ahora al caso, Marco necesita una madre —le recordó desinteresadamente.

—Pero por lo que a ti respecta, yo soy tu más encarn izada enemiga —replicó Robin.

—Estás haciendo de esto algo muy personal, Ro bín —le previno él.

—¿Podría ser aún más personal? —preguntó ella, ofendida.

—Oh, por supuesto que sí —le aseguró él, muy tranquilo, consciente de que ella había entendido perfectamente sus palabras —. Pero, en este momen to, tú representas únicamente un nombre, el nombre de mi más encarnizado enemigo, Ingram. Y como siciliano...

—¡Un frío y vengativo siciliano! —le cortó ella re calcando sus palabras de insulto.

Él inclinó la cabeza en una reverencia.

—Vengativo, quizás. Pero no soy siempre frío, ¿verdad, Robin? —le preguntó él con una expresiva sonrisa—. Y a pesar de lo que he oído sobre la dis tante e inalcanzable Robin Ingram, ¡tú tampoco!

Ella se sintió turbada ante su irónica mirada, consciente de que se había traicionado vergonzosa mente a sí misma unos minutos antes y de que su entregada respuesta a los besos de aquel hombre le impedía ahora afirmar que, físicamente, ella fuera capaz de negarle algo.

—Mi padre nunca aceptaría un matrimonio así —re pitió de nuevo ella con obstinación.

—No me interesa lo que su padre aceptaría o de jaría de aceptar —respondió Cesare, encogiéndose de hombros.

—Pero a mí sí —le dijo ella con determinación—. Conozco a mi padre lo suficiente como para saber que él nunca aceptaría que me casara con un hom bre al que no amo sólo para salvar su empresa

de la quiebra.

Sí, ella le conocía suficientemente bien para es tar segura de eso. De la misma forma que estaba también segura de que sería sin duda el fin de su pa dre si, después de la muerte reciente de Simon, y las deudas y preocupaciones que se le venían acumulando desde entonces, su empresa se fuera a la ruina.

Y ella también lo conocía lo suficientemente bien para comprender que nunca aceptaría que ella se sacrificase casándose con Cesare Gambrelli para evitar esa ruina.

—Entonces tendrás que arreglártelas para conven cerle de otra forma —dijo Cesare—. Entiendo por qué te sientes tan... apegada a tu padre. No soy un hom bre cruel, aunque pienses lo contrario. No me opon go a tu deseo de... embellecer la verdad para no preocupar a tu padre, si es eso lo que deseas. Pue des decirle que nos hemos enamorado locamente el uno del otro. Que no puedes vivir sin mí. Dile lo que quieras, Robin, pero no te equivoques, ¡tú serás mi esposa!

Era tan duro, tan implacable, estaba tan condenadamente seguro de que se iba a salir con la suya...

¿Tenía alternativa? ¿Podía decirle a su padre lo que había hecho Simon? ¿Podía hablarle de las exi gencias de Cesare Gambrelli? ¿Podía en suma po ner en riesgo la vida de su padre con un segundo y quizá definitivo ataque al corazón, que tal como ha bían prescrito los médicos podía suceder si estaba demasiado estresado?

Ella había visto cómo, a lo largo de estos tres úl— timos meses, su padre se había hundido más y más en la desesperación con cada acción de Simon que salía a la luz después de su muerte.

Lo que ella necesitaba era tiempo.

—Te daré algo de tiempo para... que te vayas acostumbrando a la idea de ser mi mujer —le dijo Cesare sonriendo, volviendo a doblar los papeles y a metérselos en el bolsillo de su chaqueta—. Propon go que cenemos los dos juntos esta noche para ce rrar nuestro acuerdo —dijo—él.

—¿Es ése el tiempo que piensas concederme para que me vaya acostumbrando a ser tu esposa?

—No veo la razón para retrasar lo inevitable —dijo él, controlando sus emociones.

—Inevitable para ti, no para mí.

Cesare esbozó una leve sonrisa.

—Marco necesita una madre ahora, no dentro de tres o seis meses.

Y la quería en su cama. Si ella no aceptaba legalmente, él se encargaría de tomarla ilegalmente sin la licencia matrimonial. ¡Luego se casaría con ella!

—Estoy al tanto de que has estado casada —dijo él con disgusto.

El que otro hombre hubiera yacido con ella le enervaba.

—¿Y qué hay de ti? —atacó ella despectivamen te—. Tienes... ¿Treinta y siete? ¿Treinta y ocho?

—Treinta y siete —concluyó él brevemente.

—¿Has estado casado? —dijo ella desafiante.

Cesare examinó su arrebatada belleza durante unos segundos antes de responder.

—Si me hubiera casado, continuaría casado —re plicó él—. El divorcio es algo que no permitiré que suceda en mi vida —añadió, disipando toda esperan za de que, una vez tuviera las acciones a salvo en posesión de ella, pudiera separarse—. Y tú seguirás también casada —añadió—. Así que vayamos a cenar esta noche. Vendré a buscarte a las siete y media.

—Todavía no he aceptado —dijo ella en tono de frustración.

Las cosas se iban sucediendo demasiado rápido para ella.

—Pero aceptarás, ¿no? —dijo él con los labios cur vados en una irónica sonrisa.

—Sí, lo haré —aceptó ella, apretando los dientes—. Pero no vendrás aquí —le dijo, consciente de que te nía que llevar algún tipo de iniciativa—. Nos vere mos en el restaurante.

Por el momento no tenía problemas con eso, po día permitirle esa libertad. Tendría mucho tiempo, una vez fuera su esposa, para demostrarle que él no aceptaba órdenes de nadie.

—No comeremos en un restaurante, sino en mi suite del hotel London Gambrelli —le informó él—. Será más... privado para la conversación que va mos a tener —añadió, antes de que ella tuviera ocasi ón de argumentar algo en contra—. Te esperaré en el hotel Gambrelli a las siete y media —dijo él, en un tono que más parecía una sentencia que una petición.

—A las ocho me vendría mejor —dijo ella con valentía.

—Eso es demasiado tarde —dijo él, sacudiendo la cabeza a uno y otro lado.

—Demasiado tarde, ¿para qué? —preguntó ella con cautela.

—Para Marco —dijo él—. Se va a la cama antes de las ocho.

Robin lo miró incrédula.

—¿Te has traído a Marco contigo hasta aquí, hasta Londres? —dijo ella con voz apagada.

—Naturalmente —respondió Cesare—. ¿En qué otro sitio podría estar sino conmigo? —añadió arqueando las cejas de forma desafiante.

¿En qué otro sitio? Robin se hacía eco mental mente de esas palabras. La perspectiva de cenar con aquel hombre no había sido todo lo seductora que cabía esperar. Pero aquello era peor.

—No creo que sea una buena idea conocer a Mar co en estas circunstancias.

—Seguro que no piensas lo que acabas de decir —respondió de inmediato Cesare—. Estoy al tanto de tu falta de experiencia con los niños, Robin. Pero esa es una carencia de conocimientos que superarás rápidamente.

Robin se sintió sobrecogida con esta afirmación. Falta de experiencia con los niños... Desde luego, como hermana menor de la familia, no había tenido una gran experiencia con hermanos más pequeños, por no hablar de bebés, pero sí habría querido tener uno suyo.

—Bueno, es verdad que no he estado muy rodea da de niños que digamos.... —comenzó ella.

—No tuviste hijos con el honorable Giles Bennett —le cortó Cesare—. Cosa sorprendente, dado que, siendo el heredero al título de su padre, necesitaba hijos para continuar su linaje. Quizá se divorció de ti porque tú le rechazaste en ese aspecto. Quizá, como muchas jóvenes, esperabas aplazar el embara zo y gozar de tu libertad tanto como pudieses. Pero ya es hora de sentar la cabeza. Vencerás pronto tus egoístas necesidades cuando seas mi mujer y la ma dre de Marco —concluyó él.

Cesare no había esperado tanta resistencia por parte de Robin de conocer a Marco. No todas las mujeres tenían instinto maternal, pero no pensaba que fuera el caso de Robin Ingram.

Ella había querido mucho a su hermano mayor, y su afecto por su padre era inequívoco. ¿Tenía miedo al embarazo y al parto?

Cualesquiera que fueran las razones para no querer tener hijos, las superaría.

Porque Cesare esperaba, con firmeza, que fuera la madre de su sobrino y le diera un hermano o una hermana a Marco dentro durante el primer año de matrimonio.

Capítulo 4

ESTÁS muy guapa esta noche —fue el cumplido con que Cesare saludó a Robin cuando ésta salió del ascensor privado que accedía directamente a su suite del hotel.

Robin le miraba distanciada, habiendo adoptado deliberadamente el rol de fría e inalcanzable. Lleva ba un sencillo vestido negro que la cubría desde el cuello hasta un poco por encima de las rodillas. La frente despejada, con el pelo liso —peinado hacia atrás y sujeto en la nuca en un esmerado moño, de jando al descubierto los aros de oro que llevaba puestos. Estos y una sencilla pulsera de cuentas era toda la joyería que usaba. Su maquillaje era igual mente sencillo y ligero.

—Espero que no estés esperando que te devuelva el cumplido... —le dijo ella según entraba al salón de la suite, desdeñando la atractiva apariencia de Cesa re, con una camisa de seda blanca y unos pantalo nes negros.

La suite era un ático, según ella se había infor mado en la recepción del hotel. Comprendía toda la planta superior del edificio y tenía ascensor privado.

—¿Quieres beber algo? —preguntó él, señalando la botella de champán que tenía preparada, enfriándose en una cubitera de plata lleno de hielo.

—¿Champán? —dijo ella girándose hacia él—. ¿No es esta celebración un poco... prematura?

—No —dijo él, sirviendo un poco del burbujeante líquido de la botella en la copa de Robin, antes de llenar la suya —. Tengo por norma beber siempre champán.

Ella le devolvió la mirada sin pestañear.

—Qué maravilloso ser un privilegiado!

Cesare sonrió con desgana.

—En absoluto. He descubierto que es la única be bida alcohólica con la que no tengo resaca.

Robin bebió un poco de champán en silencio. No había resultado fácil tratar el asunto de Cesare Gambrelli con su padre cuando había vuelto a casa aquella tarde. De hecho, habla sido casi imposible. Charles se había limitado, en cuanto Robin le había mencionado su nombre, a repetir su consejo de que se mantuviese alejada de él. Un comentario sobre el que no había querido dar más explicaciones, a pesar de los insistentes ruegos de ella para que lo hiciera.

Sólo le había dicho que era completamente despia dado en sus negocios.

No le había dicho que Cesare era la persona con quien iba a salir esa noche. Había llegado muy can sado después de otra reunión que había tenido para tratar el asunto de las deudas de juego de Simon...

—¿Por qué brindamos, Robin? —dijo Cesare —. ¿Por la feliz conclusión de nuestro acuerdo? —añadió con una sonrisa burlona, consciente del resenti miento de ella.

—¡Yo no brindaré por eso! —dijo ella echando chispas por los ojos.

—Tengo la impresión de que mantendremos algu nas diferencias por algún tiempo, Robin —dijo él con una sonrisa amistosa—. Pero podemos ir empe zando ya, así ganaremos tiempo, ¿no crees? —aña dió, sosteniendo firmemente su copa por el delgado tallo de la misma.

Rabin, en vez de sumarse al brindis, dejó su copa sobre la mesa y dio unos pasos apartándose de él, moviéndose por la sala hasta colocarse junto a la puerta.

Podía echar a correr, pero no podía esconderse. Robin podía tratar de distanciarse de él todo lo que quisiese, pero él ya había tomado su decisión. Aquella mujer sería su esposa.

Sus ojos se desplazaban lentamente sobre el cuerpo de ella. Sabía que había elegido muy proba blemente aquel vestido holgado como medio de di simular las agraciadas líneas de su cuerpo.

Desafortunadamente para Robin, había conse guido el efecto contrario. Había algo de excitante y tentador en aquel vestido que insinuaba más que mostraba sus curvas, y la domesticación de su pelo provocaba el deseo en él de soltar sus gloriosos me chones dorados de color miel y besarlos hasta que ella cayese totalmente sumisa en sus brazos.

Robin deseaba que Cesare dejara de mirarla de esa manera. Desde el punto de vista físico se sentía completamente vulnerable bajo su intensa, oscura y penetrante mirada escrutadora, como si la estuviera quitando prenda a prenda hasta dejarla desnuda. Y no había gran cosa; sólo llevaba puestas unas bragas negras y unas medias de seda debajo del vestido.

Se revolvió incómoda, sintiendo que su cuerpo,a pesar suyo, estaba respondiendo a su acariciadora exploración. Sus pezones estaban duros y excitados la suavidad de su vestido, y una cálida hume dad se expandía entre sus muslos.

Le resultaba totalmente incomprensible por qué reaccionaba de esa manera. Ella se había ganado a iplso esa etiqueta de inalcanzable en aquellos últi mos meses, y aun así cada vez que estaba cerca de Gambrelli su cuerpo respondía como si ya fuese el suyo.

—He pedido que nos sirvan la cena a las ocho y media —le dijo a ella, despreocupadamente, dando un sorbo a su copa de champán sin dejar de mirar la con sus penetrantes y oscuros ojos.

—Bien — dijo ella con cierta tensión, aunque no tenía aún claro lo que se suponía que ellos iban a hacer en los siguientes cuarenta y cinco minutos.

—Pareces un poco... tensa esta noche, Robin —ob servó él.

—¿Cómo esperas que me sienta después de tus amenazas de esta tarde, Cesare? —le contestó ella.

—Quizá te gustaría recibir otra demostración de lo que... gozarás cuando estés casada conmigo —le dijo él a modo de invitación, percibiendo de inme diato la expresión de alarma en sus ojos color violeta.

—No he acordado aún casarme contigo —le recor dó ella enojada—. De modo que cualquier demostra ción por tu parte es totalmente innecesaria.

Cesare la observaba todo el tiempo, contemplan do la agitada palpitación de su garganta, el suave movimiento de subida y bajada de sus pechos, la forma en que su vestido insinuaba tentadoramente la calidez de sus bien formados muslos.

—Puede ser innecesaria, Robin— reconoció él, dando un paso hacia ella—. Pero yo la encuentro inevitable.

Tomó entonces la copa de champán de sus frági les dedos y la puso con la suya sobre la mesita, an tes de volverse para tomarla en sus brazos e inclinar ligeramente la cabeza para apresar sus labios entre los suyos.

Las curvas del cuerpo de ella se adaptaron per fectamente al cuerpo de él. Sus senos se aplastaron dulcemente contra la dureza de su pecho, sus suaves muslos presionaron fuertemente contra su poderosa excitación, y su pelo comenzó a caer en sedosas on das sobre su cara cuando él lo liberó de la prisión en que estaba confinado.

La boca de ella sabía a champán y a miel. Sus labios eran suaves y respondían con entusiasmo, con ¡demasiado entusiasmo!

Aquello tenía que acabar, se decía Robin a sí misma con pesar. Pero no tenía fuerza de voluntad. La lengua de él se movía

acariciando con excitante casualidad el labio inferior de ella, pugnando por entrar, una intimidad que ella no pudo negarle cuan do, sus labios se abrieron paso y su lengua se sumer gió en el calor anhelante de su boca.

¡Cómo deseaba a aquel hombre! Deseaba a Cesare como nunca había deseado antes a ningún otro homb re, ni siquiera a Giles, el hombre con el que hahía estado casada durante tres años. El hombre que la había arrojado de su lado al decidir que no se adecuaba a sus planes para el futuro.

—No —se quejó ella, apretándose, pese a ello, más conta él—. No deseo esto.

Respiraba jadeando, mirándole extasiada, mientras los brazos de él, como bandas de acero, se ce rraban sobre su cintura, tratando de amoldar su deli cado cuerpo a la dureza del suyo.

—¿No? —dijo él en tono cómico.

—No —repitió ella con firmeza.

Cesare supo enseguida por el ligero temblor de su labio inferior que ella estaba mintiendo, que en ese momento ella le deseaba apasionadamente.

Tanto como él la deseaba a ella.

Pero ella tenía razón. No era el momento. Quizá más tarde, cuando Marco estuviese dormido.

Se apartó bruscamente de ella dando un paso atrás.

—Ya es hora de que conozcas a Marco —le dijo él con altivez.

—¿Ahora? —replicó ella, respirando agitadamen te con sus dedos detenidos en el movimiento de ali sarse hacia atrás el pelo mientras le miraba con ex presión desvaída.

—Sí, ahora —gruñó él, observando su evidente re ticencia—. Iré a su habitación a por él.

—¿Por qué no voy contigo y le doy las buenas noches allí? —propuso ella—. Sería una pena moles tarle si está ya acostado y arropado— añadió con tono de lamento.

—No está en su cuna aún —aseguró él muy con vencido— . E incluso si así fuera, estoy seguro de que estaría encantado de tener alguna novedad. Tar daré sólo un momento —aseguró Cesare, saliendo a grandes zancadas del salón.

Robin tomó su copa de champán, se levantó y se dirigió hacia el ventanal para contemplar la magní fica vista del exterior. ¿Cómo sería el pequeño so brino de Cesare? Si se parecía en algo a su tío, no tendría entonces la menor duda de que sería un niño muy guapo.

Cuando, al oír a Cesare regresar al salón, se vol vió para verle

con el pequeño descansando cómoda mente en sus brazos, no pudo evitar reconocerlo. ¡Era exactamente igual que su tío!

El pelo de Marco era tan oscuro como el de Ce sare, con los mismos rizos sedosos, y sus ojos eran del mismo castaño oscuro chocolate. Su encantado ra cara se arrugaba por efecto de la sonrisa nerviosa al verla a ella, mostrando al abrir la boca dos enter necedores dientes de leche en las encías de abajo.

Parecía muy grande para tener seis meses, lleva ba un body con dibujos infantiles y sus manitas re posaban confiadamente sobre el pecho de su tío.

Robin se derretía por dentro con sólo mirarle.

—¡Saluda a Robin, Marco! —le dijo Cesare animán dole, cruzando con él el salón en dirección a Robin.

Robin dio involuntariamente un paso atrás, notando instantáneamente su espalda en contacto con ventanal y sintiendo un ligero escalofrío reco rriéndole todo el cuerpo.

Cesare frunció el ceño al ver que Robin retrocedía cuando él se acercaba a ella, y la expresión de disgusto que reflejaba en la cara aun cuando sus ojos permanecían clavados en Marco.

¿Qué le pasaba a aquella mujer?

Aparte de Carla, a la que había cuidado de pequeña. Cesare apenas había tenido contacto con niños, pero se había enamorado de Marco desde el mismo momento en que nació. Por ello no podía entender que alguien no sintiera lo mismo al ver al pequeñin.

Pero la reacción de Robin no fue ésa. Nada más pareció como si quisiera echar a correr.

—No muerde, Robin —le dijo Cesare, recalcando la sílaba.

—¿No? —dijo ella muy tensa—. Esos dientes parecen decir otra cosa —añadió ella, tratando de poner una nota de humor, un humor que estaba muy lejos de sentir.

Cesare la miró inquisitivo, dándose cuenta de la forma en que trataba de mantenerse alejada de ellos , como si tuviera miedo de tocar a Marco.

Pero Marco, indudablemente, tenía sus propias ideas, emitiendo muy contento todo tipo de gorjeos extendiendo sus manitas hacia Robin.

—Los gatos hacen lo mismo, según creo —obser vó Cesare, a medida que Robin parecía sumergirse más y más dentro de sí misma.

—¿Qué...? —ella respiraba agitadamente, mirando a Marco como hipnotizada.

Cesare se encogió de hombros. Seguía soste niendo en brazos al cada vez más revoltoso Marco.

—Tienen un instinto infalible para irse con la gente que demuestra no estar a gusto con ellos —ex plicó él con agudeza, mientras su pequeño sobrino se echaba sobre Robin, en la creencia plena de que ella lo recibiría en sus brazos.

Algo que ella hizo aunque con cierta reserva, manteniendo al niño algo separado de ella cuando Marco la agarró por el pelo. El pequeño no sabía di simular, sonreía a Robin despreocupadamente mientras le retorcía un mechón de pelo con sus manitas y le hablaba en ese confuso galimatías que sólo él podía entender.

—Llevaré a Marco de nuevo a la cama —dijo Ce sare fríamente.

Robin volvió a mirar sobresaltada al pequeño, olvidando por unos instantes que Cesare seguía aún en la sala, tan concentrada estaba con el niño que sostenía en sus brazos.

—Parece bastante feliz donde está —señaló ella con tristeza mientras Marco volvía a sonreír a su tío con sus deditos tirando aún del pelo de ella.

—Pero ya es su hora de ir a la cama —dijo Cesare con tono de reproche, acercándose a ella y tomando de sus brazos al pequeño, que cambió en un instante sus alegres gorjeos por sofocados lloriqueos de protesta.

Robin trataba con dificultad de desenredar su pelo de entre los deditos del niño, pero Marco no estaba dispuesto a dejarlos escapar y se resistía a dejarla.

—Quizá sería mejor que fuera yo contigo a su ha bitación... —se ofreció ella, a la vista de que Marco no parecía querer soltar tan fácilmente su presa.

—Quizá sí —admitió Cesare secamente, al ver los esfuerzos que hacía el niño para tratar de volver a los brazos de ella cuando ya se disponía a salir con él hacia la habitación. Robin no tenía otra opción que correr detrás de él si no quería que le arrancara todo el pelo de raíz.

Marco sonreía feliz sobre los musculosos hombros de su tío, mientras seguía tirando del pelo de ella, y Robin le devolvía la sonrisa ahora que no esta ba ya bajo la mirada escrutadora de Cesare.

Porque Cesare se había equivocado esa tarde cuando había afirmado que su matrimonio con Giles se había roto porque ella no había querido quedarse embarazada.

No era cierto.

Ella no había sido capaz de dar a Giles los hijos que él deseaba para perpetuar el nombre de los Bennett.

No se había preocupado demasiado cuando tras el primer año de su matrimonio no se había quedado embarazada, había asumido que sucedería cuando tuvie se que suceder. Pero los meses pasaron, y Robin había terminado por ir a un especialista.

Había sido la primera de una larga lista de visitas. Habían seguido dos largos años de pruebas y más pruebas. Después, las cartas. Y luego más prue bas. Las pruebas habían demostrado que no había ningún problema de esterilidad en Robin ni en Giles. Su especialista les había aconsejado pensar en la adopción, ya que, a veces, en casos como el de ellos, donde no se podía encontrar ninguna razón que justificase la esterilidad, la madre, libre de la presión y la angustia, podía quedarse embarazada de forma natural. Giles había rechazado esa posibi lidad, insistiendo en tener un hijo de su propia san gre o nada.

Giles había conseguido al fin su anhelado hijo, un varón, con su segunda esposa hacía sólo dos me ses, dejando a Robin con la certeza de que ella tenía que haber sido la única culpable.

El fin de su matrimonio significó que nunca tendría un niño, que estaba condenada a un futuro sin matrimonio y sin hijos. ¿Cómo podría casarse con un hombre y esperar que aceptase de ella que nunca podría darle un hijo?

Pero, sin saberlo, Cesare Gambrelli, le estaba ofreciendo ahora casarse con ella y darle el hijo que no podría tener por sí misma.

Un niño del que ella se había enamorado a primera vista.

Capítulo 5

PODRÍA... pasar a arreglarme un poco antes de la cena?

Cesare se volvió ante la vacilante petición de ella, que se había perdido en la oscuridad de sus pensamientos desde que los dos habían dejado a Marco en la habitación minutos antes.

Él había pensado que la sorprendería con la guardia baja presentándole a Marco de esa forma, pero sin embargo había sido él mismo el que había sido trastornado por ese encuentro.

Le resultaba por completo inexplicable por qué Mareo le había tomado tanto apego a Robin, cuando ella no había puesto nada de su parte para ganárselo.

El pequeño se había echado a llorar cuando Ce sare le había devuelto a la cuna, con sus bracitos estir ados hacia arriba buscando a Robin. Pero ella había permanecido fría e impávida mientras Cesare estaba, arropándole con la manta y poniéndole al lado su osito de peluche favorito.

Cesare podía entender y aun excusar el distanciamiento de Robin hacia él, pero la frialdad de ella con Marco era algo inaceptable .

—Utiliza ese cuarto de baño —le indicó él con un gesto, dirigiéndose a grandes zancadas hacia el salón.

Necesitaba urgentemente otra copa de champán. —Gracias — dijo ella con mucha calma antes de entrar.

Cuando se miró en el espejo que había sobre el lavabo, pudo observar que sus ojos brillaban de una manera muy especial.

¡Estaba enamorada!

Pero no de Cesare Gambrelli, sino de un bebé de seis meses que le había robado el corazón a primera vista. Era adorable, absolutamente adorable. Y se había sentido tan bien, tan a gusto, teniéndolo en sus brazos... Era el bebé con el que había soñado durante tanto tiempo, que se había resistido a devol vérselo a Cesare.

¿Qué podía hacer?

Cesare Gambrelli le había dicho que quería que fuera la madre de Marco. Pero el precio era convertirse en su esposa sólo por venganza. ¿Era eso lo que ella quería?

¡ Sí!

Cesare no lo sabía, pero le estaba ofreciendo la posibilidad de gozar de aquella dicha que ella había dado ya por perdida. Ahora que había conocido a Marco, que lo había tenido en los brazos, que

había sentido su calor, que había visto su encantadora sonrisa, no podía dejar escapar la oportunidad que se le brindaba de ser madre.

Robin no se atrevía a dejar que Cesare se diese cuenta de lo emocionada que estaba con el pequeño.Conocía a Cesare lo suficiente para saber que, si sabía que le estaba dando algo que ella deseaba desesperadamente, aprovecharía la ocasión para doblegarla por entero a su voluntad.

Sí, ahora que había visto a Marco y lo había te nido en brazos, estaba completamente decidida a casarse con Cesare. Pero sería en los términos que ella estableciese, no en los de él.

—Podemos pasar ya a cenar —anunció Cesare cuando Robin regresó al salón.

—Bien —dijo ella en señal de aceptación, antes de entrar en el comedor.

Cesare, contemplando el suave balanceo de sus caderas mientras caminaba delante de él, se daba de que era una mujer que cualquier hombre estaría orgulloso de llevar del brazo.

—¿Has decidido ya qué es lo que le vas a decir a tu padre en relación a nuestro inminente matrimo nio? —le preguntó él nada más sentarse al otro lado de la pequeña mesa que había dispuesto Cesare para que tuvieran más intimidad durante la cena.

—Creo haberte dicho antes que aún no hay nada decidido en relación a nuestro matrimonio.

Cesare esbozó una leve sonrisa.

—Lucha todo lo que quieras, Robin, pero nos casaremos.

Quizás —admitió ella como quitándole impor tancia al asunto, eludiendo su intensa mirada mirada mientras se colocaba la servilleta sobre el regazo, disponiéndose para el primer plato, una fuente de maris co—. Por la buena relación que mantengo con mi pa dre... —hizo aquí una pausa, tratando de darle importancia a sus palabras—. Me cuesta mucho cre er que él pudiera aceptar otra cosa para mí que no fuera un matrimonio por amor.

Cesare abrió los ojos como platos.

—Creo que te dije antes que aceptaría cualquier cosa que decidieses decirle, pero no esperarás en serio que me comporte delante de tu padre como si estuviera enamorado de ti, ¿verdad?

—No estás dispuesto a hacer ese esfuerzo, ¿ver dad? —replicó Robin con una sonrisa burlona—. ¿O es ue te resulta completamente imposible?—añadió ella recreándose en la pronunciación, viendo su ex presión de desprecio—. No puedes fingir estar ena morado porque nunca lo has estado, ¿no es así?

—¡Amor! —exclamó él, con un resoplido—. Mi padre amaba tanto a mi madre que, cuando ella se murió, se dio a la bebida hasta que ésta acabó con él. Carla ama ba al padre de Marco, y él la abandonó en cuanto supo que estaba esperando un hijo. Por el contrario, tu espo so dejó de quererte porque te habías negado a tener un hijo suyo. No necesito estar enamorado, Robin, para saber que el amor es una emoción destructiva.

Robin había amado a Giles cuando se había casado con él, y había pensado que él también la ama ba. Pero ese amor no había sido lo suficientemente fuerte para resistir la decepción de Giles cuando ella no había podido darle el hijo que deseaba...

Y Robin sabía muy bien que enamorarse de Ce sare sería una completa locura para cualquier mujer.

No. Amar a Marco, aun siendo, en contra de su valuntad, la esposa de aquel hombre, era a lo más que estaba dispuesta a llegar.

—Es cierto —reconoció ella—. No obstante, en con sideración a mi padre, creo que, si vamos a seguir adel ante con lo de nuestro matrimonio, tendremos que comportarnos, al menos durante unas semanas,como si estuviéramos enamorados el uno del otro. Cesare la miraba con frustración, consciente de *que* lo que ella estaba exigiendo era su propio precio por aceptar casarse con él sin más reticencias ni demoras. Un alto precio, cierto, y muy diferente del que él se había imaginado. Pero Quizá él podría sa car provecho de esa exigencia suya de una forma que Robin ni siquiera había tenido en cuenta...

Inclinó con arrogancia la cabeza.

—En ese caso, propongo que empecemos nuestra representación ahora mismo. Te quedarás aquí esta meche. Sin que tengas que darle tú ninguna explicación, supondrá que su hija tiene novio.

Robin se arrellanó en la silla mirándolo con ad miración.

—*Touché,*Cesare —dijo ella resignada—. Nadie podría acusarte de perder el control de una situción asi, ¿eh? —añadió con ironía.

Perder el control de una situación era para Cesa re algo que no estabaen sus planes.

Se había acostado con muchas mujeres, y se te nía por un amante respetuoso y atento mientras du raba su interés por la mujer de turno. Pero todas sus relaciones habían estado por completo bajo su con trol. Nunca había puesto en juego en ellas más emo ciones que su deseo.

El amor volvía loca a la gente, como les había pasado a su padre y a Carla. Era una trampa en la que él no estaba dispuesto a caer.

Se encogió de hombros.

—Te propongo que en cuanto terminemos de ce nar llamemos a tu padre para decirle que no volve rás a casa esta noche— dijo él muy decidido.

¿Cuánto tardaría su padre en sacar sus propias conclusiones de todo aquello? ¿Qué pensaría?

Él no había ocultado su preocupación por la for ma de vida que ella había llevado desde su divorcio, recluyéndose, por no decir enterrándose, en su trabajo en Publicaciones Ingram y rehuyendo todo tipo de relaciones sociales. Cabría pensar por tanta que, lejos de recriminárselo, vería seguramente con buenos ojos que ella saliese con un hombre.

Hasta que supiera, claro está, que ese hombre era Cesare Gambrelli, entonces su reacción sería muy distinta.

Pero ella podría arreglar eso más tarde. De mo mento tenía que concentrarse en lo de esa noche, en telefonear a su padre antes de quedarse a pasar la noche en alguno de los numerosos dormitorios de la suite del hotel Gambrelli.

A menos que...

Cruzó con Cesare una acusadora mirada llena de suspicacia.

——¡No tengo la menor intención de acostarme contigo esta noche, Cesare! —le dijo con gran determinación.

—Yo no te lo he pedido —replicó él, alzando las cejas como extrañado.

—Ya me voy dando cuenta de que tú no pides,simplemente tomas.

Cesare la miró con una sonrisa cómica. Disfruta ba con esa rebeldía suya mucho más que con los ai res de alta señora con que había llegado a su suite hacia un rato. —Te puedo asegurar que no es mi intención que compartas mi cama esta noche —volvió a decir él, recalcando cada una de sus palabras. Ella no parecía del todo convencida de las garantías que le daba. Y no debía estarlo. Su afirma ción de que no tenía que compartir la cama de él no significaba que él nose propusiera compartir la de ella.

—Vamos, Robin —dijo él muy efusivo, tomando el tenedor que tenía al lado izquierdo de su plato—. Comamos y charlemos de cosas más generales. ¿Resultó finalmente un éxito la cena benéfica del fin de semana pasado?

Robin abrigaba aún serias sospechas mientras miraba a su vez el tenedor de su lado.

—Sí, un gran éxito —le confirmó ella—. De hecho, un

benefactor anónimo, que casualmente no podía quedarse a la cena, nos hizo una donación de cin cuenta mil libras —explicó ella, mirándolo con mu cha intención.

—Era por una buena causa —dijo Cesare sonriendo. Ella asintió con la cabeza.

—Para niños discapacitados.

—¿Tú crees que soy un hombre tan despiadado como opina tu padre? —le preguntó él con aspereza.

Robin ya no estaba segura de nada de lo que pensaba sobre aquel hombre. Evidentemente él era el donante anónimo, y su amor por Marco estaba fuera de toda duda, y sin embargo, por venganza, era capaz de obligar a una mujer a casarse con él. Una mujer que no lo amaba y de la que él no estaba enamorado.

Era un enigma.

Un enigma que despertaba sin embargo una inexplicable fascinación en ella.

—Sólo con la gente que se apellida Ingram —res pondió al fin ella desafiante.

—Entonces es también por eso por lo que pronto te convertirás en una Gambrelli, ¿no te parece?

Robin le miró fijamente durante unos segundos, luego suspiró profundamente.

—Como acabas de decir, Cesare, mejor comamos —dijo desviando la mirada.

Él permaneció quieto y en silencio durante unos largos y tensos segundos, que mantuvieron a Robin en vilo, hasta que finalmente tomó el cubierto y se inclinó sobre la mesa para probar el plato.

—¿No te gustan las ostras? —le preguntó minutos más tarde, viendo que ella apartaba su plato sin probar las dos suculentas piezas.

—Si las quieres, adelante —le dijo ella con acritud, ofreciéndole su plato, sabedora de la reputación afrodisíaca de que gozaban las ostras.

—Bueno, creo que dos serán más que suficientes por esta noche —replicó él, mordaz.

Su conato de burla parecía haberse vuelto contra ella, se dijo Robin mientras Cesare se levantaba de la mesa para retirar los platos. Un escalofrío la recorrió por toda la espalda cuando sintió su cálida proximidad durante los breves segundos que se acercó a su lado para retirarle el plato.

Quizá pasar allí la noche no fuera una buena idea..

Después de todo, el que ella le dijese a su padre que iba a pasar la noche fuera no significaba necesariamente que la fuera a pasar allí, en la suite del hotel Gambrelli.

Desde luego que no.

—¿Quieres que te ayude con eso? —se ofreció viendo a Cesare junto al carrito del servicio,disponiéndose a servir los segundos platos, y sin tiéndose más segura de sí misma ahora que había tomado la decisión de salir de allí.

—¿Por qué no? —dijo él, quedándose de pie, firme, junto al carrito mientras ella se levantaba y se dirigía hacia allí—. Cuanto antes te acostumbres a tus debe les de esposa, mejor —añadió con tono provocador.

Ella sabía bien que había un «deber de esposa» al que ella nunca llegaría a acostumbrarse.

No había forma de que ella pudiera sentirse a gusto con el amor de aquel hombre.

Bien, físicamente, ella deseaba a Cesare; eso no podía ella negarlo a la vista de la forma en que ella respondía a su menor contacto. Pero siempre había creído que el placer físico debía ir acompañado por el amor. Ella había ido virgen a su noche de bodas, y no había tenido tampoco ningún otro amante des pués de la ruptura de su matrimonio.

—Quizás —comenzó diciendo ella lentamente mientras servía los filetes de ternera, con la guarni ción de verduras, en cada uno de los platos. Una ra ción más grande para Cesare y otra más pequeña para ella—. Ya es hora de que discutamos los térmi nos de este matrimonio, ¿no? —apostilló, colocando los platos en la mesa antes de sentarse de nuevo.

—Bueno, ya hemos llegado a un acuerdo, el de sa tisfacer la... sensibilidad de tu padre en relación con nuestro matrimonio —dijo Cesare—. No creo que estés en situación de imponerme más condiciones, Robin.

Aunque admiraba en ella su coraje, no sentía la menor simpatía por sus sentimientos.

—No obstante... —le dijo ella muy decidida—. Si, escucha bien, si acepto casarme contigo, entonces trataré también de aportar alguna cosa a la... natu raleza del matrimonio.

Cesare sonrió, seguro de saber exactamente a qué parte del matrimonio se estaba refiriendo.

—Adelante —la invitó él secamente, pensando que lo mejor que él podía hacer era probar lo antes posi ble un buen trozo de aquella

deliciosa carne que tenía delante. Por la experiencia que tenía con esa mujer sabía que podía quitársele el apetito en cual quier momento.

—Quizá podríamos empezar quitándote esa costum be tan fea que tienes de responder burlándote de todo lo que digo —sentenció ella de forma altiva y desafian te, despidiendo chispas por sus ojos de color violeta.

—Quizá fuera capaz de hacerlo si dejases de te ner esas salidas tuyas, con esos comentarios que me parecen tan divertidos —respondió él de forma lacó nica con una amplia sonrisa.

—Me complace mucho que lo encuentres diverti do. Cesare. Yo, personalmente, no encuentro nada divertido en toda esta situación.

—No me estoy riendo, Robin —le aseguró él—. En todo caso, creo que deberíamos dejar esta conversa ción hasta que hayamos terminado de cenar.

—¡No tengo hambre! —dijo ella apartando a un lado el plato, con todo su cuerpo tenso de ira.

Él tampoco.Su apetito esra ahora por algo mucho más....táctil que la comida.

—No te comportes como una cría, Robin —dijo él serio.

—¿Es eso lo que estoy haciendo? —replicó ella

. —Sí —respondió él.

—¡Si el gran Cesare Gambrelli lo cree así, enton ces es que debe ser así! —sentenció ella en tono en tre despectivo e irónico.

Cesare la miró pensativo unos instantes.

—¿Por qué estás tratando de provocar intenciona damente una discusión entre nosotros, Robin? —le preguntó finalmente.

—¿Yo? ¿Estoy siendo provocadora? —dijo ella muy acalorada.

·Tú debes saber que es así.

Lo que Robin sabía era que ella le deseaba.

Había visto la forma en que él la había mirado segundos antes, había visto el deseo en sus ojos antes de que lo hubiera ocultado, y en ese momento todo el cuerpo de ella se estremecía conocedor de su propia necesidad.

Y ella no quería desearle.

—Perdóname —dijo ella, sin intentar siquiera ocul tar su sarcasmo— Reconozco que me vuelvo un poco díscola cuando un hombre me está chantajeando para llevarme a la cama.

—Tus deberes principales como esposa serán ser la madre de Marco y ser mi amante —replicó Cesare, enfadado.

—No deseo ser tu amante en absoluto —le dijo Robin con gran

convicción, aunque la excitación de su cuerpo traicionaba sus palabras

—Pues no lo parece, mi querida Robin —dijo Ce sare, arqueando la ceja izquierda.

—¡Canalla! —dijo ella, jadeando furiosa—. ¡Cana lla, canalla! —repetía aturdida, levantándose de la mesa para poder increparle mejor—. ¡Me repugnas, Cesare Gambrelli!

—Quizás deberías demostrarme una vez más cuánto te repugno, Robin —le dijo él, incorporándo se de la silla y moviéndose alrededor de la mesa en dirección a ella.

Demasiado lejos. Ella había ido demasiado le jos. Así lo reconocía mientras huía de él.

Ella sólo había querido que la escuchase, que tomase sus palabras más en serio, no había querido provocar en él una respuesta de tipo físico.

No había querido. ¿O sí?

Su pulso se aceleró y su respiración se convirtió as jadeo cuando la boca de Cesare se adueñó de la saya, en un beso caliente, ávido y sensualmente exi gente, que no dejaba margen alguno para el rechazo.

La lengua de él se deslizaba íntimamente dentro de la boca de ella, encandilando todo su cuerpo entre escalofríos y ardores. Robin no estaba segura ya de lo que había o no pretendido, sólo sabía que no queri a que aquello terminase, que ella necesitaba el amor de aquel hombre como jamás lo había necesi tado o deseado de ningún otro.

Los labios de ella se abrieron más, besándole con entrega y avidez, sus manos se enredaron entre la espesura de su oscuro cabello, atrayéndole hacia si batiéndose en dulce duelo las dos lenguas mien tras ella apretaba apasionadamente su cuerpo contra d suyo.

Fuego. Esa mujer era puro fuego, fuego líquido, y Cesare deseaba perderse en sus llamas. De igual modo que deseaba que ella se perdiera en el infier no que se estaba desencadenando dentro de él.

El ahondó en su beso y le soltó de nuevo el pelo para enredar su mano en su sedosa fragancia. Su otra mano se movía a lo largo de todo su cuerpo de forma excitante, conforme tocaba y acariciaba sus sugestivas curvas, y al sentir sus espasmos de aban dono, le levantó el bajo de su vestido y comenzó a recorrer con su mano a partir de allí un camino as cendente de caricias.

Ella se quedó sin respiración cuando la mano de él llegó en su voluptuoso trayecto hasta donde em pezaba su carne desnuda por encima de las medias. Su suspiro inicial se tornó en un lascivo gemido cuando la mano de él se sumergió, experta, entre la calidez de sus muslos.

Los dedos de Cesare apartaron a un lado la seda de sus braguitas, y luego tocaron con deleite los sedosos rizos antes de dirigirse al centro de su deseo, tocándolo, sintiendo la forma en que florecía ins tantáneamente y se abría para él.

Húmeda. Robin estaba húmeda. Húmeda y preparada.

Cesare continuó besándola mientras retiraba la mano de su pelo para bajarle la cremallera del vesti do hasta dejar que cayera todo arrebujado alrededor de sus pies. Cesare desnudó sus pechos y descubrió que se adaptaban perfectamente a la palma de su mano. Su pulgar se movía en acariciadores círculos alrededor del ardiente pezón mientras podía sentir la humedad rezumando más y más entre los muslos de ella cuando su mano acarició el botón más sensible de su feminidad.

Robin se había abandonado desde el primer con tacto de la boca de Cesare con la suya, no tenía vo luntad para luchar contra la pasión volcánica que había estado ardiendo a flor de piel durante toda la noche. Su respiración se hizo más apagada cuan do Cesare retiró sus labios de los suyos y se inclinó para apresar uno de sus turgentes pezones con sus labios , con sus dientes y con su lengua, saboreándolo antes de chuparlo golosamente dentro de su cálida boca, al mismo tiempo que su dedo se movía frotando la joya de su erotismo.

La respiración de ella se convertía por momentos en sollozos conforme se movía rítmicamente contra él, sintiendo en su interior la conmoción de terremoto, intensificando sus empujes y sus roces contra él conforme sus estremecimientos se volvían cada vez más convulsivos al compás de las caricias de su mano, abandonándose a una liberación que parecía seguir y seguir conforme Cesare continuaba con sus caricias,llenando todo su cuerpo de placer que parecía derretirle los huesos, que ella deseaba que terminase nunca, nunca...

Capítulo 6

HABÍA alguna forma de poder salir digna mente de aquella situación?, se preguntaba Robin avergonzada segundos después, con forme recuperaba poco a poco la calma.

No, no la había. Ésa era la conclusión a la que había llegado, despreciándose a sí misma por su to tal falta de voluntad. Por alguna razón, ella estaba allí sólo con las bragas, las medias y las sandalias, mientras que Cesare llevaba puestos aún sus panta lones negros y su camisa blanca de seda.

Aunque, a su modo de ver, tampoco es que él tu viera un aspecto muy arreglado: tenía la camisa de sabrochada allí donde los dedos inquisidores de ella habían buscado su carne desnuda, y su oscuro y lar go cabello estaba algo revuelto por la forma en que aquellos mismos dedos suyos se habían enredado en su espesura mientras se aferraba a él desespera damente. Y quedaba aún un arrebato de excitación en sus pómulos.

Una excitación que él no había satisfecho. ¡Que ella no había satisfecho!

Había pasado ya bastante tiempo desde la última vez que había tenido relaciones sexuales, pero sabía que no había sido una amante egoísta. Giles no había tenido nunca queja alguna de ella en la cama.

Aunque desde luego le costaba recordar que hu biera tenido con su marido una respuesta tan entregada como la que tenía con Cesare.

Pese a que sólo habían pasado unos minutos, ¿no era quizá ya demasiado tarde para tratar de con ceder a Cesare el desahogo que su excitado cuerpo pedía con tanto ardor?

—¿Qué estás pensando ahora? —la voz de Cesare sonaba áspera en el incómodo silencio que se había do entre ambos.

Robin titubeó antes de responder.

—Que éste es el momento más embarazoso de mi vida —le dijo ella con franqueza.

—¿Embarazoso? —repitió Cesare, dando un paso atrás para mirarla; ella tenía el pelo alborotado los ojos con un brillo especial, la boca ligeramente in flamada por la vehemencia de sus besos—. Estás belli sima, Robin —añadió—. De hecho, cuando seamos marido y mujer, deseo que me odies de la misma forma que ahora todas y cada una de las noches de nuestra vida.

—¿Estás seguro...? ¿Estás seguro de que me casa ré contigo? —le

dijo ella indignada, agachándose para levantar su vestido de la alfombra, y taparse con él sus pechos desnudos.

Cesare entendió que ella estaba tratando de provocar otra discusión, pero él no se sentía ahora con ánimo para un nuevo enfrentamiento .

De ninguna forma podía negar Robin la atrac ción que sentía hacia él, como tampoco tenían sentido ya más artificios entre ellos.

—Te propongo que le digas a tu padre que va mos a casarnos en cuanto podamos arreglar los permisos necesarios —dijo él inclinando la cabe za.

—¡Tú propones! ¡Tú propones! —repitió Robin, haciéndose eco sarcásticamente de sus palabras, po niéndose de nuevo el vestido y abrochándose por detrás la cremallera con destreza.

—Sí, yo, propongo —replicó Cesare recalcando con fuerza cada palabra. Su frustración sexual no contribuía ciertamente a mejorar su temperamen to.

Deberían irse a la cama a terminar lo que habían empezado. Pero la expresión rebelde de Robin deja ba bien claro que las cosas no iban a suceder así de ningún modo.

¡Qué más daba! Él tenía toda la vida por delante para recrearse con la enorme sensualidad de esa mujer. Era sólo cuestión de esperar unos días, unas semanas quizá; una espera que contribuiría a hacer lo todo más dulce.

—Confía un poco en mí, Robin. Comprobarás que te equivocas al interpretar siempre mis palabras como órdenes —protestó él.

Ella resopló de modo irónico.

—Nunca confiaré en ti, Cesare.

Él arqueó las cejas y adoptó una expresión bur lona.

¿Ni siquiera en premio por ser un amante considerado? —dijo él con una media sonrisa.

—¡Por ser un amante experimentado, querrás decir! —replicó ella, disgustada consigo misma, con sus mejillas arrebatadas de nuevo por el recuerdo de lo que había sucedido.

La verdad era que ella no había sido tan considerada con él como él lo había sido con ella.

—He tenido otras amantes, sí —admitió él—. Pero también has tenido...

—Un amante —dijo ella, saliendo en seguida al paso—. Yo nunca... Eso... que ha sucedido ahora nunca habría sucedido si... Tengo que irme —dijo en un murnullo casi imperceptible, rompiendo el hilo de lo estaba tratando de decir.

No era eso lo que Cesare tenía planeado para esa noche pero, a la vista de cómo habían ido las cosas, entendía que lo mejor era dejarla irse.

A riesgo, sin duda, de pasarse toda la noche frustrado y sin pegar ojo.

Aunque aún le quedaba un dulce premio de con solación: el que Robin le hubiera confesado que su único amante había sido su ex marido.

Era una sorpresa, una sorpresa muy agradable, y su desinhibida entrega hacia él le animaba a creer que Robin le aceptaría como marido mucho antes de lo que ella pensaba.

—Muy bien, Robin —concedió él—. Te permitiré que..

—Tú no me vas a permitir nada, Cesare —le cortó obin, indignada—. ¡Por Dios! ¡Qué arrogancia! —añadió enfadada—. Me voy ahora porque quiero, no porque tú me des permiso. No pienses, ni por un momento, que vas a controlarme por el sexo, Cesare. Porque, ¡no va a ser así!

¿Había sido esa la intención de él? El placer físi co no debía ser un arma para usar sino para disfrutar, para deleitarse con ella.

Robin pensaba que el placer que había experi mentado esa noche no era tan común como la mayo ría de la gente creía. Qué importaba lo que aquellas lustrosas revistas pudieran decir, muchas mujeres se habían pasado la vida en los brazos de su amante sin saber lo que era un orgasmo. Placer, sí, pero no la profunda y orgásmica experiencia que había experimentado ella

Y él no iba a rechazar el regalo que ella le había dado, y mucho menos tirárselo a la cara, a su her mosa cara.

—Vete, Robin —le dijo él muy serio—. Si es ésa tu voluntad. Nos veremos mañana por la tarde.

—Pero esta vez en un restaurante —dijo ella, ade lantándose a cualquier otra sugerencia.

—Está bien, en un restaurante —aceptó él, con una sonrisa forzada—. Y no creas tampoco tú, Robin, que me vas a controlar a mí por el sexo.

Robin le miró con los ojos muy abiertos y el ceño fruncido por un instante, luego se dio la vuelta y abandonó la sala.

Cesare oyó cómo se abrían las puertas del ascen sor y luego cómo se cerraban segundos después. ¡Bah! No tenía importancia.

Tenía la noche de mañana. Y la de pasado mañan a. Y todas las demás noches del resto de su vida.

—Que anoche estuviste cenando... ¿con quién? preguntó su

padre con tono de incredulidad, mientras se sentaba a la mesa a desayunar con Robin a la mañana siguiente.

—Vamos papá —respondió ella con humor—. Andas muy bien del oído, estoy segura de que me oíste perf ectamente la primera vez —añadió, arqueando cejas en un gesto de falso reproche, lleno de cariño . Tenía los codos sobre la mesa y sostenía entre manos una taza de café.

Aunque lo cierto es que no había cenado exacta mente con Cesare, ¡al menos no habían terminado la cena!, se decía ella con tristeza para sí, aún avergonz ada recordando los momentos que había pasado en sus brazos la noche pasada.

Nunca le había sucedido nada parecido.

El lado sexual de su matrimonio con Giles había sido satisfactorio al principio. Pero poco a poco se fue deteriorando cuando empezaron con las pruebas , las gráficas y las tomas de temperatura. Todos aqu ellos esfuerzos para tratar de conseguir el hijo Giles tanto deseaba.

Ese hijo que iba a tener ahora en Marco, si finalmente se casaba con Cesare.

Robin se había despertado esa mañana, en su a, ¡gracias a Dios!, rebosante de lo que ella po dría describir como un sentimiento de languidez sa tisfecha. Y Cesare era el responsable de ello, ella lo sabía bien.

Pero era esa languidez, saber que cuando estu viese casada con Cesare sería su mujer en el más amplio sentido de la palabra, así como su alegría ante la perspectiva de llegar a ser la madre de Mar co, lo que la había animado esa mañana a sincerarse con su padre.

Cuanto antes estuviese él al tanto de la situación, antes sería ella la madre de ese pequeño tan encantador.

Robin miraba a su padre muy atenta, tratando de descubrir su reacción. Parecía muy afectado por la noticia.

—Yo... Pero... ¿Cesare Gambrelli, Robin? —esta lló finalmente incrédulo—. ¡No sabía que conocieses a ese hombre!

—Nos presentaste el domingo pasado en la cena benéfica, ¿no lo recuerdas? —le dijo ella muy afectuosa.

—Bien, sí, pero —movió él la cabeza de un lado a otro—. ¿Cuándo os volvisteis a ver de nuevo? —aña dió con la frente surcada de arrugas de preocupación.

Robin sabía de antemano lo delicada, por así de cirlo, que iba a resultar la conversación, y que Cesa re no era precisamente el hombre más paciente del mundo. Si ella no se lo decía a su padre,

sería Cesa re quien lo hiciera. Serían mucho mejor las cosas viniendo de ella.

—Vino a verme a casa —confesó al fin ella sin decir que había sido el día anterior—. Para invitarme a y yo acepté.

—¡Vino él aquí! —dijo su padre con la cara comenpletamente pálida.

—Sí —dijo ella, inclinando inocentemente la cabeza. ¿Hay alguna razón por la que no debería haberlo hecho? —añadió, conservando intencionadamente su tono desenfadado.

Su padre se levantó y se puso a pasear arriba y abajo por el cuarto, con su bata de estar en casa todabí a puesta, pues era sábado y no tenía que ir a trabajar .

Aunque sí se había arreglado y afeitado antes bajar a desayunar.

—Quizá debería haberte hablado antes de esto,Robin —admitió él—. Pero no me podía imaginar que Gambrelli y tú os hubierais vuelto a ver después de cena benéfica. ¡Maldita sea! Esperaba que nunca os volvieseis a ver. Sabes, Robin, el conductor del otro vehículo del accidente de Simon era...

—Carla, la hermana menor de Cesare —le inte pió ella con mucha calma—. Lo sé.

—¿Lo sabes? —dijo su padre con un profundo sus piro, y dejando ya de dar vueltas por el cuarto.

—Cesare y yo hemos hablado de ello —dijo ella.

—¿Habéis estado hablando de ello? —volvió él a repe tir de nuevo.

—Papá, creo que nuestra conversación será más fluida si dejas de repetir todo lo que digo. Cesare y yo hemos hablado del accidente, sobre las muertes Simon y Carla. Aunque parezca extraño, el ha blar del asunto nos dio valor a los dos para tratar de buscar una...

Ella se iba adentrando por un camino cada vez más escabroso. Robin se daba cuenta, pero tenía que convencer a su padre, por su propio bien, de que su relación con Cesare era por amor, y no una *vendetta* contra la familia Ingram.

Su padre parecía desconcertado por la relación de ella con Gambrelli. Pero mucho más desconcer tado estaría si supiera que ese hombre estaba forzando a su amada y única hija a casarse con él.

O al menos que había habido cierta coacción por su parte...

Pero desde que había conocido a Marco, lo ha bía tenido en los brazos, y se había quedado pren dada de su encantadora e inocente

sonrisa infantil todo había cambiado.

Se negaba a admitir que el placer que había en contrado la noche anterior en los brazos de Cesare pudiera tener algo que ver con su cambio de acti tud...

—Papá, sería maravilloso que pudiese salir algo bueno de aquella tragedia, ¿no te parece? —le miró suplicante, ligeramente avergonzada de sí misma por estar usando tales ardides de mujer con su pa dre, pero sabía que era para su bien.

Era mejor que él expresase sus reparos sobre su relación con Cesare ahora que podían discutirlas entre ellos, antes de que se enterase de la verdadera razón y rechazase de plano darle permiso para satis facer las exigencias de Cesare.

—Bien, sí, desde luego sería... —reconocía Charles distraído—. Pero, como sabes, yo escribí a ese hom bre después del accidente. La carta nos llegó devu elta dentro de otro sobre una semana después, en cuatro pedazos! —hizo él una mueca amarga. Tuve el convencimiento de que él hubiera preferid o hundirme un cuchillo en la garganta —añadió con un estremecimiento.

Así que Cesare había recibido la carta de condolenc ia de su padre, y obviamente la había leído, antes de devolverla de aquella forma que sólo podía interpretarse como una amenaza.

No era de extrañar que su padre le hubiese aconsejad o mantenerse alejada de Cesare.

Ella esbozó una triste sonrisa.

—Cesare puede ser un poco... teatral, ¿no? —ella trata ba de infundir cierta afectación en sus palabras—. Ya sabes, todo eso de la sangre latina. Pero puedo asegurarte que no guarda ya ningún rencor por todo lo que pasó.

—¿Estás completamente segura de ello? —le pregun tó su padre con mirada escéptica.

—Totalmente —afirmó ella de forma categórica y tran quilizadora, dejando su taza de desayuno en la mes a para incorporarse y dar un abrazo a su padre. —Ahora despeja esas arrugas de la frente y alé grate de mi felicidad. Espero poder presentarte a tu futur o yerno, Cesare, un día de éstos —le dijo rebo sante de jovialidad.

—¿Vas a casarte con ese hombre? —dijo su padre con expresión de incredulidad.

—Si me lo pide, sí —dijo ella, moviendo a un lado la cabeza—. Y creo que lo hará.

—Pero tú decías que nunca más volverías a casar te. Que ningún

hombre te querría porque no puedes darle hijos. Aunque yo nunca me lo creí —le dijo él muy serio.

—Pero eso es lo más maravilloso de Cesare —re plicó Robin con un brillo especial en los ojos—. El ya tiene un heredero, de modo que no tiene ninguna importancia el que yo no pueda darle hijos —afirmó ella, que no estaba dispuesta a entrar en una discu sión sobre quién era exactamente el heredero de Cesare.

De hecho, lo mejor sería cambiar totalmente de asunto.

—¡Cruza los dedos, y deséame suerte, papá! —dijo ella tratando de contagiarle su optimismo.

Daba la impresión de que su padre hubiese pre ferido verla en su dormitorio, encerrada allí y a sal vo, hasta que Cesare hubiera desaparecido por com pleto de Londres. Pero, como ella no iba a hacer tal cosa, no le quedaba otra opción que aceptar lo que ella le decía.

—Ten cuidado, Robin —le dijo con gravedad, pa sando afectuosamente la mano por su mejilla—. No me fío en absoluto de las intenciones de Gambrelli.

—No seas tonto —dijo ella, sonriendo—. Claro que tendré cuidado —le aseguró, consciente de la decep ción que estaba causando a su padre, pero sabiendo que sería aún mayor si él descubriera la verdad y le prohibiese casarse con Cesare, con lo que, sin soberlo le forzaría a él a cumplir su amenaza contra Publicaciones Ingram.

Cuando Robin se reunió con Cesare esa tarde en el restaurante Gregori's, tal como habían quedado en una breve llamada telefónica a primera hora de mañana, ella no tenía intención de contarle el acu erdo al que había llegado con su padre. No quería facilitarle las cosas a Cesare más de lo que ya lo había hecho.

—¿Dormiste bien anoche? —le preguntó Cesare nada más pedir el champán y la comida.

—Muy bien, gracias —dijo ella—. ¿Y tú?

Él sabía que bastaba con mirarle para saber,a la vista de las ojeras y las arrugas de la cara, que no había pegado ojo en toda la noche. Se había pasado una parte de ella merodeando por la suite hasta altas horas de la madrugada, y había bajado luego al gimnasio para quemar allí el exceso de energía acu mulada, si no de frustración sexual.

Robin, por otra parte, parecía fresca y despierta esa tarde, el intenso púrpura del vestido que llevaba hacía juego con sus ojos, su larga melena le caía por los hombros, y los enormes aros dorados en

los lóbulos de las orejas hacían juego con la intensidad de su brillo de labios de color melocotón que suponía una seductora invitación a la sensualidad de aquellos carnosos labios.

—No juegues conmigo, Robin —le previno él con aire glacial—. No estoy de humor para juegos.

—¡Pobre de mí!, la frustración sexual no te ha mejorado los modales, ¿verdad? —apuntó ella con descaro, mientras regalaba una resplandeciente son risa al camarero que le echaba en ese instante a Ce sare un poco de champán en la copa para que la probara.

Cesare echó un breve trago del espumoso vino y dejó bruscamente la copa en la mesa.

—Sabe a corcho —dijo él fríamente—. Tráigame otra. Y esta vez a la temperatura correcta.

—Sí, señor. Desde luego, señor —el camarero asustado, agarró la botella y las dos copas y se mar chó de allí a toda prisa.

—No has estado muy amable que digamos —le diji Robin en un tono de reprobación cuando quedaron solos.

—Creo que habíamos quedado en que yo no soy un hombre muy amable.

Robín no recordaba haber llegado a esa conclu sión, pero desde luego Cesare no había estado muy amable con el camarero. El pobre hombre estaría seguramente ahora abajo en la bodega, refunfuñan do entre dientes, y comprobando desesperadamente la temperatura de la segunda botella de champán antes de llevarla a la mesa.

—Le dejaré al salir una buena propina si eso te hace sentirte mejor, Robin —se comprometió él.

—No se trata de que yo me sienta mejor o peor —razonó ella, consciente de que el control de Cesare pendía de un hilo—. No soy yo con quien estuviste grose ro.

—Yo no estuve grosero —dijo él, interrumpiendo sus disculpas al ver aparecer de nuevo al camarero tra tando descorchar muy nervioso la nueva botella que había llevado—. No tuvo usted la culpa de la botella de antes fuera.... inaceptable —le dijo lemente al camarero, aun sabiendo muy bien que la primera botella había estado en perfectas condi ciones y que él se había lanzado, literalmente,a morder a aquel hombre sólo porque Robin le había dirigido una cálida sonrisa.

¡Sus sonrisas y cualquier otra cosa de ella le pertenec ían sólo a él!

No eran las sonrisitas que le había dirigido ella con segundas

intenciones, sino que Cesare se sentíaprofundamente resentido porque ella estuviera hoy de buen humor y lo demostrase a las claras con cualqui era.

Él nunca había sido posesivo con sus amantes.Sus relaciones previas habían sido siempre breves, nun ca más de un mes o dos, y en cuanto una mujer había pretendido llegar a algo más serio, él había dado por zanjada la relación iniciando una nueva. Esta ligera tendencia posesiva que sentía ahora hacia Robin tenía que ser por que ella iba a ser su esposa y, como tal, él requería de ella una total exclusividad.

—Vamos, vamos —le dijo Robin a Cesare, son—rie do con malicia después de haberse ido el camarero de su mesa, dejando la botella a plena satisfación de él esta vez—. ¿A que no ha sido para tanto lo de pedir disculpas?

—No me he disculpado porque tú desearas que lo hiciera —le dijo él con altivez—. Simplemente he reconocido que no estuve... muy amable con él —aceptó sin más.

No, no lo había estado, reconocía Robin, pero ella tenía serias dudas de que alguien le hubiera he cho ver alguna vez a aquel hombre que se había portado groseramente con alguien, por no hablar ya de reprochárselo como ella había hecho...

Robin se acomodó en su silla cuando sirvieron el primer plato en la mesa, paté para Cesare, salmón ahumado para ella, consciente de que varias mujeres en el restaurante habían mirado a Cesare con evidentes muestras de admiración cuando habían llegado juntos unos minutos antes, y que algunas de ellas seguían mirándolo aún con deseo.

Esa noche él parecía más alto, más moreno y apuesto, reconocía ella a su pesar, con su pelo largo rizado cayendo sedosamente sobre el cuello de la camisa gris pálido que llevaba bajo su traje gris, sin duda cortado por un sastre de manos expertas, pues realzaba la amplitud de sus hombros, la estrechez de su cintura y la esbeltez de sus muslos.

Cosas éstas de las que al menos media de doce na de mujeres del restaurante parecían haberse dado cuenta.

——Este matrimonio que estás proponiendo entre nosotros, Cesare —dijo ella, manteniendo la vista so bre su plato de salmón —. ¿Vamos a ser fieles? ¿O estás esperando que yo haga la vista gorda con tu amante de turno? —dijo ella mirándole con especial intención mientras pronunciaba las últimas palabras.

Cesare había estado concentrado untando paté a tostada, pero lo

dejó todo sobre el plato, mirándo la con el ceño fruncido.

—¿Te molestaría si fuera así? —la tanteó con suavidad.

—A nadie le gusta pasar por tonto. Yo simplemente , pensaba que todo iría mejor si sé a qué atenerme.

—No eso no era todo, en absoluto, pensaba Cesare.Si él tenía intención de echarse una amante durante su matrimonio, entonces sin duda Robin consideraría que ella tenía el mismo derecho a tener su própio amante, o incluso varios si quería. Pero, él jamás había compartido una amante, tampoco tenía la intención de compartir a su esposa.

—No habrá ninguna amante, Robin —juró él—. No acierto a entender por qué tú pensarías que podría haber la cuando tendré la esposa más perfecta y deseabl e esperándome en casa. Y ahora, ¿crees que podrí amos terminar nuestros platos sin peligro de la indigestión que estoy seguro sufrimos los dos ayer? —añadió, antes de que ella pudiera arremeter con alguna de sus ingeniosas y mordaces réplicas.

Robin arqueó las cejas con gesto de burla.

—Ya te lo he dicho. Dormí perfectamente la noche p asada.

Cesare la miró con frustración durante largos se gundos antes de apoyarse hacia adelante sobre la mesa para poder sostener más fácilmente su mirada.

—Quizá debería prevenirte de que en este mo mento la superficie de esta mesa me está pareciendo un lugar tentador para hacerte el amor —murmuró discretamente en voz baja entre dientes.

Los ojos violeta de ella permanecieron clavados en los suyos durante largos y expectantes segundos, como un cervatillo deslumbrado en la noche por los faros delanteros de un automóvil. La tensión sexual entre ellos era tan fuerte, que Cesare sentía como si pudiera alcanzarla y tocarla.

—Bueno, parece que empezamos a entendernos —dijo él, asintiendo con la cabeza como muestra de satisfacción a su silencio, y con una leve sonrisa que dejaba ver la pulcra blancura de sus dientes—.Ahora que tal si comemos—añadió con toda formalidad, recordando la tendencia de ella a interpre tar como una imposición cualquier comentario o su gerencia de su parte.

La mano de Robin tembló ligeramente al tomar su tenedor y comenzar a probar su salmón ahuma do. Pero no llegó siquiera a degustar su sabor al percibir el deseo sexual que una vez más estaba co rriendo por sus venas.

Nunca había sentido lo que sentía con Cesare, y ella se preguntaba qué significaba aquello.

¡Si es que significaba algo!

Ella podía ser una de aquellas mujeres frustradas que sufrían de hambre sexual tras la rotura de sus matrimonios. Especialmente ahora que sabía exactamente lo que era un amante maravilloso y satis orio, como lo era Cesare…

—Le hablé de ti a mi padre esta mañana —aventu ró ella, terminados los primeros platos y retirados ya de la mesa.

—En qué términos —dijo él, subiendo las cejas en actitud defensiva.

Ella hizo una mueca.

—Le dije que me habías violado la noche pasada y que ahora ¡ tenía que casarme contigo! ¿En qué terminos piensas que podía haberle hablado, Cesare ? —suspiró ella, contrariada por su recelo.

Cesare se encogió de hombros.

—Podías haber decidido hablarle de mis… intencio nes hacia Publicaciones Ingram.

—No era probable,después de todos los detalles que he tratado de ocultarle.

—¿Detalles? —repitió Cesare con una tranquila pero inquietante voz.

Las mejillas de Robin se ruborizaron, ella sabía que él se estaba refiriendo a los momentos que ella había pasado abandonada en sus brazos la noche anterior.

Simplemente le dije a mi padre que habíamos estado viéndonos desde que nos presentaron la seman a pasada. Y que si tú me proponías matrimonio, mi intención era de aceptar.

Cesare sonrió sin ganas.

¿Y cómo se tomó Charles la posibilidad de tenerm le por yerno?

—Mal —dijo Robin sin tratar de poner paños ca lientes al tema —. Pero acabará por aceptarlo —añadió con aire confidencial.

—Me admira tu optimismo —replicó Cesare con ironía.

Era imposible no admirar a esa mujer, reconoció Cesare. Ella ciertamente no se había amilanado por sus amenazas, y ahora también había tratado el asunto de sus relaciones con su padre. Lo que no habría sido nada fácil, estaba él bien seguro.

—Quizá si no le hubieras devuelto la carta de pé same a mi padre, así de esa forma tan… agresiva.

—Mi hermana acababa de morir unos meses an tes. No tenía ánimo para mostrarme amable con na die, y menos aún con un

miembro de la familia Ingram.

De hecho en aquella época Cesare se había sentido capaz de haber matado a alguien. Carla se había ido de su lado para siempre, y Marco se había quedado huérfano, aunque Cesare no había renunciado aún a encontrar al hombre que había abandonado a Carla cuando ella más le había necesitado; pero él tenía un detective privado investigando quién había sido el amante de su hermana hacía quince meses. Porque él daría con el padre de Marco, y cuando lo hiciese...

—Mi padre, todos nosotros, estábamos sufriendo también —le recordó Robin con aspereza.

Sí, él podía verlo ahora. Comprendía que Robin y su padre habían seguido amando al indigno hijo que Simon Ingram había llegado a ser, que ellos ha bían sentido su muerte tan profundamente como él había sentido la de Carla.

Pero esa comprensión no cambiaba nada las cosas . No cambiaba para nada su plan de casarse con ella.

De hecho, estaba incluso más decidido que nuna llevarlo a cabo.

Capítulo 7

NO estoy del todo convencida de que esto sea una buena idea — le dijo Robin a Cesare mientras subían por el ascensor privado a la suite del hotel.

Él la miró con una sonrisa de indiferencia, apoyado en el otro lado del ascensor.

—¿Asustada, Robin? —le dijo él con una sonrisa maliciosa.

—¿De quién?¿De tí?No—preguntó ella con una apa rente seguridad, con las manos aferradas con fuerza a su bolso.

No era de él de quien tenía miedo, sino más bien de sí misma.

—No estoy muy segura de que mi padre esté tran quilo sabiendo que voy a pasar la noche fuera, má xime ahora que se imaginará que estoy contigo.

·Robin, tienes ya veintisiete años.

—Pero ahora estoy viviendo en casa de mi padre —replicó ella.

Cesare se encogió de hombros, echándose a un lado, cuando el ascensor se detuvo en la planta del ático, para dejarla salir.

—Aún estás a tiempo de cambiar de opinión.

Sí, aún estaba a tiempo. No había telefoneado toda vía a su padre para decirle que no iría a casa noche.

Pero, aunque no sabía en cuál de las habitaciones de la suite pensaba Cesare alojarla para dormir esa noche, o no dormir según fuesen las cosas, de lo sí estaba segura era de que no iba a cambiar de idea.

Al margen de sus dudas sobre las intenciones de Ces are esa noche, ella podría volver a ver a Marco, ten dría la oportunidad de tenerlo de nuevo en sus braz os, tal y como lo venía deseando desde el día tenor.

—Si no te parece mal, Robin, creo que no es... apro piado que pasemos la noche en la misma habitac ón —dijo Cesare con gravedad, inquieto por el silencio de ella—.La niñera de Marco naturalmente reside aquí y dado que vamos a casarnos... No sería apropiado —volvió a repetir él—. No es plato de buen gus to para mí ver lo aliviada que te sientes con la idea a de no acostarte conmigo esta noche —dijo él co n manifiesto disgusto.

¿De verdad ella daba la impresión de sentirse aliviada?, se preguntaba Robin. Quizá. Pero no por la razón que Cesare se imaginaba; de alguna manera parecía totalmente fuera de lugar que ella res pondiera de forma entregada a un hombre que la es taba obligando a casarse con él bajo la amenaza de hac er daño a su

familia.

—Me preocupaba que pudieras pasarte otra noche en blanco sin pegar ojo —le dijo ella con una sonrisa forzada.

Cesare la miró con expresión de admiración, embaucado por unos instantes por su falsa conside ración hacia él.

—Todavía pueden pasar muchas cosas antes de acostarnos, Robin —apuntó él, gratificado por el ru bor que veía en sus mejillas —. Serviré unas copas de brandy mientras llamas a tu padre —dijo dirigiéndo se discretamente al salón para que Robin pudiera hablar con más libertad con su padre.

Si él fuera el padre de Robin, también se preocu paría por el dudoso amante que ella había elegido.

Robin estaba frunciendo el ceño mientras paseaba arriba y abajo por el salón unos minutos después.

—Hablé con el mayordomo —comenzó a decir ella, tomando la copa de brandy que Cesare le había servido—. Me dijo que mi padre parecía bastante cansado esta tarde y que se había retirado temprano —le explicó ella algo desolada.

—¿Crees que hay razón para preocuparse? —dijo Cesare con interés.

Robin se rehizo de su estado previo de abati miento para mirarlo de forma airada.

—No trates de aparentar que estás de verdad preocupado —le dijo ella desafiante—. Y menos cuando ayer mismo estabas completamente decidido a arruinar la editorial de mi padre y probablemente a ocasionar su muerte por ello —le recordó con tono de acusación.

La expresión de Cesare se oscureció. Arrugó el entre cejo a la vez que se dibujaba en su boca una línea de desaprobación.

—¿Necesito recordarte que no soy yo el responsab le del precario estado de salud que padece tu pa dre últimamente? —le preguntó él a modo de res puesta.

No, tuvo que reconocer Robin a su pesar; la ver dadera causa habían sido todas las preocupaciones las que había tenido que pasar su padre por la adición de Simon al juego, y por su muerte posterior.

Aunque sin duda ella había contribuido tambien negativamente a ello, con su propio fracaso matrimonial y su posterior divorcio.

Fuera cual fuese la razón, de lo que no cabía duda era de que su padre estaba sometido a un fuer te estrés, circunstancia que reafirmaba su decisión de mantenerle al margen de los siniestros

planes de Cesare con Publicaciones Ingram.

Ella tomó un revitalizador trago de brandy antes de contestar.

—He estado pensando en alguna manera de resti tuir a mi padre, después de que nos casemos, natu ralmente, las acciones de Publicaciones Ingram, sin que él llegue a darse cuenta siquiera de que han es tado fuera de la propiedad de la familia.

—No te preocupes por eso, Robin —atajó él con aire de suficiencia.

—Pero tengo que preocuparme, Cesare —replicó ella—. Todo el objeto de mi... de mi decisión de ca sarme contigo se vendría abajo si mi padre llegara a enterarse de que Simon se había jugado todas sus acciones.

—De tu «sacrificio», estoy seguro de que es lo que querías decir —dijo él recalcando irónicamente cada palabra.

—No trates de poner en mi boca palabras que no he dicho, Cesare —exclamó Robin con sus ojos vio leta echando fuego—. Si hubiera querido decir «sa crificio», ten por seguro que lo habría dicho.

Sí, ella estaba en lo cierto, admitió Cesare, la franqueza de Robin era una de las cosas que más admiraba en ella...

—Por lo que me has dicho, parece que lo que más te preocupa es que tu padre llegue a enterarse de ello. Pues bien, no veo ninguna razón para que tal cosa pudiera ocurrir.Simon vendió las acciones llevado por su obsedión al juego. Yo le compré las ac ciones al propietario del casino, que resultó ser un viejo conocido, a través de mi agente de bolsa...

—¡Qué conveniente! —dijo Robin con ironía.

—Yo las compré —continuó él, con tono de adver tencia en sus profundos ojos negros—. Te las entrega ré el mismo día que nos casemos. Ése será mi regalo de boda. En ese momento estarás en condiciones de destruir cualquier prueba de que hayan estado por un tiempo en manos ajenas.

—Lo tenías todo perfectamente planeado, ¿eh. Cesare? —observó Robin.

—No, todo no.

Cesare tenía que admitir que no estaba preparado para una mujer como Robin Ingram, ni para el deseo de hacerle el amor que sentía cada vez que esta ba a su lado.

¡Como le ocurría ahora!

—Creo que ya es hora de retirarnos a nuestras habita ciones —dijo Cesare fuera de sí—. Mañana tengo par de reuniones de

negocios y necesito leer algu os documentos antes de dormir.

Robin estaba sorprendida de que hubiera puesto tan fin abruptamente a la velada. Ella se había esperado algo parecido a la escena erótica que habían tenido la noche pasada antes de despedirse.

¿Estaba por ello algo disgustada porque Cesare compartía sus sentimientos?

No, desde luego que no.

¿O sí?

Bien...quizá, tenía que reconocer a su pesar, mientras dejaba su copa de brandy, ya vacía, sobre la mesita de café. Pero eso no dejaba de ser una estupidez por su parte. Aquello no era una rela ción de amor; ¡ella estaba siendo forzada a aceptar la propuesta de matrimonio!

—¿Qué habitación prefieres que ocupe? —le pre guntó ella con acritud.

—Yo te diría que la que está junto a la mía, pero que podría ser también malinterpretado —dijo con un gesto irónico.

Malinterpretado, ¿por quién?, ¿por la niñera de Mar co?

Nada de todo eso tenía importancia. La verdad era que Robin corría el peligro de pasarse esta vez ella la noche en blanco, imaginando a Cesare des nudo en el cuarto de baño que pegaba con el suyo. Lo que significaba que al día siguiente podría sen tirse tan irritable como lo había estado él toda la tarde.

—Un casto beso de buenas noches, sin embargo. no está prohibido —dijo él con una sonrisa burlona al contemplar las emociones que se reflejaban en la cara de ella.

No cabía la menor duda: la inalcanzable Robin Ingram le deseaba físicamente.

Cesare sonrió reconfortado, su propia desazón ya no le resultaba tan insoportable ahora que sabía que Robin estaría aquella noche en el dormitorio al otro lado del suyo, padeciendo la misma sensación de vacío.

—Un casto beso de buenas noches! —dijo ella h aciéndose eco de sus palabras—.No, gracias, creo que pasaré sin él. Si me indicas cuál es mi cuarto, estoy segura de que daré con él.

—No seas cría, Robin —la reprendió amablemente mientras cruzaba el salón hacia ella.

—Te dije que pasaría del beso de buenas noches gracias —le dijo ella, echando chispas por los ojos al verle acercarse.

—Me estaba refiriendo al hecho de que me estabas recriminando

el que me mostrase amable indi cando a un invitado su dormitorio, no a tu reacción al casto beso de buenas noches —le dijo Cesare, re confortado por el rubor de sus mejillas.

—¿Un invitado, Cesar? —repitió ella con gesto de incredulidad —. ¿Así es como me llamas ahora?

—Por esta noche al menos eso es exactamente lo eres —replicó él con tirantez.

—Muy bien —aceptó ella de forma lacónica.

No, no estaba bien. Estaba muy lejos de estar . Pero era todo lo que Cesare podía hacer por esa noche.

Catriona, la niñera de Marco, que era de su Sicilia natal, había estado con Carla desde que nació Marco. Como Cesare confiaba en volver a Sicilia algún día con Marco y con Robin, aunque sólo fuera de visita, entendía que era preciso preservar la re ción de su esposa contra todo tipo de chismorreos que pudieran tener lugar entre Catriona y su fami lia. Pasar la noche juntos, Robin y él, antes de casados, podía ser algo definitivamente inacep table.

—El beso de buenas noches no tiene por qué ser totalmente casto —propuso Cesare, engolando la voz forma cómica, muy cerca de ella, tras haberle indicado una de las cuatro habitaciones de la suite: la suya.

Robin se mordió ligeramente los labios, inquieta por la proximidad de él, sintiendo el calor de su cuerpo muy cerca del suyo, y la fragancia de su afters have embriagando sus sentidos.

—Cesare, un beso o es casto o no lo es. No creo e pueda haber grados intermedios de castidad.

Quizá antes fui un poco desconsiderado...

Robin sintió cómo su malhumor se evaporaba al ver la forma en que los ojos de Cesare pasaban de oscuros a negros, y sus párpados ligeramente entornados descendían con mirada de deseo hacia los la bios ligeramente abiertos de ella.

Cesare se había mostrado verdaderamente serio acerca de la necesidad de no escandalizar a la niñera de Marco durmiendo los dos juntos esa noche. Y ella había pensado que él quería hacerle pagar su frustración de la noche anterior con la misma moneda.

—No, Cesare, estuviste correctísimo —le dijo ella— La verdad es que no sería muy apropiado por nuestra parte dormir juntos esta noche.

—¿Quién dijo dormir? —replicó él, falseando la voz cómicamente.

Robin se rió coquetamente, empujándole afuera con su mano en

el pecho hasta sacarle de la habita ción, cerrando rápidamente la puerta tras de sí para apoyarse contra ella, casi era capaz de sentir su presen cia al otro lado de la misma. Sus propios sentimien tos de frustración no eran tan intensos ahora que sa bía que Cesare la deseaba también...

Robin se despertó con una sensación tal de deso rientación, que le llevó varios segundos darse cuen ta de dónde estaba. Estaba en la habitación de la suite de Cesare, pero no acertaba a adivinar la razón por la que se había despertado así tan repentinamente.

Afuera aún estaba oscuro, sin duda todavía era de noche.

Y entonces lo oyó otra vez, aquel débil y extraño sonido infantil.

¡Marco!

Robin permaneció en la cama unos minutos más escu chando el sonido por segunda vez y preguntandose si Catriona se habría despertado y habría ido a ver Marco, o si estaba solo. No había nada malo en fuera a comprobarlo por sí misma, ¿no?

Se puso las bragas y el vestido, sin molestarse en ponerse las medias ni los zapatos, y caminó de puntillas por el vestíbulo, descalza y en silencio, para escuc har tras la puerta del cuarto de Marco.

Más que llorar propiamente, parecía que Marco estaba hablando consigo mismo, aunque Robin no estaba segura de si estaba solo o no. No podía oír más voces que la del pequeño, pero quizá Catriona estuviese callada, guardando silencio para tratar de que el niño se volviese a dormir.

Robin abrió muy despacito la puerta áel cuarto y echó una mirada adentro. La habitación estaba ilu minada sólo por una lamparita de noche que había en la pared. Marco estaba solo, se le distinguía muy bien en la cuna, con sus ojos oscuros iguales a los su tío, que se encendieron con gran vivacidad encuan to descubrió a Robin en el umbral de la puerta, po niéndose luego a parlotear en ese ininteligible idioma suyo.

—Chis, pequeñín, chis, duérmete, duérmete o despertarás a todos —canturreó Robin en voz muy baja. Entró deprisa en la habitación, y después de cerrar con mucho cuidado la puerta tras de sí, se acercó al lado de la cuna—. ¿No se puede dormir mi pequeño hombrecito? —le dijo sonriéndole.

Robin creyó que el corazón se le salía del pecho cuando el niño le devolvió la sonrisa. Sin pensárse lo dos veces, le sacó de la cuna.

Ella no tenía claro si debía tenerle en brazos o no. Marco parecía muy despierto y ella no sabía si quizá fuera mejor echarle de nuevo

en la cuna y de jarle que se durmiera de nuevo, ahora que estaba tranquilito sabiendo que no estaba solo. Sin duda Cesare no aprobaría que ella hubiera sacado a Mar co de la cuna en mitad de la noche.

Cuando se casase con Cesare, Marco sería tam bién hijo suyo. Entonces si a ella le apetecía tenerle en brazos en mitad de la noche podría hacerlo ¡qué demonios!

Y ella quería tenerlo en brazos, había deseado tanto tener aquel cálido cuerpecito contra el suyo. tenerle en brazos y acariciarle, ella que sabía que nunca podría tener y acariciar a un hijo de su sangre.

¡Oh! Parecía tan bueno, se decía ella enternecida dirigiéndose con el niño en los brazos hacia una si lla allí cerca y sentándose en ella con el pequeño, al que seguía acunando en sus brazos. Acercó su cara a la del niño, le olió y le tocó muy levemente con la nariz, ¡tenía la piel tan suave y tan blandita!, y ¡ olía a gel de niño y a polvos de talco!

Marco sonreía confortado con el cálido aliento de ella sobre su cuello. Pero cuando extendió los bracitos para agarrarse con fuerza al cuello de ella. la carita de felicidad que se le veía era la gloria misma.

Robín se le derritió el corazón, furtivas lágrima s brotaban de sus ojos mientras sentía cómo amaba cada vez más a aquel adorable niño.

Y si ella se casase, o mejor dicho cuando se casase, con Cesare, Marco iba a ser su amado bebé. ¡Su hijo!

Marco no paraba de tocarle el pelo una y otra vez, parecía fascinado enterrando los dedos en aque llas ondas rubias color de miel, y se le veía muy a gusto sentadito en las rodillas de ella y chapurreando en aquella lengua suya tan particular.

Robin perdió la noción del tiempo que llevaba sentada con él, jugando y diciéndole cosas, haciéndole uno y mil mimos y caricias, y soplándole cariño samente en su sensible cuellecito mientras él se reía encantado. El tiempo parecía no existir.

El niño comenzó a dar muestras de cansancio y apoyó su cabecita sobre los hombros de ella cerran do los ojos a los pocos segundos, aún con sus mani tas cerradas en torno a su pelo.

Allí sentada con el niño dormido sobre su pecho, sintió correr las lágrimas de nuevo por sus mejillas. Eran lágrimas de felicidad por la realización de una experiencia de madre que había pensado que ya no tendría nunca. Por el regalo de este maravilloso niño que le había robado el corazón.

Robin no se dio cuenta de qué hora sería cuando ella se quedó también dormida, pero la luz del día ya brillaba a través de la ventana cuando se desper tó por segunda vez. Marco estaba aún dormido en sus brazos, brazos que aún dormida habían seguido sujetándole y protegiéndole .

Pero no podían encontrarla allí. A Cesare quizá no le parecería bien que se hubiese pasado la noche con Marco en los brazos. Había que ser discreta, Cesare aún tenía la sartén por el mango mientras es tuviese en posesión de aquellas acciones de Publi caciones Ingram. Y podría sentirse aún más dueño de la situación de conocer los sentimientos que al bergaba ella hacia el adorablemiño.

Se incorporó para devolver al pequeño a la cuna. Con gran pesar, le acostó con mucho mimo para que no se despertara y le tapó con la mantita. Se quedó allí como petrificada, sin poder dejar de mi rarlo, de mirar aquella carita angelical tan hermosa, deseosa de pasarle la mano por su cabecita para alisar sus oscuros ricitos y acariciar sus mejillas de porcelana, consciente de que ella no podía arries garse a estar allí cuando él se despertara, que no podía correr el riesgo de que Cesare conociera sus sentimientos con Marco.

¡Cesare no sabía cuánto amaba ya ella al niño! Él la tenía por inmadura y egoísta. Creía que había sido voluntad suya lo de no tener hijos. Pero ella lo tenía bien pensado: hasta que no estuvieran casa dos, hasta que ella no tuviera en sus manos las ac ciones de Publicaciones Ingram, no iba a dejar que él creyese otra cosa de ella.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Robin se quedó helada por un instante. Acababa de cerrar la puerta del cuarto del Marco cuando se volvió y vio a Cesare avanzando con sus grandes zancadas por el vestíbulo hacia donde ella estaba.

Parecía furioso, como si sospechara que las in ciones de ella fueran malévolas.

Robin levantó altiva la cabeza sosteniendo su osa y acusadora mirada.

—Creí haber oído a Marco llorando —se excusó

Cesare la examinó detenidamente, observando pal idez de sus mejillas, libres ahora de maquillaje, el desafiante brillo de sus ojos violetas y su obstinado gesto en la boca.

Cesare se había despertado a su hora habitual, a las siete, sabiendo que le daría tiempo a ducharse, afe itarse y vestirse antes de que se despertara Marco a las siete y media. Se pasaba

normalmente una media hora desayunando con su sobrino antes de ir a sus reuniones de trabajo.

Teniendo en cuenta el poco afecto que parecía sentir Robin por los niños, lo último que se hubiera espe rado era encontrarla saliendo del cuarto de Marco.

—¿Y era así? —le preguntó él, corriendo a abrir la pu erta para echar una ojeada en su interior.

Marco estaba dormido en su cuna como un angelito.

Tras volver a cerrar la puerta, la mirada de Cesase se dirigió de nuevo a ella con gesto de reproche.

·Obviamente, no, ¿verdad?

· Obviamente no —reiteró ella, con tono desafiante haciéndose eco de sus palabras.

Cesare la miró ahora con suspicacia. No se creía del todo la explicación de Robin, pero no era capaz imaginar otra.

—No tengas miedo, Robin. Tiempo habrá de que Marco y tú lleguéis a conoceros mejor cuando este mos casados —afirmó él con cierto sarcasmo.

—No tengo miedo, Cesare —replicó ella sin pen sarlo dos veces — . Ni de ti ni de tu sobrino.

Miedo era lo último que quería Cesare que sin tiese ella por él. Aunque estaba casi seguro de que había visto en sus ojos algo parecido al miedo cuan do la había visto saliendo del cuarto de Marco.

¿Podía ser que Robin sintiese verdaderamente miedo de cuidar a un bebé?

—Tengo intención de que Catriona siga al cuida do de Marco cuando nos hayamos casado —le infor mó él con aspereza.

Era ahora Robin la que lo miraba perpleja, preguntándose por qué estaba él tratando de tranquili zarla cuando no hacía mucho le había dicho que cuidar de Marco iba a ser parte de su castigo en aquella *vendetta.*

¿Acaso pensaba él que ella podría hacer algo malo al niño? Como si alguien pudiera ser capaz de tocarle un pelo siquiera de aquella adorable cabecita suya.

¿Cómo podía sospechar Cesare tal cosa de ella?

—Estoy convencida de que, dada tu arrogancia, seguirás dictando tus propias normas después de que nos hayamos casado, ¿verdad? —le dijo ella—. Bien, puedes hacerlo, pero eso no significa que yo las vaya a cumplir —dijo ella, volviéndose de espal das—. Creo que ya es hora de irme... ¿Pero qué es tás haciendo? —

le dijo ella indignada cuando él la sujetó del brazo obligándola a darse la vuelta para mirarle a la cara.

—¿Me estás diciendo que yo soy arrogante? —dijo sujetándola aún con fuerza del brazo, y mirándo la airado con la mandíbula desencajada. Robin se rió ahogadamente para sus adentros. —Sí, eres arrogante, Cesare. De hecho eres el hom bre más arrogante que he tenido la desgracia de cono cer —añadió ella.

· ¿La desgracia, Robin? —repitió él desolado con los ojos como carbones encendidos.

No creerás seriamente que por unos cuantos besos estoy ardiendo en deseos de ser tu esposa, ¿no, Cesare? —le dijo ella, moviendo lentamente la cabeza arriba y abajo para reafirmar el gesto de lás tima con que le miraba—. Si así lo crees, permíteme decirte entonces que has sobreestimado tus poderes habit uales de persuasión.

¡La maldita arrogancia de aquel hombre! ¿No le había dicho acaso ya a Cesare que nunca la somete ría por el placer físico que pudiera ella sentir en sus brazos?

Él continuó mirándola absorto unos segundos hasta que al fin aflojó la mano que le sujetaba brazo y dio unos pasos atrás.

—Empiezo a cansarme de esta espera previa a nuestro matrimonio, Robin. No me parece mal que mantengas esa relación tan estrecha con tu padre pero...

¡No te parece mal ! ¡Él es la única y verdade razón de que yo esté aquí contigo en éste momento!

· Yo en tu lugar mediría mejor las palabras, Robin —le aconsejó él con una mirada enigmática en sus profundos ojos negros.

·¿Qué palabras? —le preguntó ella desafiante.

· Estás siendo intencionadamente provocadora otra vez —le previno él—. Pero esta vez pasaré por alto tu provocación. Iré esta tarde a casa de tu padre para poder discutir la fecha de nuestra boda.

· Tengo veintisiete años y estoy divorciada. ¿No crees que ir a mi padre a pedirle mi mano podría es tar un poco fuera de lugar? —le dijo Robin indignada.

Cesare la miró de arriba abajo con su arrogancia habitual.

—No era mi intención pedirle nada a tu padre, sino decirle cuándo vamos a casarnos.

· Antes de decirle nada a mi padre, ¿no crees que deberías pedírmelo antes a mí? ¿O es que te crees en condiciones de dar por hecho mi consentimiento?

—¿Y no es así? —dijo Cesare, recalcando cada palabra.

Con gusto Robin le hubiera pegado en ese momento, tan furiosa se sentía de su presuntuosa actitud. Y todo, según parecía, porque la había sorprendido saliendo del cuarto de Marco...

· ¡Voy a casarme contigo, Cesare! —le dijo ella aparentemente emocionada—. ¡ Sólo para amargarte la vida tanto como me la estás amargando tú! —añadió ella jadeante, con la respiración entrecortada.

Cesare contemplaba sus pechos subiendo y bajan do agitadamente, imaginándolos sueltos bajo el vesti do, y sus piernas y sus pies también desnudos, reve lándole que probablemente no llevaba debajo nada más que las bragas. El vestido y las bragas eran pues los únicas cosas que necesitaba arrancar de su cuerpo para poseerla con el impulso salvaje que sentía.P ero él nunca había forzado a una mujer, y no tenía intención de empezar con Robin.

¡A pesar de cómo le provocaba!

Además, ella había dicho que se casaría con él... Me gustaría saber qué harás si mi padre nos propone que esperemos a conocernos mejor antes de abordar la cuestión del matrimonio —le dijo Rob in con ironía.

Estoy convencido de que el hecho de que estuvieras aquí conmigo la noche pasada le habrá hecho ver que nos conocemos ya más que suficiente para casarnos. Además confío en que, en cuanto le hayas convencido de tus sentimientos hacia mí, él acepta rá encantado nuestra decisión.

—¿Mis sentimientos hacia ti, Cesare? —dijo ella con desprecio.

Él sonrió sin ganas.

—Supongo que no le habrás dicho a tu padre que lo que sientes por mí es más odio que amor— le dijo con una media sonrisa forzada.

¿Odiaba ella a aquel hombre?, se preguntaba Robin. ¿Podía odiarle y sentir a la vez aquel volup tuoso placer entre sus brazos?

El odio que sí podía surgir era el de Cesare cu ando se diese cuenta de que no podía darle los hijos que sin duda pensaba tener con ella.

Ella le estaba ocultando esa información hasta después de estar casados y tener a salvo en sus manos las acciones de Publicaciones Ingram. No quería correr el riesgo de que se enterase de que ella no podía darle hijos hasta no tener las acciones en su poder. ¡Aunque después de la noche pasada, tenía también otra razón para mantener su secreto!

Marco...

Ella lo quería ya tanto que no podía soportar la idea de separarse de él si Cesare llegaba a descubrir su incapacidad para darle hijos y decidía no casarse con ella.

Quizá ella estaba siendo un poco desleal no re velándole a Cesare su presunta esterilidad, pero tampoco él estaba siendo muy leal que digamos exigiéndole casarse con él en aquellas condiciones.

—Le diré a mi padre que vendrás a casa esta tarde —dijo ella inclinando la cabeza.

—Asegúrate de que vea con... buenos ojos nues tro matrimonio —le pidió Cesare.

—Créeme que, si pudiera conseguir esas acciones de otra manera, lo haría —añadió ella sin sentirlo.

Ser la madre de Marco era motivo más que suficiente para persuadirla de casarse con él.

Pero ella no podía verdaderamente correr el riesgo de que Cesare pudiera siquiera imaginar eso antes de que estuvieran legalmente casados, aquellas acciones estuvieran en posesión de ella, y Marco fuera su hijo adoptivo.

—Es una pena para ti que no tengas en realidad o otra forma de... —le dijo él con un gesto amargo en boca.

—Tú eres el único que da pena, Cesare, deseando casarte con una mujer que no te quiere —le dijo Ro bin con cierta crudeza mientras él arqueaba las ce jas impresionado por sus palabras—. Ahora, si me disculpas, tengo que volver a casa a cambiarme an tes de ir al trabajo... ¿Qué pasa ahora, Cesare? —le preguntó ella con tono de cansancio viendo el gesto de reproche en su mirada.

—Dejarás de trabajar para Publicaciones Ingram en cuanto nos casemos.

—¡ Puedes estar seguro de que no! —respondió ella desafiante —. Mi padre me necesita a su lado ahora más que nunca, Cesare —le dijo ella tratando de razonar con él que parecía completamente inflexible.

—Marco y yo te necesitaremos también a nuestro lado —insistió él.

—Marco y tú habéis estado muy bien sin mí todo este tiempo. Estoy segura de que podéis seguir así después de que estemos casados —dijo Robin de for ma categórica.

¡ Era tan testaruda! Ella, la mujer con la que él quería casarse! Maravillosa, pero testaruda. Desea ble, pero testaruda. Leal a su familia, pero... ¡tan testaruda!

—Discutiremos este asunto cuando estemos ya casados —se comprometió él.

—No, ¡lo discutiremos ahora! —insistió Robin—. Nunca he sido una esposa de estar en casa. No sabría serlo.

—Tienes tus actividades benéficas.

—No es suficiente, Cesare.

—Y tendrás a Marco...

—Que, como acabas de informarme, Catriona, la competente Catriona seguirá su cuidado.

—Entonces le buscaré a Catriona trabajo en otra parte —dijo Cesare exasperado, pero absolutamente determinado a que Robin dejara su trabajo en Publi caciones Ingram después de casarse.

Él viajaba mucho por motivos de trabajo, y que ría que Marco y ella le acompañasen en sus viajes, algo que Robin no podría hacer si continuaba traba jando con su padre.

Para Cesare aquello era un asunto que no admitía discusión, era innegociable.

Robin le miraba con los ojos bajos, preguntán dose si Cesare tenía la menor idea de que acababa de darle precisamente lo que ella más quería, cuidar sola de Marco.

Desde luego Cesare no lo sabía, no habría hecho esa sugerencia de haberlo sabido.

· ¿Es una decisión innegociable? —preguntó ella con falsa impaciencia.

· Absolutamente —afirmó él con rotundidad.

· Entonces parece que esto es un asunto cerrado del que no vale la pena seguir hablando —dijo ella condescendiente—. Ahora sí que no me queda más remedio que irme si no quiero llegar tarde —conclu yó ella, dirigiéndose hacia su habitación a por sus cosas.

Robin iba sonriendo feliz mientras cerraba la del cuarto tras de sí. Era una sonrisa en la se encerraba su sueño de verse al cuidado exclusiv o de su querido Marco todos y cada uno de días de su vida.

De hecho en ese instante se sentía capaz incluso amar a Cesare, por ser el único hombre que po darle lo que tanto deseaba.

¡Amar a Cesare!

No, probablemente ella no podía sentir amor por hombre tan arrogante, tan autócrata, se decía sí.

Deseo físico, sí.

Pero no amor...

Capítulo 8

CATRIONA me ha dicho que desea volver a Sicilia en cuanto regresemos de nuestra luna de miel.

Robin miraba a Cesare con el ceño fruncido a última hora de aquella tarde en el salón de la casa que ella había compartido con su padre durante el último año.

—Parece que una hermana suya ha tenido un hijo. Catriona desea volver a Sicilia para cuidar a su sobrino.

—¿Dijiste algo de luna de miel? —preguntó Rc bin—. ¿Acaso me has preguntado?

· Es algo tradicional después de una boda, ¿no? —replicó él con altivez.

Podía ser, pero la suya iba a ser cualquier cosa menos una boda tradicional.

Ella movió la cabeza.

· No creo que haya necesidad de llevar la farsa hasta ese extremo, Cesare.

—Necesario o no, es lo que todos esperan —dijo Cesare, manteniéndose en sus trece.

—¿Quién lo espera? —dijo ella con una mueca amarga en la boca.

—Tu padre entre otros. Por cierto, pensé que estarí a quí esta tarde... —dijo Cesare extrañado de que estuviera ausente.

Había sido verdaderamente un largo y ajetreado día para Cesare, sus reuniones de trabajo se habían prolongado más de lo esperado. Y había estado pensando en Robin mucho más de lo que hubiera deseado.

Estaba maravillosa esa tarde, su vestido crema iba a la perfección con los tonos miel de su piel y el intenso brillo de su larga cabellera que llevaba suelta sobre los hombros. Llevaba los brazos desnudos, y en sus largas y sedosas piernas seguro que llevaba como siempre medias.No aquellos horribles pantys que llevaban ahora la mayoría de las mujeres y que

normalmente encontraba tan poco atractivos.

En más de una ocasión se había visto viajando el pensamiento a aquellas largas piernas enfundadas en sus medias de seda, a la suavidad de la care desnuda de sus muslos por encima del elástico de aquellas medias tan sexys, al sedoso y seductor triángulo entre sus piernas que él tanto había estado acariciando, al sabor de ella cuando había tenido sus pezones dentro del calor de su boca

llevándola a un clímax de placer.

Pensamientos que incluso ahora estimulaban y endurecían todo su cuerpo de deseo.

Sí, así pensaba disfrutar en su luna de miel. De seaba estar sólo con ella en cualquier sitio al menos una semana para que pudieran descubrir juntos cada rinc ón de su sexualidad.

—Papá tenía que ir a atender una llamada en su despacho, pero estará de vuelta en unos minutos —se excusó Robin—. ¿Te apetece tomar algo mientras esperamos? —le dijo, indicándole las licoreras de cristal tallado que había sobre el aparador.

Lo que le apetecería a él sería poner fin a tado aquello y estar los dos solos haciendo el amor.

—Un whisky estaría bien —aceptó él, sentándose en uno de los sillones y contemplando la elegancia con que Robin le servía la bebida.

Con esas manos suyas, con esos dedos largos y delgados que Cesare deseaba tanto tener sobre propio cuerpo, y que despertaban en él una necesi dad apremiante, una pasión que le volvía impaciente con todo y con todos.

Una vez que terminase aquella, por otra parte necesaria, reunión con el padre de Robin, Cesare te nía intención de llevarla a la suite de su hotel y, una vez allí, hacerle el amor locamente. ¡Y al infiero con lo que Catriona o cualquier otra persona pudie ra pensar!

Cesare parecía muy distraído aquella tarde. Ro bin se dio cuenta de ello cuando le dio el vaso d whisky, tras un inquietante y prolongado silencio.

—Fue idea tuya venir aquí esta tarde, Cesare recordó ella secamente.

—No estoy preocupado en absoluto por la posible reacción de tu padre a nuestros planes de casarnos en seguida si eso es lo que estás pensando, Robin.

No, ella no estaba pensando en eso en absolutamente. Eran las acciones que Cesare tenía de Publicacion Ingram lo que la preocupaba. Él, con todos sus millones y su poder, no era un hombre al que mucha gente se atreviera a decirle no.

Incluida ella misma, según parecía...

—Yo en tu lugar no me sentiría tan tranquilo, Cesare —le dijo ella con aspereza, molesta por su exagerada confianza en sí mismo —. La riqueza de un hombre carece de importancia para mi padre cuando lo que está en juego es la felicidad de su única hija.

Giles, por ejemplo, había sido un hombre muy rico, y el

matrimonio había sido un desastre.

—¿Y tú, Robin? —le preguntó Cesare, dejando su vaso de whisky sobre la mesa y poniéndose de pie,haciendo que ella se fijara en el impecable corte de su traje oscuro, perfectamente combinado una camisa de seda blanca y una corbata de co gris—. ¿Qué es lo que más valoras tú en un mari ? —le preguntó él, poniéndose en un par de zancadas junto a ella.

Robin se sentía subyugada. Él estaba allí, tan crec a de ella, que podía sentir el calor de su cuerpo, cue rpo cuyo poder adivinaba bajo aquella camisa seda blanca, cuerpo que ya había tocado y acari dado el día anterior apreciando la fortaleza de su musculatura.

Ella movió la cabeza, con gesto de escepticismo. —Ésa es una pregunta que no tiene mucho sentido en nuestro caso, ¿no te parece, Cesare?

—¿No? —dijo Cesare sorprendido, y poniendo su mano alrededor de la garganta de ella, le tomó el pulso con el pulgar—. Te estás excitando de nuez. Robin —añadió con satisfacción.

·Yo...

· Tu pulso está acelerado —prosiguió él, ignoran do su tímida objeción, con su oscura mirada fija et la leve abertura de sus labios mientras su pulgar se encargaba ahora de acariciarle la barbilla—. Se notan los pezones muy tensos bajo el vestido —ob servó él con gesto de aprobación, habiendo bajado los ojos hacia sus pechos antes de devolverlos de nuevo lentamente hacia su boca—. Estás deseando que te bese —le dijo, abriendo los labios de ella con su pulgar y tomando decididamente con su boca pos esión de la suya.

Ella no deseaba que él la besara. Pero Robin no podía negarle nada, con su cuerpo pegado al suyo sus brazos apoyados sobre sus anchos hombros sus dedos enredados en la negra espesura de su pelo.

Tampoco podía explicarse la locura que sentía en sus brazos, su total falta de voluntad para luchar contra sus impulsos.

Cesare introdujo el labio inferior de ella dentro de su boca y lo acarició con su lengua una y otra vez, haciendo que aquella excitación que nacía en lo más intimo de su ser se propagase y extendiese por todo su cuerpo. Ella dejó escapar un gemido de deseo cuando la lengua de él se abrió paso definiti vamente dentro de su boca.

—Quizá debería volver un poco más tarde...

Robin apartó bruscamente su boca de la de Cesare al oír la voz de su padre, y miró de inmediato a Cesare con recelo, imaginándose

que la había esta do besando sólo con la intención de que su padre los pill ara in fraganti.

—N o seas tonto, papá —dijo ella con una sonrisa ingenua , tratando de quitar importancia al asunto, y, co n un ligero temblor de piernas, cruzó el salón hacia su padre, se colgó de su brazo y le llevó a estaba Cesare.

—Supongo que no necesito presentaros, ¿no?—dijo ella con desenfado.

—Gambrelli —dijo su padre secamente, ofreciéndole la mano.

—Ingram —respondió Cesare con la misma concisión, estrechando brevemente la mano que le ofrecían.

Estaba disgustado por la interrupción, pues la verdad era que con Robin en sus brazos, besándola acariciándola, se había olvidado de que estaban espe rando que su padre llegase de un momento a otro. De hecho, se había olvidado por completo del lugar donde estaban.

—Ahora quiero que los dos volváis cada uno a vues tro rincón y que esperéis allí quietecitos a que sue ne la campana para volver a pelear —les dijo Robi con una sonrisa de reproche.

Charles Ingram pasó por alto esa frivolidad mientras mantenía la mirada clavada en la de Cesare.

Era una silenciosa batalla de voluntades, pensó Cesare, que a pesar de todo sentía una gran admir ación por ese hombre.

Pero había sido también el padre de Simon Ingram , el hombre al que Cesare hacía responsable de la muerte de Carla.

—No creo que tu padre sepa apreciar tu sentido del humor, Robin —dijo él con aspereza.

—¿Y tú? —le dijo ella con una sonrisa irónica—¿Aprecias tú mi sentido del humor, Cesare?

Cesare echó una última mirada escrutadora a Charles Ingram antes de prestar su atención a Ro bin, suavizando intencionadamente su expresión al ver el gesto desafiante de ella en sus ojos y el ligero sofoco de sus mejillas. Y esa vez no era de excitac ión, sino de mal genio, pensó él.

Cesare sonrió ligeramente.

—Yo, por supuesto, aprecio todo lo que venga de ti, Robin.

—Bien —dijo ella—. Papá, Cesare ha venido aquí esta tarde para que nos sentemos todos juntos tranquilamente a hablar de nuestros planes de boda —el ex plicó ella—. ¿Cuándo va ser la boda, Cesare? —pre guntó con la voz quebrada.

Cesare observó las arrugas que comenzaban aparecer en el ceño

de Charles Ingram.

¿Qué es lo que había hecho él para que Robin estuviese ahora tan enfadada como para que se sin tiese tentada a descubrir allí la desavenencia entre ellos cuando ella le había asegurado que deseaba mantener a su padre al margen de ello?

—Eso es algo que debes decidir tú, Robin —con testó él con mucha delicadeza.

—¿Sí? —dijo ella sorprendida, con cierta descon sideración.

—Sí, siempre claro que sea dentro de las próximas semanas —respondió Cesare.

—Las próximas semanas —repitió Charles Ingram con expresión de incredulidad mirando a su hija mientras Cesare inclinaba la cabeza.

Robin no sabía eso, pero bueno, Cesare le había esa misma mañana que estaba harto de tantas espera s.

Ella se sentía confusa entre tantas emociones con tradictorias cuando pensaba que iba a casarse pronto. Por un lado se veía feliz con la idea de en cuestión de días la madre *de* Marco,

por otro lado ello también significaba ser la esposa de Cesar e, una esposa por la que él no había mostrado hasta hora más que desprecio.

Bueno... eso no era del todo verdad. Cesare sentía sin duda deseo por ella también.

El mismo deseo que ella sentía hacia él.

Pero en ese momento ella se sentía furiosa con por lo que percibía como una manipulación de sentimientos. Él había provocado intencionada— te que su padre les sorprendiera besándose. No gustaba en absoluto la forma en que él jugaba sus sentimientos.

—Esto no tiene sentido —exclamó su padre—. apenas hace unos días que os conocéis.

—A veces eso es más que suficiente —respondió Cesar e con mucha calma.

—¿Robin...? —dijo su padre muy agitado, apelando a la opinión de su hija.

Ella se sentía apenada por la desolación que veía en el rostro de su padre. Sabía lo preocupado estaba por ella, pero no encontraba palabras aliviar su desazón. No sin decirle la verdad. Y era su intención hacer tal cosa.

· Sí, a veces es más que suficiente, papá —res pondió ella con tristeza, repitiendo las palabras de Cesare.

· Pero…

—Entiendo su inquietud, Charles —le dijo Cesare con mucha deferencia—. Pero Robin ya es mayor para tomar sus propias decisiones sobre su futuro.

—Y para cometer equivocaciones —replicó su pa dre angustiado.

Robin sentía un nudo en la garganta al ver la for ma altiva y arrogante con que Cesare se dirigía a padre. Se daba cuenta de que sólo miraba por sus intereses sin tener para nada en cuenta los senti mientos de ella ni de su padre.

—Mi matrimonio no será una equivocación, papi —le dijo tratando de tranquilizarle, soltándose de brazo y poniéndose al lado de Cesare. Pero no tanto como para tocarle—. Nos amamos, queremos casarnos lo antes posible. Y nos gustaría hacerlo con tu consen timiento —Robin miraba a su padre apelando al mismo apoyo que él había buscado en ella segundos antes.

—Pero con su consentimiento o sin él tenemos intención de casarnos de todos modos —sentenció Cesare en tono inexorable.

Robin le echó una rápida mirada, consciente pa la ligera vibración que percibía en su mandíbula de que Cesare estaba a punto de perder ese autocontrol que hacía gala en todas las situaciones por tensas fuesen.

Quizá ella misma había contribuido a ello con su impru dente conducta de unos minutos antes.

Pero se sentía aún dolida por su manipulación.

Lo que por otra parte era totalmente ridículo por su parte teniendo en cuenta que él no había hecho otra cosa que manipularla desde que llegó a aquella casa hacía ahora dos días, y la puso al corriente de sus exigencias.

La angustia de Robin iba cada vez más en aumentoto cuando pensaba que no había nada que ella pudiera decir o hacer para aliviar la zozobra de su padre. Decirle la verdad, que Simon se había jugado acciones de Publicaciones Ingram, podría hacer aún más daño que su precipitado matrimonio. —Es lo que quiero, papá —le aseguró ella para tranquilizarle.

Cesare se sentía molesto escuchando aquella conversación entre padre e hija.

Por qué se sentía así era algo que él no acertaba entender. ¿Había utilizado él quizá ese amor tan hon do que existía entre padre e hija para obligar a Rob in a casarse con él?

Sí, claro que sí. Se encontraba desconcertado po rque no había

esperado nunca sentirse así, tan... mo lesto consigo mismo por ser la causa de esa tensió n entre Robin y su padre...

· Llamaré a Cameron y le diré que traiga algo de champán...

Creo que Robin y yo tenemos un compromiso previo —dijo secamente Cesare, interrumpiendo de forma abrupta la propuesta del padre, al que miró con fijeza mientras percibía de soslayo la desconcertada de Robin puesta en él—.

Como estoy seguro de que usted ya habrá apreciado, Robin y tenemos aún muchas cosas que discutir —añadió suavizando ahora el tono de su voz.

—Desde luego —aceptó Charles a su pesar— ¿Vendrás a casa esta noche? —le preguntó a Robin con mucho afecto.

—Yo...

—No, no vendrá —respondió Cesare por ella, seguro de su respuesta.

—Ya veo —dijo Charles reflejando en su rostro el creciente abatimiento que sentía con cada frase a Cesare. En tal caso hablaré, contigo por la mañana, Ro b in —le dijo con el mismo tono de cariño.

Cesare no necesitaba ser adivino para saber de qué su padre pensaba hablar con Robin.

—¿Tenías que ser tan... tan desagradable? —le re criminó Robin tan pronto estuvieron los dos senta dos en el coche de Cesare, un modelo negro brillan te metalizado que Robin sólo había visto antes en alguna exposición muy exclusiva.

Cesare se encogió de hombros sin dar mayor im portancia a sus palabras.

—No quería dar a tu padre la impresión de que pudiera caber alguna duda acerca de las fechas de nuestra boda.

No, no había quedado duda alguna, reconocía Robin, resentida. Su pobre padre se había quedado completamente desolado mientras ellos habían sali do, desconcertado por la premura con que ellos ha bían decidido pasar el resto de sus vidas juntos.

Ella sentía que se derrumbaba cada vez que pen saba en su matrimonio con Cesare, en pasar con él el resto de su vida. Era tan distinto de Giles, cuyos modales habían sido siempre tan impecables. Hasta le pedía permiso para hacer el amor. Cierto que llegaba a ser un fastidio. En el caso de Cesare, por el contrario, un poco menos de arrogancia por su parte le haría algo más agradable.

¿Agradable?

¡Qué palabra tan ridícula tratándose de Cesare!

Robin le contemplaba apesadumbrada, reclinada sobre su asiento, sabiendo que no valía la pena dar más vueltas al asunto de su conducta anterior con su padre.

—Ese compromiso previo que mencionaste a mi padre, ¿a qué te referías exactamente? —le preguntó ella, enfadada.

Cesare no respondió, se limitó a mirarla por unos instantes con aquellos ojos negros suyos que aún lo parecían más en la penumbra de la calle, y cuya intención era inequívoca.

—Pensé que considerabas inapropiado que pasá ramos juntos la noche en la misma habitación sin estar aún casados y con la niñera de Marco también en la suite le recordó ella, algo agitada.

Cesare parecía imperturbable.

· He decidido no hacer caso alguno de lo que pueda pensar o dejar de pensar Catriona. Ya estoy harto de remilgos —respondió él, muy tranquilo, con sus manos sosteniendo fuertemente el volante.

—¿Y yo no tengo nada que decir?

· ¡Tú también tendrás que vencer los tuyos! —dijo él con aspereza. Deseaba a Robin, la deseaba con tanto ardor, que su cuerpo parecía pregonarlo a gritos.

—¿Y si yo no me presto a hacer el papel de mujer condescendiente? —dijo ella mirándole con sarcasmo.

Cesare lo veía claro. Sin duda ella estaba tratan do de provocar una nueva discusión entre ellos, Pero, desafortunadamente, había elegido el camino equivocado para hacerlo.

Él le devolvió una sonrisa escéptica.

—Condescendencia es la última cosa que deseo de ti, Robin. De hecho, preferiría antes una patada y un grito, éste último de éxtasis, a ser posible —aña dió con frialdad.

· Seguramente eso dependerá de dónde decida darte la patada —replicó ella sin inmutarse.

· Una mujer y un hombre tienen muchas mane ras de encontrar el placer juntos, Robin —dijo él.

Cesare sonreía mientras apretaba el pedal del acelerador, su deseo crecía por momentos, y estaba ya a punto de estallar cuando llegó finalmente al aparcamiento del hotel Gambrelli. La tensión sexual entre ellos era tan intensa que cuando él salió del coche y se dio la vuelta para abrir la puerta a Robin, pensó que no podría esperar más, que tenía que tomarse al menos un anticipo allí mismo.

Su boca reclamó desesperadamente la suya.

No fue un beso cordial, pero los labios de Robin cedieron de

inmediato ante el impetuoso ataque de los suyos, el cuerpo de ella se apretó con fuerza contra el suyo mientras sus dedos se enredaban en su pelo y ella le devolvía su beso con una avidez tal, que hizo que el control de él se viniera abajo.

Cesare presionaba la espalda de ella contra el co che conforme hacía más apasionados sus besos. Las lenguas de los dos se batieron en ardoroso duelo antes de que la de él se sumergiese en la cálida y húmeda caverna de su boca al mismo ritmo que sus caderas se apretaban contra las suyas lentamente, con firmeza, hasta que él sintió que ardía de deseo de entrar en ella.

Continuó besándola mientras con una mano le subía el vestido hasta la cadera y le apartaba las braguitas, buscando con sus dedos acariciarla, pal par su humedad, percibiendo su disposición hacia él cuando encontró el centro de su placer y comenzó a acariciarlo, deslizando armoniosamente su cuerpo contra el de ella, cada vez con ritmo más vivo con forme sentía en ella que los espasmos del placer co menzaban a estremecer su cuerpo.

Robin apartó repentinamente su boca de la suya.

—No, aquí no, Cesare —dijo jadeando con su cuerpo temblando aún de excitación—. No podemos hacer el amor aquí —añadió con un leve gemido.

Cesare la miró con sus ojos negros muy brillante s y un sensual rubor en sus pómulos.

—Te deseo ahora, Robin. No estoy seguro de po der esperar hasta que lleguemos a la suite —le dijo Cesare con voz temblorosa, y con sus poderosos y muscu losos muslos presionando contra ella.

Robin podía percibir la urgencia de Cesare, ella también sentía esa misma urgencia, deseaba rasgarle la camisa, arrancarle los pantalones, quitarle toda la ropa y tenerle dentro de ella en esos momentos.

—¿No lo entiendes? ¡Yo también deseo hacer el amor contigo, Cesare! —gimió ella.

Robin se sentía presa de un salvaje deseo hacia él.

—Deseo tocarte y acariciarte de la misma forma que tú me estás tocando y acariciando. ¡Te deseo. Cesare!— le dijo apasionadamente.

Sus manos, aquellas manos de él tan sensuales y expertas que tan bien sabían cómo acariciarla hasta llevarla al más salvaje de los abandonos, le envol vieron entonces la cara acariciándole tiernamente las mejillas.

—Será como tú quieras, Robin —susurró con voz ahogada.

Luego, la llevó del brazo hasta el vestíbulo del hotel dirigiéndose hasta los ascensores mientras sacaba de un bolsillo de su chaqueta la tarjeta con su código personal de seguridad para acceder al ascen sor.

Los dos se daban cuenta de que su tensión se xual estaba alcanzando el límite de lo insoportable mientras esperaban con impaciencia a que el ascensor llegase a la planta de la suite. El recíproco deseo que ambos sentían parecía haber borrado de o todas sus desavenencias anteriores.

—Soy tuya —le dijo a Cesare como en una promesa cuando salían del ascensor, con las manos juntas y apretadas hasta que llegaron a su dormitorio y cerraron la puerta tras ellos—. Quiero desnudarte —dijo ella pulsando el interruptor de encender la luz. Y ante la sorprendida mirada de Cesare, las manos de ella se movieron con inusitada destreza quitán dole la chaqueta y desabrochándole la camisa,arro jándolas descuidadamente sobre la alfombra—. Por completo —añadió ella exaltada, quitándole el cintu rón de los pantalones y bajándoselos a lo largo de sus largas piernas hasta el suelo.

Ella no había desnudado nunca antes a un hom bre, ni se había deleitado experimentando nuevas sensaciones ni nuevos juegos sexuales. Se quedó mirando las piernas de Cesare, largas y musculosas, con el mismo vello oscuro de su desnudo pecho. Luego se detuvo en la uve de sus ajustados calzon cillos, bajándolos lentamente con las dos manos hasta dejar en libertad su vigorosa masculinidad para gozo de su prendada mirada mientras se arro dillaba delante de él.

Sus manos comenzaron a acariciarlo allí con ra pidez, mientras observaba excitada la forma en que el cuerpo de él se estremecía a cada movimiento de sus manos. Luego, se acercó más para deslizar la humedad de su lengua por aquel duro tallo, anima da a sumergirse en profundidades más íntimas a medida que escuchaba a Cesare jadeando con la respiración entrecortada y notaba sus manos como garras aferrándose con pasión a su melena.

Robin le saboreaba, le paladeaba, plena de satis facción por la efusiva respuesta de Cesare a sus ca ricias. La respiración de él se hacía cada vez más agitada.

—Deseo estar dentro de ti —gimió Cesare, bajan do con destreza la cremallera de su vestido, y dejan do caer al suelo la prenda, al tiempo que miraba con sus ojos encendidos como carbones la firme turgen cia de sus pechos. Sus transparentes bragas de enca je y

aquellas medias suyas tan seductoras eran lo único que llevaba puesto en ese momento. Acercó la cabeza para apresar uno de aquellos protuberan tes pezones en el calor de su boca, frotándolo con la lengua mientras sus labios lo succionaban con frui ción, advirtiendo por los estremecimientos de ella que estaba tan excitada como él.

—Eres tan hermosa, Robin —le dijo mientras se daba un respiro levantando un poco la cabeza para poder mirarla, mientras su cuerpo palpitaba por el de seo de estar dentro de ella—. Me temo que voy a ser un poco brusco y rápido esta vez —dijo moviendo la cabeza mientras le despojaba de las bragas de encaje de color crema —. La próxima será todo más lento —prometió llevándola a la cama y echándose sobre sus muslos ya abiertos para él—. La próxima vez iremos los dos más despacio —gimió mientras los muslos de ella trataban de acoplarse y acomodarse a los suyos.

Un simple pero adecuado empuje bastó para que Robin lo sintiera en lo más profundo de ella.

Cesare, con su boca pegada a la suya, sabía que nunca había sentido tanto placer como en ese mo nto, que nunca había deseado a una mujer de la misma forma en que deseaba a Robin.

Ella le recibió cada vez más dentro de sí con cada poderoso empuje suyo. Minutos después, él pudo sentir ya el orgasmo naciendo dentro de él, consciente de que era demasiado apremiante para controlarlo. Él apartó sus labios de los suyos para dedicarse con avidez a excitar sus pechos dentro de su boca, y ella arqueó su espalda para facilitarle más sus caricias a la vez que se abandonaba también más a ellas, clavándole las uñas en la espalda. El placer de ambos explotó finalmente en un calei doscopio multicolor de sentimientos y emociones, en un vértigo de placer que parecía no tener fin.

Robin se sentía aturdida y maravillada con su cuerpo bajo el de él, acariciando muy lenta y suave mente su espalda ahora húmeda, pensando para sí que nunca antes había conocido una forma de hacer el amor tan excitante como aquélla, que nunca en sus años de matrimonio había alcanzado un clímax tan desenfrenado como aquél que Cesare y ella aca baban de gozar juntos.

Ella no entendía lo que aquello quería decir.

¿Quería decir que ella era una persona más sen sual de lo que nunca se hubiera imaginado?

¿O había sido todo tan distinto porque verdade ramente ella sentía algo por Cesare?

¿Podría ser incluso posible que se hubiera ena morado de él?

Capítulo 9

QUÉ pasa? —preguntó Cesare extrañado, mi rando a Robin, dándose cuenta de que hacía ya un rato que parecía ausente—. Robin dime qué va mal —le preguntó apartando su cuerpo del suyo y echándose a un lado de la cama, mientras se guía mirándola, esperando impaciente una respuesta.

· ¿Mal? —repitió ella, como un eco—. ¿Qué podría ir mal? Acabo de... nos hemos arrancado la ropa el uno al otro como dos...

· No te hagas eso Robin —dijo Cesare tratando de apaciguarla, imaginando exactamente a dónde que ría llegar con esa conversación—. Nos deseamos el uno al otro.

—¡Exactamente! —dijo ella llorando, separándose de él para deslizarse al borde de la cama y quedarse allí sentada—. ¡No me reconozco a mí misma! —gi mió enterrando la cara entre sus manos.

—Robin... —dijo Cesare, intentando consolarla pasándole su mano por la espalda.

El efecto sin embargo fue muy distinto del deseado, Robin se puso súbitamente tensa al contacto de su mano

—¡No, por favor! —le dijo temblorosa, incorpo dose para apartarse de él, increíblemente seduc tora sin saberlo con aquellas medias de seda que llevaba—. ¡Tengo que irme! —dijo agitando la cabeza de un lado a otro—. ¡Necesito irme! —repitió muy decidida, agachándose al suelo para retirar su vesti do.

Cesare se movió, tratando de impedir que ella se vistiese de nuevo.

—Y yo necesito que te quedes conmigo —le dijo el con voz sofocada, clavando sus ojos en los suyos, que lo miraban incrédulos —. Te necesito a mi lado, Robin... —repitió él con ternura—. Aunque sea sólo para demostrarte que ésta no era más que una de las muchas maneras con las que podremos encontrar juntos nuestra felicidad.

Robin sabía que nunca debía haberle mirado, que nunca debía haberse perdido en aquellos ojos negros, que nunca debía haber mirado aquella sen sual boca que tanto placer sabía darle. Ciertamente, nunca debía haber atendido su muda llamada, ni su deseo de besar otra vez su boca.

Porque ella vio la luz en aquel instante, y con demasiada claridad, dándose cuenta de que en los pocos días que habían pasado juntos se había ena morado de Cesare.

Y era ese un amor que la hacía completamente incapaz de decirle no cuando él comenzó a acari ciarle cada curva de su cuerpo una y otra vez, des pertando de nuevo su anterior deseo. Deseo que él no tenía intención de satisfacer todavía. Una vez más la acompañó a la cama. Sus labios siguieron el mismo camino de caricias que habían abierto ya sus manos, le quitó lentamente las medias de seda enro llándolas vuelta a vuelta con esmero a todo lo largo de sus piernas hasta dejarlas desnudas. Luego, le besó los pies en una sorprendente y erótica caricia que la hizo estremecerse.

Cesare ascendió después hasta alcanzar y besar las dos rosadas cimas de sus pechos, lamiéndolos con la lengua, y luego dejándolos libres para encaminar sus labios y su lengua hacia la tersa llanura de su vientre, recreándose en los pliegues de su tier no ombligo, y regando su oquedad de húmedas ca ricias. Luego sus manos siguieron su viaje descendente, hasta llegar al sedoso vello triangular de su pubis, que apartó delicadamente con sus dedos para dejar al descubierto su ya sensibilizada y predispuesta esencia femenina.

El cuerpo de Robin se arqueó de placer, sus ge midos suplicantes eran sonidos que a él le incitaban a satisfacerla, tomando ahora sus labios y su boca el relevo a sus dedos en las caricias, saboreándola, es parciendo su calidez desde el vientre hasta sus mus los, que ella separó sumisa para permitirle profun dizar más sus caricias.

—No puedo —decía ella jadeante—. De verdad que no puedo.

—Sí, sí que puedes —le decía Cesare, jugando con su lengua en la flor de su sexo y contemplando cómo florecía de placer bajo sus caricias—. Quiero que conozcas conmigo todos los placeres, Robin —susurró—. Deseo tocarte hasta descubrir cada rin cón íntimo de tu cuerpo —añadió.

Su lengua se sumergió dentro de ella y percibió el espasmo que la hizo soltar el grito liberador que aliviaba su excitación. Las manos de ella se aferra ron con frenesí a la espesura de su pelo apretándose contra su cuerpo, para poder saborear cada segundo de su abandono, de su éxtasis.

Cesare entró en ella y la llenó mientras el clímax de ella subsistía aún en su cuerpo tembloroso, sin tiendo aquellas vibraciones interiores conforme ella lo tomaba y lo poseía, moviéndose acompasada mente a impulsos lentos y regulares a medida que sentía el placer creciendo en ella una vez más. Él se contuvo de alcanzar el clímax hasta que supo que ella estaba ya preparada para llegar juntos. Se miraron fijamente a lo más

profundo de sus ojos mientras alcanzaban a la vez la cumbre.

—Duerme ahora —dijo Cesare en un susurro mi nutos después cuando recobró el habla—. Duerme, Robin, hablaremos mañana por la mañana —añadió. Y recostado junto a ella, se abrazó a su cuerpo aco modándose a él.

Robin no tenía conciencia de cuánto tiempo había estado durmiendo con la cabeza reposando sobre el hombro de Cesare. Se despertó hallando a su lado la cama vacía y la luz entrando a raudales por la ventana.

Se desperezó y estiró lentamente, sentía un cier ta languidez, una placentera sensación causada por la pasión de Cesare, por sus manos y por su boca. Un ardoroso calor subió a sus mejillas con el solo pensamiento de la sensualidad de sus caricias.

Mejillas que pronto palidecieron al recordar sus recién nacidos sentimientos hacia Cesare. Estaba enamorada de él. Estaba enamorada del hombre que la estaba forzando a casarse con él. Estaba enamo rada del hombre que no necesitaba sin embargo hacer uso de ninguna fuerza para hacerle el amor… tan maravillosamente…

¿Qué iba a hacer?

¿Cómo podía casarse con él, sabiendo que, aunque enamorada de él, sus únicos sentimientos hacia ella eran de atracción sexual y de deseo de vengarse de su familia?

¿Qué opciones tenía?, se preguntaba desespera da. Cesare no le había dejado elección.

—¿Qué estás pensando ahora? —le preguntó él regresando desnudo del baño, indiferente por com pleto a su desnudez.

¡Y hacía bien!, reconocía Robin mirándole con discreción; ¡Cesare tenía el cuerpo masculino más hermoso que jamás había visto!

No podía decirle la verdad de lo que estaba pen sando en ese momento. Se sentía escandalizada por la voluptuosidad de sus pensamientos.

Desvió su mirada a los ojos de él cuando Cesare se tendió en la cama junto a ella, deslizándose rodando por la cama hasta atraparla bajo el edredón.

—Estaba pensando que ya es hora de que me vaya —dijo ella.

—No sin antes desayunar, por supuesto —le dijo él y afablemente.

Ella movió la cabeza con gesto de duda.

—No podría probar nada.

— La comida no forma parte del menú —afirmó él voz apagada, abriendo la suave comisura de sus labios sensualmente con el dedo pulgar.

A Robin se le hizo un nudo en la garganta, desean do humedecer sus resecos labios, pero temerosa de que con ello su lengua podría entrar íntimamente encon tacto con aquel sensual dedo de él.

—¡No es mi intención pasar la luna de miel antes de la boda, Cesare! —dijo ella, forzando el tono de su voz para parecer más severa conforme se apartaba con decisión de su lado, deslizándose hacia un lado para poder salir de la cama.

Una equivocación por su parte. Se dio cuenta entonces de que estaba tan desnuda como Cesare, y que no estaba en condiciones de intentar la salida digna que había planeado.

Cesare se recostó en la cama, con las manos sobre la almohada por detrás de la cabeza, mientras contemplaba divertido las idas y venidas de Robin cogiendo su ropa dispersa por la habitación.

Esa mujer que iba a ser su esposa era verdadera mente todo un enigma para él al principio un gato salvaje en sus brazos, luego, la noche pasada, amo rosa, dulce, y ardiente, y ahora parecía como si es tuviese molesta por la intensidad con que habían hecho el amor.

¿Podía ser realmente cierto que no hubiera tenido antes más amantes que su primer marido, como ella le había dicho?

Le parecía increíble que fuera verdad; Robin era una mujer muy bella y sensual, con una capacidad para el placer físico que nunca había encontrado es ninguna otra mujer. Sonrió pensando en todos los años que iban a tener para estar juntos

—¿Te gustaría compartir eso que te parece tan di vertido? —le soltó ella de pronto al ver, y malinter pretar dicho sea de paso, aquella sonrisa. Su cara reflejaba todavía la emoción vivida mientras le mi raba a él, con el vestido crema ya puesto aunque con las bragas y las medias aún en la mano.

Cesare movió la cabeza, divertido.

· No me burlaba de nada, Robin, era una sonrisa de satisfacción.

· ¡Una sonrisa de satisfacción vanidosa, sin duda!— replicó ella.

Su buen humor se desvaneció.

· —¿Por qué insistes siempre en provocar intencio nadamente una discusión entre nosotros cada vez que estamos a punto de llegar a un entendimiento? dijo, arrojando impaciente el edredón al suelo.

—¿Entendimiento entre nosotros? —repitió Robin deseando que él se pusiese algo por encima en vez de estar allí de pie tan magníficamente desnudo, y evocando al mismo tiempo recuerdos

que ella pre feriría olvidar—. No podría llegar nunca a un enten dimiento con un hombre que usa su fuerza con una mujer —replicó con acritud, con sus ojos echando puro fuego.

—Él apretó los labios.

—Yo no te forcé la noche pasada, Robin. Que yo recuerde, tú fuiste la que no pudiste esperar un segun do para quitarme la ropa nada más entrar en la hab itación.

—¡Estoy hablando de forzar a una mujer a casarse contigo! —le corrigió Robin frustrada, sabiendo que se había metido ella sola en aquel lío.

—Tú... —Cesare se interrumpió escuchando un go lpe en la puerta de la habitación—. ¿Sí? —preguntó escue tamente.

—Tiene usted una llamada telefónica, señor Gambrel li —la voz de la niñera de Marco sonaba tímida,pro bablemente porque había oído una voz femenina en el dormitorio—. No hubiera querido molestarle, señor, pero me dijo que le dijera a usted que era el conde Gambrelli —añadió la muchacha algo confusa.

—¿El conde Gambrelli? —repitió Robin, extrañada.

—Mi primo —le aclaró Cesare, antes de dirigirse a la niñera—. Dígale que estaré con él en un instante di jo comenzando a sacar inmediatamente del ar mario ropa limpia para vestirse.

—¿El conde Gambrelli? —dijo Robin de nuevo, impresionada por la noticia de que Cesare y su hermana Carla no fueran los únicos miembros de la fa milia Gambrelli.

Cesare le dirigió una rápida mirada mientras se vestía.

—Soy sólo siciliano por parte de madre. Mi padre era italiano. Era el hermano menor del anterior con de Gambrelli. Le desheredó su familia por casarse con una mujer que, según ellos, no era de su posi ción —explicó, ya vestido, peinándose el pelo con mano, antes de disponerse a salir—. No te vayas has ta que yo vuelva —le dijo mientras abría la puerta.

Robin lo miró con sonrisa divertida.

—Quizá esa relación... nobiliaria tuya explique en parte tu arrogancia —dijo ella.

Cesare le dirigió una mirada airada antes de ce rrar con fuerza la puerta tras de sí.

La sonrisa de Robin se desvaneció mientras en traba en el cuarto de baño anexo para terminar *de* vestirse. Se estaba cepillando el pelo cuando oyó a Cesare volviendo a la habitación. Se sintió recon fortada mirándose en el gran espejo que ocupaba toda la pared frontal del cuarto de baño. Así de cuerpo entero y arreglada se veía

otra vez como la Robin Ingram que había sido siempre antes de que Cesare entrara en su vida.

Cesare seguía aún con el gesto airado cuando ella entró de nuevo en el dormitorio.

—Mi primo —dijo él.

—¿El conde? —dijo ella en tono de mofa.

—Mi primo —repitió él, con una mirada de adver tencia—. Está alojado en el hotel, y ha venido a ver si podríamos desayunar juntos esta mañana.

—¿Y? —preguntó de nuevo ella con los ojos muy abiertos y las cejas levantadas.

—No encuentro ninguna razón para que no sea así —dijo Cesare cada vez más enfadado.

Robin sonreía divertida.

—No te preocupes, Cesare, me iré antes de que llegu e para poner a salvo tu reputación.

Robin no tenía ningún deseo de conocer a su primo en aquellas circunstancias, aunque sí había abrigado esperanzas de volver a ver siquiera un rato al pequ eño Marco esa mañana antes de salir. Pero obviam ente eso no iba a ocurrir a menos que ella le pidi ese permiso para verlo, cosa que desde luego no atrevía a hacer.

—Me temo que eso no va a ser posible, ya he in formado a Wolf de que mi prometida está aquí también —le dijo él con un gesto aparentemente amable.

—¿Wolf...? —repitió ella, incrédula—. ¿Cómo pue de llamarse alguien «lobo»? ¿Tu prometida, Cesa re? —le dijo mirándolo con extrañeza.

—Eso es lo que eres, ¿no? —dijo él categórica mente, ciertamente no muy contento de recibir esa inesperada visita de su primo al que hacía mucho tiempo que no veía.

A pesar de que eran casi de la misma edad, no habían tenido una relación muy estrecha. De hecho, no se habían visto desde hacía más de dos años, cuando, muerto el padre de Wolf, éste había heredado el título y decidido dar por zanjadas las pasadas desavenencias entre los miembros de su familia.

Wolf además era también uno de los más famo sos playboys de Europa.

Y Robin una de las mujeres más bellas...

Cesare no era de natural celoso, nunca se había sentido preocupado por las relaciones que hubieran podido tener las mujeres con las que había estado ni tampoco sobre su fidelidad.

Pero Robin era diferen te. No en vano iba a ser su esposa, y, como reconocía a su pesar, el encantador Wolf podía muy bien poner en peligro su proyectado matrimonio.

—Una prometida suele Ilevar un anillo de com promiso, Cesare — le dijo Robin—. Y yo no estoy ea condiciones de que me presentes así, de este modo —añadió ella, antes de que él le hiciera cualquier proposición—. En nuestro... acuerdo no entraba un anillo de compromiso.

—De todos modos voy a presentarte a Wolf como mi prometida —sentenció Cesare—. Está deseando conocerte.

—Entonces me temo que se va a llevar una desi lusión —replicó Robin—. Creo que ésta no es la situación más propicia para presentarme a tu familia Cesare.

—Estoy seguro de que a Wolf le parecerás encantadora.

—Eso sería una novedad viniendo de un Gambre lli, ¿no? —le dijo ella con malicia—. Quizá deba co nocerlo después de todo.

Cesare le dirigió una mirada recelosa.

—No trates de poner a prueba mi paciencia, Ro bin, intentando...

—¿A qué paciencia te refieres, Cesare? —replicó ella con sarcasmo—. Yo nunca la he visto por ningu na parte. Ni tolerancia, tampoco —añadió—. Pero cla ro supongo que un hombre tan perfecto como tú no puede ir perdiendo por ahí el tiempo con las equivo caciones de los demás.

Cesare no le cabía la menor duda de que se había refiriendo a las equivocaciones de su hermano pero eso era un asunto sobre el que no estaba disp uesto a tratar allí.

—Yo no me considero perfecto, Robin —replicó De hecho, estoy muy lejos de serlo.

Afortunada o desafortunadamente sonó el timbre

la suite anunciando la llegada de Wolf antes de que Roban pudiera hacer algún comentario a sus palabras.

—Al menos debes darle a Wolf los buenos días antes de irte —le pidió Cesare, dirigiéndose hacia la puerta—. Ven, os presentaré.

Robin esperó en el salón mientras Cesare iba a abrir la puerta a su primo, escuchando el exótico timbre de sus voces mientras se saludaban. Se quedó atónita de sorpresa al ver entrar tras Cesare a un

mbre muy alto y apuesto vestido de sport con una camisa y unos pantalones ajustados.

Mirando juntos a los dos hombres era como estar viendo el

negativo y el positivo de una fotografía: Wolf tenía un abundante pelo castaño de color miel en lugar del negro de Cesare, pero los dos tenían los mismos ojos oscuros, y tenían una mirada y una constitución también similares. ¡El conde Wolf Gambrelli era tan terriblemente apuesto como Cesa re!

—Señorita Ingram, o ¿quizá deba llamarte Robin, ya que según parece vamos a ser primos? —la saludó el conde muy amablemente con un suave acento in glés mientras se acercaba cariñosamente a darle dos besos en las mejillas.

Cesare los miraba muy atentos con el gesto fruncido mientras Robin le devolvía el saludo con mucha naturalidad.

—Encantada, desde luego —aceptó ella—. Aunque desafortunadamente no puedo quedarme a desayunar con vosotros se disculpó ella ligeramente, de terminada más que nunca a irse ahora que ya conocía cía a Wolf—. Dos Gambrelli terriblemente apuestos son definitivamente demasiados para mí. Me temo que tengo que irme a trabajar —añadió, disculpándose con una seductora sonrisa.

—¡Qué lástima! —susurró Wolf Gambrelli, mirán dola con admiración.

Cesare agarró con fuerza el brazo de Robin para acompañarla al ascensor.

—Volveré en un momento, Wolf —le dijo, girándo ligeramente la cabeza a un lado mientras se dirigía con ella hacia la puerta.

—Tómate el tiempo que quieras —le dijo él lán guidamente dejándose caer en uno de aquellos con fortables sillones—. Yo en tu lugar ten por seguro que no tendría tampoco ninguna prisa en despedir me de ella —apostilló con encantadora indolencia.

¡Uf! Suspiró aliviada Robin una vez con Cesare en el rellano; Wolf Gambrelli, a pesar de su sorpre sa inicial por tan insólito nombre, hacía verdaderamente honor al mismo.

—Cesare, deberías tomar algunas lecciones de galantería de tu primo —le dijo ella con una sonrisa. —Wolf tiene una amante en París y otra en Milán —le confesó Cesare.

Robin le miraba analizando su expresión. Si no lo con ociera bien, habría jurado que Cesare estaba celos o de las muestras de atención que le había dedicad o su apuesto primo. Pero conociéndole como le co nocía...

Además, a Cesare no le preocupaban esas cosas,por favor! Cómo iban a preocuparle a él. De todos modos ella estaba enamorada de Cesare, con toda el alma, inexorablemente.

—Entonces probablemente habrá sitio para una terce ra en Londres —apuntilló ella con agudeza, sintien do su sutil humor recompensado de inmediato sentir la fuerza con que Cesare le apretaba el brazo . Me estás haciendo daño, Cesare —le dijo.

—¡No te atrevas a acercarte al libertino de mi primo sin mi consentimiento! —la previno él con los die ntes apretados.

—Créeme, Cesare, ¡un Gambrelli en mi vida es más que suficiente!

Cesare echaba chispas por los ojos.

—No pensabas así la noche pasada —le recordó él m uy suavemente.

Robin sentía que le hervía la sangre.

—¡Muy típico de un hombre alardear de un mo mento de debilidad de una mujer! —replicó ella, tra tando de desasirse de la mano de él, que la sujetaba firmemente del brazo.

Pero sin conseguirlo, Cesare la apretaba con más fuerza.

—No quería decir eso. Mi entrega contigo anoche fue absoluta como creo que lo fue la tuya. —dijo con voz apagada—. Y lo habríamos repetido esta mañana s i desafortunadamente no nos hubieran interrumpi do —añadió.

Robin sabía que eso era verdad, que si su primo no hubiera ido aquella mañana, habrían acabado ha ciendo otra vez el amor. Cuando ella estaba en sus brazos, no podía negarle nada.

· Deberías volver con tu primo —le dijo escuetamente.

· Te traje aquí anoche en mi coche, ¿cómo pien sas volver ahora a casa?

Robin se encogió de hombros con gesto de indiferencia.

Esto es un hotel, ¿no? Estoy segura de que abajo en la entrada habrá multitud de taxis esperando.

Cesare movió a un lado y a otro la cabeza. —Tienes abajo a tu disposición un coche cortesía del hotel esperando para llevarte a tu casa.

Cuando fuera la esposa de Cesare, debería acos tumbrarse a ese nuevo estilo de vida llena de lujos que a él le parecía tan natural. Quizá...

—Tengo que irme —dijo ella como excusándose.

—No sin que te haya dado antes un beso... —su surró, casi gimió, Cesare bajando la cabeza, tomando una vez más posesión de su boca, y olvidando todo pensamiento que no fuera el del deseo que sentía por ella.

Robin estaba completamente vulnerable cuando él volvió a subir

la cabeza para mirarla.

—Te llamaré más tarde y quedaremos para pasar la tarde y la noche juntos —le dijo él.

Quedaría mejor si me lo pidieras por favor, ¿no ;? —se quejó ella.

Cesare sonrió satisfecho, plenamente convencido. La espontánea respuesta de ella, del deseo que sentía hacia él.

—Me comprometo a hacerte algo más que un favo r esta noche —le dijo pronunciando muy lentamente las palabras, y sintiéndose recompensado por el rubor que vio subir de inmediato a sus mejillas. Aquella mañana, al despertarse, había mirado a Robin y había descubierto que era una de esas mu jeres que estaba igual de hermosa sin maquillaje que con él.

—De hecho —prosiguió él—. Estaré esperando con siedad ese momento —dijo, besándola una vez más, recreándose, saboreándola, antes de dejarla—. Hasta esta tarde... —dijo con un tono de voz que prometía más, mucho más.

Cesar se quedó allí quieto y contempló a Robin mientras entraba en el ascensor, esperando a que pulsara el botón del vestíbulo y se cerraran las puertas tras ella antes de volver al salón de su suite, donde le estaba esperando su primo para desayunar juntos.

Capitulo 10

NO comprendo por qué no podíamos haber esperado hasta esta tarde para tener esta conversación, Cesare —le dijo Robin desde el amplio despacho de su oficina, ubicada en la lujosa planta ejecutiva de Publicaciones Ingram, un par de horas más tarde.

Había pensado que en ese lugar al menos estaría a salvo de su intromisión, pero al recibir hacía un rato una llamada telefónica de Cesare diciéndole que tenía que verla urgentemente, tuvo que admitir que ni siquiera en su oficina se libraría de su influencia.

Cesare llevaba un elegante traje marrón oscuro a juego con una camisa color crema y una corbata beis clara, y parecía más frío y distante. Nada que ver con el amante desnudo que había dejado a primera hora de la mañana.

¡Gracias a Dios! Su oficina era el último lugar en el que ella quería sucumbir al deseo que sentía cada vez que se hallaba cerca de él.

De alguna manera, en las últimas veinticuatro horas, había olvidado la razón por la que se iba a ir con Cesare, la razón por la que estaba siendo ada a casarse con él.

Su atracción física por él le impedía todo tipo de razonamientos. ¡Hasta el punto de haberla llevado a morarse de él!

Pero era éste un amor no correspondido. Ella sería una estúpida si permitiese que ese sentimiento se adueñara de su mente como ya lo había hecho de corazón.

Aunque Cesare con aquella imagen distante y arrogante que ofrecía en ese momento parecía más peligroso.

· No podíamos esperar porque yo no estaré aquí esta tarde —le dijo, dando vueltas por la oficina inqui eto como un tigre enjaulado.

· ¿Dónde vas a estar? —le preguntó Robin, mirádol e detenidamente.

—El sitio carece de importancia —le dijo bruscante—. Sólo quería decirte que me veo obligado a ir para un asunto de negocios. Inmediatamente añmasadió, sin más explicaciones.

—Podías habérmelo dicho antes cuando me llama ste. Te habrías ahorrado la molestia de venir hasta aquí le dijo ella, moviendo ligeramente la cabeza. Cesare la miró contrariado. No le agradaba la imagen que presentaba, sentada allí en su espléndido despacho de ejecutiva, vestida con un traje sastre caro, con aquella blusa crema tan seria, y con su pelo recogido en aquel moño tan recatado. ¡No se parecía en nada a la mujer seductora y deseable que había

compartido su cama la noche anterior!

· Pensé que sería mejor venir aquí y explicarte las razones de mi partida personalmente —respondió él—. No quiero que haya... malentendidos entre nosotros.

Ella se enderezó incómoda en su butaca sintiendo subir un ligero rubor por sus mejillas.

· ¿Tiene algo que ver esta repentina partida tuya con la visita de tu primo esta mañana?

· ¿Y por qué habrías de pensar tal cosa? —le dijo con suspicacia.

· Por el amor de Dios, Cesare —respondió ella a punto de perder la paciencia ante su insistente mira da recelosa—. Hace menos de dos horas que nos hemos despedido y vienes diciendo de repente que has decidido salir por un asunto de negocios, ¿no resulta lógico pensar que Wolf, que el conde Wolf —se corrigió ella de inmediato al ver el gesto contra riado de Cesare— podría ser la causa de tu repentina decisión de abandonar Londres?

Lógico, quizás. Incluso, cierto. Pero Cesare no tenía intención de contarle las razones de su impre vista resolución. No conduciría a nada, sería perder el tiempo.

Y él no estaba para eso, ya le daría a ella todas las explicaciones necesarias cuando volviese...

—Tal vez —admitió él—. Pero no espero estar fuera mucho tiempo. Quizá sólo veinticuatro horas.

Veinticuatro horas. Demasiado tiempo para él. Aunque el comentario de Robin acerca de que po dría haberla avisado de su viaje cuando la llamó por teléfono parecía dar a entender que ella no le iba a echar de menos.

¿Y por qué iba a echarle de menos? Parecían haber alcanzado una perfecta armonía la noche pasada , pero para Robin eso no servía para hacerle olvi dar que él estaba forzándola a casarse con él.

—Ya veo —dijo ella—. ¿Te gustaría que fuera luego a tu suite a ver si sigue todo bien con Marco y Catri ona? —le propuso ella sutilmente.

Sutilmente, porque Robin no se atrevía a que Cesare supiera las ganas que tenía de ver al pequeño de nuevo, para tenerle en los brazos, y escuchar sus encantadoras risitas cuando ella le hacía cosqui llas en el cuello.

Cesare abrió los ojos como platos sorprendido por su oferta.

—No me gustaría que te molestaras por algo quesé bien que no es de tu agrado.

—Oh, no es ninguna molestia —le aseguró Robin —. Creo además que me dejé olvidados los pendientes en tu cuarto de baño, podría pasarme de paso a por ellos.

—¿Estás segura...?

—¿Por qué no? —respondió ella, intentando des viar su mirada de la suya, ordenando unos papeles que tenía sobre la mesa—. No me cuesta nada, me pilla camino de casa.

Cesare asintió con la cabeza.

—Está bien, telefonearé a Catriona y le diré que vas a pasar por allí.

—Si lo crees necesario, Cesare —replicó ella—. Pero no creo que vaya a secuestrar a Marco, ¿no? añadió, sabiendo que Cesare estaba convencido de que ella no sentía especial predilección por los niños.

—Debo irme ahora —dijo Cesare, sin hacer ade mán alguno de marcharse, mirándola con aquellos ojos suyos, negros y enigmáticos.

—Sí —asintió Robin escuetamente, petrificada por su mirada.

—Mi avión privado está ya listo para despegar —dijo finalmente, rompiendo el hechizo del momento.

¿Su avión privado? Sí, sin duda Cesare tendría su propio jet. Como tenía su propia suite en todos los hoteles del mundo, y un coche esperándole en cada aeropuerto de todas las capitales importantes. Y con toda seguridad también una casa en Sicilia una grandiosa y lujosa villa a la que podría volver siempre que se le antojase.

· Te llamaré cuando esté fuera —le prometió.

· Me alegrará mucho, Cesare —le dijo ella con una ambigua sonrisa, preguntándose por qué no ter minaba de irse y se despedía de una vez.

Ella sintió el dolor de su despedida, esperando deseosa su próxima vuelta.

Realmente no tenía que marcharse precisamente ahora, Cesare lo sabía bien, y aún una parte de él se negaba a hacerlo, a separarse de Robin cuando estaban a punto de llegar a un prometedor entendimien to entre ellos.

¡No!

Debería ser sincero al menos consigo mismo. Después de hacer el amor con Robin, y de haberla tenido en sus brazos toda la noche, él era el que no seaba separarse de ella.

—Ven conmigo —le propuso, arrepintiéndose al instante de su impulso. Sabía que llevarse a Robin con él no sería una buena idea,

que ella le distraería de su misión. Lo que tenía que hacer tenía que hacerlo él solo.

—No creo que sea una buena idea, ¿no? —dijo ella, rechazando de plano su invitación—. No —apos tilló al observar en Cesare cierta expresión de duda—. Tengo entre manos algunos asuntos que no puedo abandonar...

—Es costumbre de mi tierra despedirse de la pro metida con un beso —dijo rudamente sin poder evitarlo.

Robin le devolvió una sonrisa cargada de tristeza. —¡Creo que ya hemos tenido hoy una conversa ción sobre eso de la prometida, Cesare!

· ¡Y estoy seguro de que tendremos muchas más antes de casarnos! —replicó él, dando la vuelta por la mesa de su despacho hasta llegar hasta ella para tomarla en sus brazos—. Quizá me eches un poco de menos mientras esté fuera...

¿Un poco? Aún no se había ido y Robin ya le es taba echando de menos.

· Quizá—se permitió decir ella, con el pulso alte rado por su proximidad, sintiendo ya esa familiar languidez que sentía cuando sus muslos se apreta ron contra los de él.

Cesare esbozó una triste sonrisa ante la falta de convicción en el tono de su respuesta.

—¿Quizá debería darte algo en que pensar mien tras estoy fuera...? —le dijo él mientras bajaba la ca beza y la besaba en la boca apasionadamente.

Robin le devolvió el beso con toda la emoción contenida dentro de sí, apenada con la idea de su marcha y del vacío y la soledad que iba a sentir cuando se hubiera ido...

—Robin, yo... ¡ Quizá deberíais casaros lo antes posible! —dijo Charles. Los observaba desde la puerta de su despacho, contiguo al de Robin—. O si no poner una cerradura en la puerta —añadió iróni camente—. Corregidme si me equivoco, pero ¿no os habíais separado hace sólo unas horas?

Robin se ruborizó en extremo. Era una situación verdaderamente embarazosa. Su padre les había sorprendido juntos ya dos veces en apenas un par de días. Aunque sin embargo no parecía muy convencido por ello de la formalidad de sus relaciones.

—Lo siento, Charles —Cesare fue el que se discul pó mientras sujetaba firmemente a Robin de la cintu ra como si estuviese pegado a ella—. He sido llamado de forma inesperada por un asunto de negocios, y quería ver a Robin antes de irme.

—Por supuesto —dijo su padre muy comprensi vo—. Volveré más tarde.

—No será necesario —afirmó Cesare separándose un poco de Robin—. Tengo que irme ahora de todos modos. Te llamaré más tarde, Robin.

—No te olvides de que hoy llegaré a casa un poco más tarde, pues tengo que pasarme por el hotel a ver cómo están Catriona y Marco —le recordó ella, ya completamente decidida a ir a verlos. De hecho, ¡ardía en deseos de hacerlo!

Cesare le dirigió una breve pero emotiva última mirada, haciendo una respetuosa reverencia a ella y a su padre, antes de salir definitivamente del despa cho, dejando tras de sí un tenso silencio.

—¿Catriona y Marco...? —preguntó Charles.

—El sobrinito de Cesare y su niñera viven con él —respondió Robin, volviéndose a sentar tras la mesa de su despacho, aún algo avergonzada con su padre por haberla sorprendido de nuevo con Cesare en otra situación comprometida.

—¿El sobrino de Cesare? ¿Es este sobrino el he redero que me mencionaste ayer? —le dijo él.

Robin miró a su padre con gesto cauteloso.

—Pensé que te había dicho que Marco era el so brino de Cesare... —dijo ella disimuladamente.

—No —respondió su padre bruscamente—. Y este sobrino vive con él, ¿dices?

—Sí...

—¿Qué edad tiene?

—Unos seis meses —respondió Robin con voz pausada, preguntándose a dónde quería ir a llegar su padre con esa conversación. Porque sin duda quería llegar a alguna parte.

—¿Y Marco es acaso el hijo de la fallecida her mana de Cesare? —trató de averiguar su padre.

—Sí, es él. Papá, ¿cuál es el problema? —le preguntó untó Robin, apretándose inquieta las manos por debajo de la mesa hasta clavarse las uñas en la pal ma de las manos Su padre estaba muy lejos de ser un estúpido, y si juntaba esto con aquello...—. Cesare se hizo literalmente cargo del cuidado del niño cuando Carla... murió. Y ahora le ha adoptado como hijo suyo —le explicó ella.

—¿Es ésa la razón por la que has decidido casarte con él? —insistió su padre.

Robin se notaba cada vez más pálida, daba gra cias por estar

sentada, de otro modo podría haberse mareado o incluso caído.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó a su padre con voz trémula.

Su padre cruzó la sala del despacho, se acercó a ella y la miró como tratando de escrutar sus pensamientos.

—Robin, nadie mejor que yo comprendió cómo te sentiste al saber que probablemente nunca podrías tener hijos. Pero tú no puedes casarte con un hombre sólo porque él tiene un hijo y así tú puedes quererlo como si fuera tuyo —le dijo él mirándola perplejo —. Querida hija...

—Papá, ¿cómo puedes pensar tal cosa después de cómo nos has visto a Cesare y a mí en estos dos días?

Durante un espantoso momento había realmente pensado que su padre había imaginado que Cesare la estaba chantajeando para que se casase con él ha ciéndola sentirse culpable de que el hijo de Carla estuviese ahora huérfano.

Lo que habría resultado desastroso después de todos los esfuerzos que ella había hecho para ocul tarle la verdad.

—Mmm... Es verdad —aceptó su padre, decaído, aunque seguía dándole vueltas al asunto—. Pero que os hayáis enamorado los dos así... después de lo que sucedió, ¿no te parece una coincidencia un poco extraña?

Era más que una coincidencia, mucho más Pero era importante que su padre creyese que ella se iba a casar con Cesare porque lo amaba. Y sólo porque lo amaba...

—Esas cosas pasan —le aseguró ella—. Y tú tam bién querrás a Marco en cuanto lo conozcas. Es precioso —dijo con una sonrisa soñadora.

—Se parece a Gambrelli, ¿no? —dijo su padre al rando exageradamente las cejas.

—Ciertamente, sí —dijo ella con un particular bri llo en los ojos.

—Entonces, ¿es eso lo que verdaderamente quie res? —pregunto él.

· Sí, papá, es verdaderamente lo que quiero —le aseguró ella.

Su padre le dirigió una indulgente sonrisa.

· En ese caso, me agrada verte feliz otra vez, Robin.

¿Era feliz?, se preguntaba Robin, después de que su padre hubiera regresado a su despacho.

Estaba enamorada de un hombre que no la que ría, pero que de todas formas iba a casarse con ella y a llevarla a su cama todas las noches.

Llevarla a la cama de ellos todas las noches, se corrigió ella

misma.

Pero Cesare no iba a hacer todo a su manera en este matrimonio. Aunque él pudiese pensar lo con trario.

Cesare permanecía en silencio e inmóvil en la puerta del cuarto de Marco.

La tenue luz del cuarto estaba encendida, pero Marco no estaba en su cuna como debería haber es tado a las diez de la noche. En lugar de ello, estaba dormido acunado en los brazos de Robin, que sen tada en una silla del cuarto estaba también dormida.

¡Marco dormido en brazos de Robin!

Era algo inesperado, lo último que hubiera pen sado encontrar después de hablar con su padre por teléfono y descubrir que Robin estaba todavía en el hotel Gambrelli. Había estado allí quieto junto a la puerta como una estatua durante más de cinco mi nutos mirándolos a los dos.

Robin no había estado nunca al cuidado de un niño. Su primer marido se había divorciado de ella porque después de muchos meses de casados ella no había querido darle un hijo. Y a pesar de todo ella estaba allí, acunando a Marco tan tierna y deli cadamente como si el pequeño fuera de porcelana.

Cesare no sabía qué hacer, no tenía la menor idea de qué era lo que podía haber pasado.

Su negocio en Niza había concluido; había deci dido volar de regreso a Londres esa misma noche, en vez de quedarse en Francia hasta la mañana si guiente.

Pero cuando había telefoneado a Robin a su casa, para comunicarle su cambio de planes, su padre le había dicho que creía que ella estaba todavía en el hotel Gambrelli.

No podía ser posible que ella estuviera aún allí c on Catriona y Marco. Él ni siquiera se había mol estado en llamar para comprobarlo. Pero durante s u vuelo de regreso a Londres se había preguntado qué era lo que estaría haciendo exactamente todavía en el hotel.

El hotel del que su primo Wolf era un invitado, y quizá también...

Cesare había estado pensando mucho en ello, era muy posible que los dos se hubieran vuelto a encontrar casualmente mientras Robin estaba en el hotel. Era también muy factible, conociendo a Wolf, que su primo se hubiera aprovechado de ese en mentro casual para invitar a Robin a cenar con él.

Sí, todo eso era posible, pero Wolf no había hec ho ninguna de

esas cosas. Porque Robin había es tado en la suite de Cesare todo el tiempo mientras había estado maquinando todos aquellos oscuros pensamientos sobre ella.

No lo entendía. No podía entender por qué Ro bin había permanecido allí durante las últimas tres o cuatro horas, sola en el cuarto de Marco, con el niño en los brazos.

Volvió a salir, esperando no despertarles a ninguno de los dos. Necesitaba un trago después del ajetreado día que había tenido. Necesitaba tiempo y espacio para tratar de desentrañar el misterio de Ro bin y Marco.

·¿Cesare?

Se volvió al oír la voz de ella, y cambió su ex presión, arqueando las cejas.

Robin miró hacia él, sintiendo una aguda punza da en su estómago al creer ver en sus ojos las pre guntas que parecía tener ya preparadas.

Montones de preguntas.

Y todas ellas tenían relación con el hecho de ha berla encontrado en el cuarto de Marco, con el pequeño dormido en sus brazos.

Evitó la mirada inquisitiva de Cesare, incorpo rándose de la silla, y poniéndose muy despacio en pie para no despertar al niño.

· Déjame un momento para poner a Marco de nuevo en su cuna y estaré en seguida contigo —le dijo ella muy suavemente, caminando de puntillas hacia la cuna y dejando al niño con mucho cuidado en ella.

Le puso al lado su osito de peluche y luego los tapó a los dos con la mantita

·Supongo que...

· Hablaremos mejor en el salón, Robin —dijo Ce sare con mucha calma, manteniendo la puerta abier ta para que ella saliese.

Robin lo miraba entre tanto intentando descubrir en los ojos de Cesare las ideas que pasaban por su mente, a la vez que pensaba de qué forma iba ella a explicarle lo sucedido.

—¿Brandy? —le ofreció él, secamente, ya en el sa lón, con la puerta cerrada para que nadie pudiera molestarlos.

—Sí, gracias —dijo ella, deslizando nerviosamente las palmas de las manos por la falda de su traje sastre. Se había quitado la chaqueta unas horas antes cuando se había puesto a jugar con Marco en el suelo.

Había sido para ella una tarde maravillosa, se le había pasado el

tiempo volando con ese adorable niño, merendando con él, y luego bañándolo antes de arreglarle para acostarle. Sólo que no le había lle vado directamente a la cuna, sino que le había vuelto a tomar en brazos hasta que se había quedado dor mido sobre sus hombros. Y tan feliz y relajado, que ella misma se había quedado también dormida.

¡Qué era exactamente como Cesare la había encontrado!

· Gracias —dijo ella de nuevo cuando él le puso en la mano la copa de brandy.

—Así que tu reunión de negocios acabó entonces antes de lo que esperabas, ¿no? —le preguntó ella in tentando distraer su atención para evitar preguntas acerca de Marco.

Cesare echó un trago largo de su copa de brandy antes de responder.

· Así es, tal como dices concluí mis asuntos en Niza antes de lo esperado.

¿Había volado al sur de Francia esta mañana temprano? ¿A Niza? ¿Qué le había llevado con tan ta urgencia a Niza?

· ¿Qué...?

¿Por qué...? Comenzaron ambos a hablar a la vez, interrum piéndose el uno al otro.

—Tú primero —le dijo Robin, tomando un sorbo de su copa de brandy. ¡Presentía que iba a necesitarlo!

En vez de seguir hablando, Cesare la miró inqui sitivamente durante varios y largos minutos.

Él la había acusado de no sentir afecto por los niños. De hecho, lo había utilizado como amenaza cuando le había dicho que tenía, intención de con vertirla en madre de Marco como parte del cumpli miento de la *vendetta* entre las dos familias.

Pero ella no le había corregido cuando él hizo aquella acusación.

No le había contradicho, tampoco, cuando le ha bía dicho que sabía que había sido su egoísmo la causa de que su primer marido se divorciase de ella.

La noche que él la llevó a conocer a Marco, ella parecía también tener miedo de tocar al niño, dando la impresión de que la asustaban los niños.

Pero todas esas impresiones quedaban en nada ante la mirada de extrema ternura que Cesare había visto en la cara de Robin cuando ella había dejado a Marco en su cuna, le había cubierto con la mantita y le había puesto al lado a su osito favorito.

Algo no tenía sentido.

Tampoco tenía ahora mucha importancia.

Una vez que le hubiese confiado a Robin lo que él había sabido hoy en Niza, dudaba mucho que ella se sintiera en la obligación de darle explicaciones sobre algo.

De hecho, Cesare dudaba aún más de que ella quisiera verlo de nuevo después de esa noche…

Capítulo 10

Y ENTONCES... —comenzó diciendo Robin, sentándose en uno de los sillones, tratando de dirigir la conversación en la dirección que a ella le parecía más conveniente—. ¿Qué te llevó a Niza con tanta urgencia?

—Antes de nada, Robin —dijo Cesare, con mucha calma—. Me gustaría que me dijeras ¿qué estabas h aciendo en el cuarto de Marco?

La mirada de ella se desvió hacia un lado tratan do de buscar una respuesta. La verdad era que ella quería a Marco y no podía esperar a que estuvieran casados para estar con el pequeño, pero eso era algo que no quería confesar de momento a Cesare.

—Catriona tenía que hacer unas llamadas y yo me ofrecí a acostar a Marco en su lugar. Desde lue go, no me resultó tan fácil como esperaba, pero creo que es algo a lo que tendré que acostumbrarme —dijo ella, tratando de aparentar la mayor naturalidad.

Cesare la miró sin inmutarse.

—Me parece que ésa no es toda la verdad, ¿no? —le dijo suavemente.

—No sé lo que quieres decir. ¿No pensarás que trataba de hacerle algún daño al niño? —replicó Ro bin algo tensa.

—No, por supuesto que no creo tal cosa —dijo Ce sare, avanzando desde el extremo del salón donde se hallaba hasta colocarse junto a ella y mirarla fija mente—. Te conozco y sé que eres una hermana leal, que te preocupaste en todo momento por tu herma no, y que eres una amante generosa, muy generosa. No te creo capaz de hacer daño intencionadamente a nadie.

—Bueno, eso es algo, supongo —dijo ella con cierta ironía, antes de probar otro trago de su revita lizante brandy.

Lo necesitaba, sentía una creciente desazón en su interior conforme Cesare trataba de ahondar en los motivos de su inesperado comportamiento con Marco.

—Es más que algo, Robin —dijo él con ironía—. Por favor, dime la verdad ¿por qué acostaste a Marco?

Robin pestañeaba tratando de contener las lágri mas, se le hacía un nudo en la garganta intentando disimular su pena para no traicionarse.

—Ya te lo he dicho, Cesare —exclamó ella mien tras él le quitaba de la mano la copa de brandy y la dejaba en la mesita del

café junto a la suya. La aga rró luego de los brazos y la puso de de frente a él.

—Dime por qué se divorció de ti tu marido —le preguntó muy serio.

—Pero si ya lo sabes...

—No, creo que no —dijo, mirándola sin pestañear—. Sólo sé lo que tu marido quiso contarme. Quiero que tú me digas la verdad, Robin.

¿Así que había sido Giles el que le había contado a Cesare que se había divorciado porque ella no que ría tener hijos? ¿Cómo podía haber hecho eso? ¿Cómo podía haberla herido de esa forma después de todo lo que habían pasado para intentar tener el hijo que habían deseado tan desesperadamente? ¿Después de todas las pruebas y exámenes que habían tenido que soportar sin conseguir un diagnóstico fiable de la causa por la que ella no se quedaba embarazada? ¿Era ése el pago que recibía de él por sus desvelos? ¿Cómo podía Giles haber mentido de esa forma?

Las lágrimas rodaron ahora ya libres por sus mejillas.

—Habría sido todo más sencillo si me lo hubieras preguntado directamente a mí desde el primer mo mento —se quejó ella compungida.

Cesare dejó de apretarla, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón.

—Sí, hubiera sido más fácil —aceptó él, a su pe sar—. Pero te lo estoy preguntado ahora, Robin —in sistió él—. ¡Por favor!

Robin lo miraba vacilante. No estaba plenamente convencida de sus intenciones.

—¿Qué pasó en Niza, Cesare? —le preguntó con cautela.

Niza. Donde Carla, la hermana de Cesare había estado cenando con unos amigos la noche del acci dente mortal...

¿O estaba ella intentando sacar conclusiones precipitadas?, se preguntaba Robin con recelo.

Cesare, con los puños apretados, trataba de con tener el impulso que sentía de tomarla en sus bazos y besarla una y otra vez hasta que se disipase aquella pesadilla.

Porque él sabía ahora la verdad y no podía ignorarla.

Incluso aunque por esa verdad pudiera perder a Robin.

Él nunca había pensado en el matrimonio, y la idea de casarse con Robin se suponía que no había sido otra cosa que parte de su plan de venganza par ticular. Pero ese plan ya no tenía sentido. Lo que significaba que ya no iba a obligar a Robin a casar se con él.

¡Robin iba a salir esa noche de su vida y ya nunca más volvería a verla!

Aquella realidad le helaba el corazón. Un cora zón que había creído siempre impermeable, impenetrable...

—Antes de eso, desearía hablar de ti, Robin. Por favor dime la verdad. ¿Tu marido se divorció de ti porque tú no querías quedarte embarazada?

—No —respondió ella rompiendo a llorar.

—Entonces, ¿cuál fue la causa? —insistió una vez más con cierta brusquedad, fuera de sí.

Robin se dio la vuelta como si no pudiera por más tiempo soportar aquella mirada cargada de rencor.

—¡Porque yo no podía darle el hijo que deseaba para perpetuar el nombre de los Bennett! ¡No podía darle hijos, Cesare! —dijo emocionada, volviéndose de nuevo para mirarle a la cara con sus brillantes ojos violeta—. ¿Estás feliz ahora? —le dijo en tono desafiante—. ¡No puedo tener hijos, nunca podré tener hijos de mi propia sangre, porque a pesar de los meses, años intentándolo, todo parece indicar que no puedo quedarme embarazada! —dijo con la voz rota por la emoción en sus últimas palabras, y las lágrimas comenzaron a caer abundantemente por sus tiernas mejillas—. No quería decírtelo, no quería que lo supieras.

Cesare la contemplaba percibiendo la cruda rea lidad de lo que había escuchado como un puñetazo golpeándole directo en el pecho.

¿Robin no podía tener hijos...?

Su cuerpo, ese cuerpo tan esbelto, tan perfecto que parecía hecho para dar y recibir placer, no podía darle hijos al hombre que ella amaba. ¿Y Ben nett se había divorciado de ella por eso?

Cesare sentía deseos de castigar, de golpear a algo, a alguien, por el daño y el desprecio que debía haber sufrido Robin en manos de aquel hombre tan egoísta.

La incapacidad de Robin para tener hijos no la hacía menos mujer, ¿cómo se había atrevido Bennett a hacer una cosa así con ella?

¡Pero quién era Cesare para criticarle cuando él tampoco había atendido a las necesidades y deseos de ella obligándola a casarse con él!

¿En qué era él mejor que Bennett?

¡Cuánto debía odiarle Robin! ¡Cuánto debía odiarles a los dos!

—Lo siento, Robin perdóname...

—¡Guárdate tu compasión, Cesare! —le dijo ella muy enojada, cruzando el salón para dirigirse a por la chaqueta que había dejado anteriormente en el cuarto de Marco—. Necesito irme ahora —añadió con la rigidez de un cadáver—. Podemos continuar esta conversación mañana.

—Siéntate, Robin —le pidió él— Siéntate —repitió con mucha suavidad mientras ella le miraba con gesto de rebeldía.

Ella no quería sentarse. Ella quería salir de allí inmediatamente, necesitaba irse a cualquier parte a lamerse las heridas en privado.

—Por favor, Robin —insistió Cesare—. Necesito explicártelo todo, tengo que decirte la razón por la que fui hoy a Niza, debo contarte la verdad.

Ella suspiró profundamente, en realidad no quería quedarse allí a escuchar lo que él tuviera que de cirle sobre Niza, pero sabía que debía quedarse al menos hasta oír lo que Cesare tuviera que decirle.

—Sólo respóndeme a una cosa, Cesare —le dijo con voz sofocada—. Cuando hayas acabado de con tarme lo que has averiguado hoy en Niza, ¿seguirás pidiéndome que me case contigo? —le preguntó mirándole a la cara con expresión altiva, preparada para recibir el golpe que con toda seguridad vendría a continuación.

Cesare respiró ostensiblemente, con los ojos más oscuros aún que de ordinario.

—No —exclamó—. No, ya no tendré ningún dere cho a pedirte nada, Robin —le confirmó él.

Ella se dio cuenta de que, pese a sus esfuerzos, no había estado preparada para aquello en absoluto, y titubeante, fue a sentarse en el sillón de antes. Te nía la cara pálida y lo miró con gesto de incredulidad.

La expresión de Cesare reflejaba un sentimiento de autodesprecio.

—Me sería más... grato como amante si no pare cieses tan aliviada con la idea de no verte obligada ya a casarte conmigo

¡Aliviada! Robin se sentía como si le faltara el suelo bajo sus pies, como si le faltara el aire en los pulmones, como si todo su mundo, el mundo de co lor rosa que ella se había forjado en torno a Cesare y Marco, se hubiera desvanecido como por encanto de su vida.

Sentía los labios aletargados, y la lengua tan seca, que no hubiera sido capaz de decir una pala bra aunque lo hubiese querido.

Ya no iba a ser la mujer de Cesare.

Ni la madre de Marco.

Iba a pasarse el resto de su vida sin las dos per sonas que ella más quería en este mundo...

Sentía un dolor en su corazón y un profundo va cío en su interior. Como si un repentino soplo de aire se hubiera llevado en un instante todo su amor, todas sus emociones.

—Veo que has recibido las noticias con tanto agrado, que hasta te has quedado sin habla —dijo Cesare, inclinándose a por su copa de brandy y be biéndosela entera de un solo trago. Volvió a echarse otra copa, esta vez doble, convencido de que iba a necesitarlo para proseguir aquella conversación.

De hecho, en cuanto Robin se hubiera ido, pen saba beberse la botella entera.

Había estado muy equivocado con ella.

Ahora sabía que no había sido culpa suya lo de no tener hijos, sino que por el contrario había sido privada de esa felicidad y rechazada cruel e injusta mente por su marido por ello.

¿Cómo había influido todo aquello en ella? ¿Cómo se había sentido después de esa experiencia?

No era de extrañar que a Robin Ingram se la co nociese por ser inalcanzable, que se hubiese estado protegiendo a sí misma de un nuevo rechazo, que hubiese desdeñado mantener nuevas relaciones.

De hecho, Cesare sabía que él no se había toma do la molestia de profundizar en los verdaderos sen timientos de ella, preocupado sólo en seducirla para llegar a hacerla su esposa.

Eso era algo con lo que seguramente tendría que aprender a vivir el resto de su vida.

El recuerdo de Robin en sus brazos iba a perse guirle también para el resto de sus días... y de sus noches.

Volvió a la realidad, consciente de que ella no quería estar allí por más tiempo junto a él.

—¿Recuerdas que Wolf y yo desayunamos juntos esta mañana...?

¿Esta mañana? Parecía que había pasado un siglo, pensó él para sí haciéndose eco de sus propias palabras. ¿No había sido acaso esa misma mañana cuando Robin y él habían estado juntos en la cama después de una apasionada noche de amor que ha bían estado a punto de revivir de no haber sido por la inoportuna llegada de Catriona anunciando esa llamada telefónica que había sido el comienzo de toda aquella pesadilla?

Parecía ahora todo tan lejano, tan distante... —Desde luego —le

confirmó Robin, aún muy páli da, sentada inmóvil en el sillón.

Cesare asintió con la cabeza, mirándola deteni damente, observando los estragos que él había he cho en ella, el dolor que la había causado. Y aún po día causarle más .

· No había vuelto a ver a Wolf desde el funeral de Carla —dijo él —. Como te dije, los dos llevábamos unas vidas muy ocupadas con nuestros negocios. Para ser de la familia, nos veíamos con muy poca frecuencia.

· ¿En las bodas y en los funerales? —comentó ella.

· Exactamente —confirmó Cesare, recordando que él no había hablado con ninguno de los asisten tes al funeral de Carla ese infausto día, pues estaba tan desolado por la muerte de su hermana, que no tenía ganas de entablar conversación con nadie.

Quizá si él hubiera hablado con Wolf sobre ello aquel día, su *vendetta* contra la familia Ingram, su deliberada persecución a Robin chantajeándola para que se casase con él, nada de todo eso habría suce dido... Robin y él podrían haberse conocido en cualquier acto social, quizá en aquella cena benéfica misma, y habrían llegado a conocerse e intimar entre ellos.

¡Pero ya era demasiado tarde para tales arrepen timientos! Demasiado tarde para hacer nada, sino decirle a Robin la verdad y dejar que se fuera de su vida para siempre...

——Así que no había vuelto a ver a Wolf desde el funeral de Carla —prosiguió él—. Estuvimos hablan do de Carla esta mañana, por supuesto. Me expresó sus condolencias, y me dijo, Robin, que ¡él había visto a Carla la noche antes de su muerte!

Robin dio un respingo en su asiento.

—Me habías dicho que ella estaba cenando con unos amigos esa noche...

—Ésa es la cuestión, Robin. Wolf me dijo que cuando vio a Carla, ella estaba cenando con otra persona. Un hombre. Un hombre que ahora lo sé bien, ¡ era Pierre Dupont! —dijo él con aspereza, con una inquietante y peligrosa mirada.

Robin, parpadeó perpleja, tratando de recordar lo que Cesare le había contado sobre aquella noche.

—Pero... Creí que me habías dicho que Carla esta ba cenando con Pierre Dupont y su esposa Charisse la noche de su muerte...

—¡Mintieron! —dijo él muy alterado—. ¡Los dos mintieron! ¡La mujer mintió para proteger a su marido! —dijo paseando arriba y abajo por la habitación— . Durante todo su embarazo, intenté que Carla me dijera quién era el padre del bebé, pero siempre se negó a

revelármelo, asegurándome que ya lo sabría, que en cuanto el niño naciera todo se iba a arreglar. Pero no fue así. Ahora me doy cuenta de que Carla siempre había abrigado la esperanza de que tan pronto naciera el hijo de su amante él dejaría a su esposa y se iría con ella.

Robin se sintió conmovida por la desgracia de Carla, la joven y enamorada mujer, cuyos sueños e ilusiones se habían hecho añicos...

—La noche antes del accidente, Carla y Dupont quedaron para cenar antes de irse a la habitación del hotel donde estaba ella —él movió la cabeza a uno y otro lado—. Después de eso, Dupont le dijo a Carla que no quería volver a verla nunca más, ¡dejándola sola con su hijo!

—¡Oh, Dios...! —gimió Robin.

—Carla estaba desolada, perturbada —los ojos de Cesare mostraban su indignación a la vez que parecían reflejar el dolor y la humillación que su hermana había sufrido— Pero nada de lo que ella le pudie ra decir hizo cambiar de opinión a Dupont, resuelto a seguir con su esposa, y a terminar su relación con Carla para siempre. Robin, ahora sé que estaba equivocado, muy equivocado, cuando te dije que Carla estaba feliz y tranquila la mañana del accidente. En realidad, ella estaba tan trastornada como tu hermano Simon... si no más. Incluso pudo haber sido ella la que causó el accidente —añadió Cesare con voz apagada.

—Nunca lo sabremos ya —dijo Robin moviendo la cabeza con un gesto de tristeza.

· No —reconoció él apesadumbrado—. Pero, ¿ves como cambian las cosas...?

Sí, ya veía...

—¿Qué le hiciste a Pierre Dupont, Cesare? —pre guntó ella de repente, consciente de lo que él era capaz de hacer llevado por aquel particular y orgu lloso sentimiento suyo de venganzá.

· No le he hecho nada —respondió él con arrogancia.

—¿Aún? —dejó caer irónicamente Robin.

· Aún —reconoció él—. Pero eso no es asunto que te deba preocupar, Robin.

—Habiendo sido recientemente el centro de tus iras, Cesare, creo natural que me sienta preocupada por ello —le dijo acaloradamente.

—Un hombre como Dupont no se merece tu pie dad ni tu consideración —dijo con un gesto de des precio en la boca.

Cesare no entendía nada, ¿verdad? No parecía darse cuenta que

no era Pierre Dupont quien le preo cupaba a ella, sino el propio Cesare, y a lo que esa insensata *vendetta* le estaba llevando. ¿No podía comprender que nada de lo que dijese o hiciese aho ra a nadie podría devolverle a Carla de nuevo?

—¿Y qué hay de ti, Cesare? —le preguntó ella ti tubeando—. ¿Te mereces tú mi piedad o mi consideración?

Los ojos de él destellaban fruto de una emoción que rápidamente consiguió enmascarar.

—No —dijo él con voz apagada casi impercepti ble—. De ti sólo merezco desprecio por lo que te he hecho. No basta que te pida perdón por los errores que he cometido contigo y con tu familia.

—Podrías pedirlo de todas formas, Cesare —le dijo Robin muy suavemente.

Él cerró los ojos por un momento, tratando de tranquilizarse, luego la miró a la cara muy fijamente.

—Te pido encarecidamente, Robin, que me per dones —dijo con voz entrecortada—. Pero no hay nada que yo pueda hacer o decir que pueda corregir la equivocación que he cometido con tu familia, el daño que os he causado.

—Estás perdonado, Cesare. Absolutamente, completamente.

¿Cómo no iba a perdonarle si era la persona a la que más quería?A él y a Marco...

· No puede ser tan fácil, Robin —dijo él, movien do la cabeza.

—Sí lo es, Cesare —le confirmó ella, tomando otra vez su chaqueta disponiéndose para salir, sabiendo que no conduciría a nada bueno prolongar aquella agonía. Todo había terminado. Todo —. ¿Por qué no lo intentas tú alguna vez, Cesare? Creo que te haría bien que aprendieras a perdonar.

· Dupont abandonó a Carla cuando ella más lo necesitaba —insistió Cesare—. Peor aún, con la ayuda de su esposa, rechazó a ambos, a Carla y a su hijo, y luego mintieron sobre ello.

Robin lo miraba compasiva.

—Comprendo todo eso, Cesare, pero la venganza es una emoción autodestructiva —le advirtió con tristeza mientras se levantaba—. Te destruirá más a ti que a la persona de la que piensas vengarte.

—¿Es así como me ves? —le dijo él—. ¿Nada más que como un hombre vengativo?

—Desde luego que no —afirmó ella, sin intención de decirle verdaderamente como le veía ella. Era demasiado tarde para eso—. ¿Pero, note das cuenta, Cesare? Tú eres el que tendrá el placer de

criar a Marco —le recordó—. De verle crecer hasta conver tirse en el joven maravilloso que estoy segura va a ser —se detuvo al quebrársele la voz de la emoción. Tragó saliva para poder continuar —. Pierre Dupont nunca le conocerá, probablemente nunca verá al hijo que rechazó antes incluso de que hubiera naci do. Y ¿no es acaso la felicidad de Marco lo único verdaderamente importante?

Cesare la miraba desconcertado.

· ¿Tú te preocupas por él...?

—Sí —le confirmó ella escuetamente.

Cesare comenzaba a comprender que Robin no era la mujer fría y calculadora que él había supues to, debería haberlo sabido mejor que nadie después de la forma en que habían hecho el amor. No, Ro bin no era en absoluto fría; su comportamiento elu diendo a los hombres había sido meramente un acto de autodefensa, para no sentirse herida nunca más por el rechazo de otro hombre.

—Marco podría ser aún tu hijo, Robin —le propu so él—. Aún podrías casarte conmigo...

—Ya te he dicho que no quiero tu compasión, Ce sare —le dijo con una melancólica sonrisa.

¡Pero no sería compasión! ¡Él deseaba casarse con ella, él deseaba protegerla para que nunca más nada ni nadie volviera a hacerle daño!

Cierto que después de todo lo que él le había di cho y hecho, no tenía derecho a pedírselo...

—Yo... ¿podríamos empezar de nuevo? Podríamos salir juntos, pasar un rato juntos. Tú podrías es tar de vez en cuando con Marco —añadió tentadora mente al ver cómo movía ella la cabeza con gesto de duda.

—No, Cesare —respondió Robin muy decidida, determinada más que nunca a no aceptar la compa sión de Cesare. Su amor sí, pero nunca su compa sión. Y Cesare no la quería, nunca la querría, por mucho tiempo que estuvieran saliendo juntos—. No funcionaría.

·Pero...

—No, Cesare —repitió inflexible—. Yo... Es mejor si terminamos así ahora. Nunca sabremos lo que su cedió en Mónaco hace seis meses. Todo lo que sa bemos es que los dos perdimos a miembros queri dos de nuestra familia. Dejémoslo así.

· Si eso es lo que deseas —aceptó él de mala gana.

—Sí, así es —le confirmó ella, deseando salir de allí cuanto antes —. Pero antes necesito saber qué pretendes hacer con las acciones de Publicaciones Ingram que tienes en tu poder.

· Son tuyas —le aseguró Cesare—. Tú...

No te atrevas a decir que yo me las he ganado, Cesare —le interrumpió ella muy airada—. ¡No te atrevas! —le repitió con la voz quebrada y llena de emoción, sabiendo que había sólo una forma por la cual ella podría haberlas conseguido, y aquella no che de amor con Cesare había sido demasiado her mosa para verla vilipendiada de esa manera.

Él frunció el ceño con mirada sombría.

—No iba a decirte nada de eso.

—¿De verdad? —dijo ella incrédúla.

—¡No! —replicó Cesare—. Ya he cometido bastan tes equivocaciones contigo, Robin, y me he com portado contigo de una forma de la que ahora me arrepiento. Pero nunca te insultaría de esa forma. La última noche fue... Nunca te olvidaré, Robin.

Ella tampoco podría olvidarle. ¿Cómo podría hacerlo con lo mucho que lo amaba...?

—Iba a decirte que las acciones de Publicaciones Ingram son tuyas y que puedes hacer con ellas lo que desees. Tendré la transferencia, legalizada y nominativa a tu nombre, mañana por la mañana, y una vez recibida, te las enviaré por mensajería urgente.

Una vez arreglado este asunto, no significaba, en opinión de Cesare, que necesariamente quedara roto todo contacto entre ellos.

Obviamente Robin no compartía esa decisión.

¿Y quién podría culparla de ello? Si él estuviera en su lugar, si ella le hubiera tratado a él como él la había tratado a ella, ¿no habría querido él también cortar de raíz las relaciones entre ellos?

· ¿Aceptas mi palabra? —dijo él.

Desde luego, Cesare —dijo ella sonriendo leve mente—. ¡Otra cosa no, pero sé que eres un hombre de palabra!

«Otra cosa no», se repetía él sin conseguir llenar el hueco que escondían esas palabras.

—Te deseo toda la felicidad del mundo en el futu ro, Robin —le dijo él muy sinceramente.

—Yo te deseo lo mismo a ti, Cesare —replicó ella, volviéndose y caminando hacia la puerta.

Quedarse quieto y permitir que se fuera... fue la cosa más difícil que Cesare había hecho en su vida.

Capítulo 11

ESPERO que sepas lo que estás haciendo — dijo el hombre que estaba al lado de Robin mientras inclinaba la cabeza saludando respetuosamente a los invitados asistentes al baile benéfico.

· Por supuesto que no —le respondió ella alegre mente, tomándole amistosamente del brazo.

El salón estaba lleno de elegantes invitados.

—Me lo temía —susurró con tristeza el conde Wolf Gambrelli, uno de los más dignos ejemplares de aquel glamour que inundaba la sala—. ¿Te das cuenta de que puedes ser responsable de que mi primo me rete a un duelo con pistola esta madrugada?

· Probablemente —dijo ella distraída.

Tenía la atención puesta en las puertas en donde se iba anunciando a los invitados conforme iban lle gando. Deseaba estar al tanto del momento exacto en que Cesare hiciera su entrada… si es que iba.

Habían pasado ya tres meses desde la última vez que se habían visto. Tres largos de meses sin él. Pero esa noche, con motivo del baile benéfico, en cuya organización ella había colaborado, y que te nía lugar curiosamente en el hotel London Gambre lli, ella tenía esperanzas de volver a verlo. Cesare había aceptado la invitación que ella personalmente se había encargado de enviarle.

—Podrías aparentar al menos estar un poco más preocupada por mí, Robin —ironizó Wolf—. Ten en cuenta que podemos estar jugando al bárbaro de porte de la caza del oso, y… ¡Todos sabemos lo que pasa cuando el oso considera que ya le han hostiga do bastante!

—Despedaza a dentelladas al que le está martiri zando —respondió ella despreocupadamente, pues había llegado a entablar una buena amistad con Wolf Gambrelli desde la semana anterior.

Robin no había querido mezclar a su padre en su plan de volver a ver a Cesare. Sabía que él mantenía las máximas reservas en todo lo que estuviera relaciona do con ella y Cesare, y estaba aún algo perplejo por la repentina ruptura de su compromiso.

Wolf no se hacía tantas ilusiones con relación a su primo, y había aceptado más que gustoso acom pañar a Robin esa tarde.

—Exactamente —replicó Wolf—. Quizá sería pru dente por mi parte desaparecer. Espero que com prendas que yo no estaría aquí contigo si no fuera por el hecho de que estoy harto de ver tan triste y enfadado a mi primo.

—No trates de engañarme, Wolf —dijo Robin son riendo—. Sé cuánto has estado esperando ser testigo de esta confrontación entre Cesare y yo —dijo ella, mordiéndose un poco el labio inferior

· Señor Cesare Gambrelli —anunció el recepcio nista de la puerta con toda claridad.

· ¡Está aquí! —exclamó Robin exaltada aferrán dose al brazo de Wolf.

· Eso parece —dijo él, displicente—. Ya sólo queda que me desafíe a ese duelo con pistola.

—Podría ser con espada —murmuró Robin mien tras buscaba entre la multitud al hombre que amaba.

—¡Es un consuelo! —susurró Wolf con simulada tristeza.

No era ningún consuelo, reconocía Robin tem blando. ¿Qué pasaría si Cesare la viese y no le diri giese la palabra? ¿Qué pasaría si la viese con Wolf y decidiera hablarle sólo a su primo?

—Robin...

Las uñas de sus dedos se clavaron dolorosamen te en el brazo de Wolf, dándose cuenta de que mien tras ella había estado buscándolo con tanto afán entre la multitud, Cesare había dado la vuelta por el otro lado de la sala y estaba ahora allí detrás de ella.

Cesare la encontró bellísima. Más hermosa in cluso que la última vez que la había visto tres meses antes. Llevaba un vestido dorado que insinuaba más que afirmaba las curvas de su cuerpo, y estaba ra diante y feliz.

Cesare dirigió una amarga sonrisa a su primo.

· Wolf —le saludó escuetamente.

· Cesare —le respondió él, tomando el brazo de Robin y ofreciéndoselo a Cesare—. Creo que des pués de esto me merezco ser el padrino de vuestra boda —añadió antes de separarse de ellos.

Cesare frunció el ceño, desconcertado por las palabras de su primo.

· ¿Te apetecería bailar conmigo? —la invitó él con mucha formalidad.

—El baile no empieza hasta después de la cena —le respondió ella muy serena con una leve sonrisa.

—Ya lo sé. Pero hay música —dijo, señalando la orquesta que tocaba en uno de los rincones del salón—. Y me gustaría mucho bailar contigo, Robin.

Los allí presentes pensarían que estaban locos. Pero, ¿qué le importaba todo eso a ella?

—Sí, por favor —aceptó ella gentilmente, suspi rando de placer

al sentir la mano de Cesare sobre su espalda cuando él la atrajo hacia sí.

Comenzaron a moverse muy lentamente al com pás de la música. Ella podía haberse estado así toda la vida, segura en los brazos de Cesare.

· ¿Quieres saber por qué está Wolf aquí?

—No —le dijo él—. He decidido hace tres meses no volver hacer más suposiciones sobre lo que hagas o puedas haber hecho.

—¿De verdad? —le dijo ella, mirándole con extrañeza.

—Sí —le confirmó él con una triste sonrisa—. ¡Fí jate lo que pasó la última vez que lo hice!

Ella asintió con la cabeza.

·Casi te casaste conmigo

Casi. Había estado a punto de tener por esposa a aquella deliciosa mujer. Pero todo había cambiado.

Lo que había conseguido era que ahora Robin lo odiase.

—¿Cómo está tu padre? —le preguntó él muy educadamente.

—Oh, papá está bien —respondió ella con ale gría—. ¿Y Marco? ¿Cómo está?

—Andando a gatas —respondió Cesare—. Estoy ocupado todo el tiempo cuidando de él —dijo él, preguntándole tras una breve pausa—. ¿Sigues aún trabajando para Publicaciones Ingram?

—De momento sí —replicó ella, pareciendo evitar la sombra de su mirada.

—¿De momento...? —repitió Cesare lentamente, recordando lo decidida que había estado aquel in fausto día a continuar trabajando con su padre des pués de que ambos estuvieran casados.

¿Qué había sucedido para que cambiase de idea?

Robin no estaba muy convencida de aquella aba rrotada sala fuera el mejor sitio para contarle a Ce sare sus novedades. Pero, por otra parte, tampoco estaba muy segura de si podría tener otra oportunidad de hablar con él.

—Sólo tengo intención de seguir trabajando unos cuatro meses más o así —le explicó ella—. Luego me tomaré un permiso por maternidad —le dijo, mirán dole directamente a los ojos.

Trató de observar la reacción de Cesare, su sor presa inicial, seguida de una fuerte conmoción, se guida a su vez por otra emoción que no pudo leer en aquellos ojos negros.

· Creía que no podías tener hijos... —se atrevió al fin a decir él con voz entrecortada—.

—Sí, yo también —dijo ella con una sonrisa de fe licidad—. Pero

resulta que no era verdad.

—Robin, ¿me estás diciendo que…? ¿Estás…? ¿Es…?

—Sí, estoy embarazada —respondió ella con voz sofocada a las preguntas que él parecía incapaz de terminar— Dentro de seis meses voy a tener a nues tro hijo —añadió con la voz rota por la emoción —. Después de todos mis problemas del pasado, me he tenido que hacer algunas pruebas, pero he pasado ya la frontera de los doce semanas y… ¿Cesare qué piensas hacer?

Apenas tuvo tiempo de darse cuenta de lo que sucedió. Mientras ella protestaba entre sonrisas, Ce sare la sujetó con firmeza por el brazo, abriéndose paso a grandes zancadas por entre la multitud que llenaba la sala. Una multitud que parecía situarse delante como ellos, como si fueran los espectadores de un teatro que ellos dos estuvieran protagonizando. La llevó a su ascensor privado, cenando las puertas tras ellos, y pulsó el botón del ático.

—No sé qué decir… —fue todo lo que se le ocu rrió decir a Cesare.

Robin sonrió, porque sabía que, pasase lo que pasase, iba a tener el hijo de Cesare.

Era un milagro. Un milagro en el que Robin apenas había creído, pellizcándose ella misma cada mañana al despertar para estar segura de todo aque llo no era un sueño. Y no lo era. Su especialista, el mismo que la había atendido durante su matrimonio con Giles, se había sorprendido tanto como ella cuando había ido a su clínica hacía seis semanas.

Ninguna de las pruebas que se había hecho años atrás había sido concluyente sobre las causas por las que no se había quedado embarazada de Giles, y así Robin había acabado, aceptando la idea de que ella nunca podría tener hijos.

Pero una noche de amor con Cesare había basta do para echar por tierra todas esas suposiciones.

—¿No tienes nada que decirme, Cesare? —le pre guntó ella cálidamente.

—Robin, ¿tienes idea…? —se detuvo cuando las puertas del ascensor se abrieron.

—¿Tienes a Marco aquí contigo? —le preguntó presa de excitación en el vestíbulo de entrada.

—Desde luego —le confirmó él—. Pero…

—¿Podría verlo? —le pidió ella anhelante.

—Claro —respondió Cesare algo extrañado— No sé si estará todavía en la cuna, pero…

—Oh, vamos a verlo antes de que lo acuesten —dijo Robin entusiasmada.

Estaba deseando ver al pequeño de nuevo, pero también trataba deseando demorar el momento en que Ce sare tendría que decirle lo que pensaba y sentía so bre su embarazo. Después de todo, él no había dado un solo paso para volver a verla tras su separación tres meses antes.

Ya en el cuarto de Marco, Cesare se volvió y miró a Robin mientras ella se sentaba en el suelo para jugar con el niño sin preocuparse lo más mínimo del elegante vestido de diseño que llevaba. No tenía ojos más que para Marco, haciéndole reír cuando le levantaba los bracitos y le soplaba en la nariz, y riéndose ella misma cuando veía las babitas que le caían al pequeño.

Cesare comprendió la razón del bienestar inte rior que parecía emanar de ella, la razón por la que se la veía tan feliz. ¡Su bebé!

En cambio, él se había ido al infierno y aún no había regresado de él desde que se había separado de ella.

—No te preocupes, Cesare —le dijo ella mientras sostenía al pequeño en brazos—. No espero nada de ti, sólo pensé que deberías saber que ibas a tener un hijo.

—Robin... —dijo él sentándose en el suelo junto a ella, quitándole a Marco de sus brazos para ponerlo sobre la alfombra—. Me siento abrumado por tu noticia...

—Sí, es evidente. Yo también me sentí así al prin cipio, pero ahora estoy... feliz —sonrió.

Cesare pasó su mano derecha por una de las me jillas de ella y la acarició muy suavemente, mirán dola a los ojos.

—Eres tan hermosa... —dijo él en un susurro, con el corazón latiéndole alocadamente—. Tan, tan her mosa, que no puedo decírtelo, Robin. Te amo —le dijo lleno de pasión—. ¡Te amo tanto, que no tengo palabras para decírtelo!

Robin lo miró, casi sin respirar, sin moverse, in capaz de creer lo que estaba escuchando.

· ¿Tú...? ¿Tú me amas? —pudo decir ella final mente embargada de emoción—. ¿Es por el bebé?

· No sólo por el bebé —dijo él con firmeza—. Hace tres meses, cuando aún no había ningún bebé, ya te amaba, pero tenía que dejarte, te había hecho dema siado daño. Yo te amo más que a mi propia vida. Más que a nada ni a nadie. Estos tres últimos meses sin ti han sido... —suspiró profundamente, agitando la ca beza—. No puedo decirte todo lo que te he echado de menos, cómo te he

deseado, la tortura que ha sido mi vida sin poder verte ni siquiera un segundo...

—¿Me amabas hace tres meses? —dijo al fin ella mirándole aún con incredulidad.

—Comprendo lo difícil que debe resultar para ti cre er lo que te digo después de la forma en que me he comportado, pero, sí, te he amado desde entonces. Y era precisamente porque te amaba por lo que tenía que dejar que te fueras. Te hice mucho daño con mi estúpi da venganza, y merecía perderte. Pero ¿no podrías darme otra oportunidad, Robin? —dijo él emocionado, con una intensa expresión en los ojos—. ¿No podrías encontrar en ese corazón tan generoso que tienes la excusa para darme otra oportunidad, para demostrarte todo lo que te quiero, el deseo infinito que siento de casarme contigo y estar contigo toda mi vida?

—Pero... pero... no puedo... —Robin estaba to talmente desconcertada.

¡No podía creer que Cesare le estuviera diciendo que la había amado durante todos esos meses!

—No puedes perdonarme por la forma en que me comporté contigo —admitió él, apesadumbrado, dándose la vuelta—. ¿Por qué ibas a hacerlo? —añadió amar gamente poniéndose de pie—. No me merezco una se gunda oportunidad. ¡No te merezco! Me iré ahora mismo. Por favor,quédate con Marco todo el tiempo que quieras —le dijo con voz apagada, antes de salir.

Robin tardó sólo un segundo en dejar a Marco en su cuna y salir corriendo detrás de él, no ya para decirle que creía en su amor, sino para confesarle que ella sentía lo mismo por él.

—¿Qué? ¿Qué estás haciendo, Robin? —dijo Cesa re cuando llegó al salón y ella se lanzó en sus brazos.

· Te amo, Cesare! —gritó ella en un auténtico éx tasis mientras le llenaba la cara de besos—. ¡Te amo! ¡Te amo! ¡Te amo!

—¿Tú? ¡Gracias, Dios mío! —exclamó él.

Y tomándola de la cintura se abrazó a ella ente rrando su cara en la sedosa fragancia de su pelo.

· ¿Me amas? ¿Realmente me amas, Robin?

· —¡Desde hace meses! —confesó ella.

—¿Meses? ¡Me amabas hace tres meses también! —comprendía ahora él—. Pero si es así, ¿Por qué no me diste otra oportunidad, Robin? ¿Por qué...?

· Porque no sabía que tú me amabas. Me parecía que lo único que sentías por mí era compasión.

—La única persona a la que tengo compasión es a mí mismo, por haber sido tan estúpido, tan arrogante, tan cruel...

—¡Eh, que estás hablando del hombre al que amo! —exclamó ella riéndose.

Cesare apenas podía creerse lo que estaba sucediendo.

Estuve pensando en lo que me dijiste, y seguiré tu consejo sobre Pierre Dupont —le dijo él—. Tenías razón. Ya tiene suficiente castigo sabiendo que nun ca podrá ver a Marco.

· Estoy feliz, Cesare —le dijo ella, acariciándole la mejilla con ternura—. Estoy feliz por ti.

—Nunca más pongas en duda mi amor, Robin —le pidió él, besándola en los ojos, en—la nariz y en los labios—. ¡Deseo estar contigo para siempre!

—¡Y yo contigo! —afirmó ella con efusivamente—. ¡Para siempre, Cesare!

· ¡Cásate conmigo! ¡Por favor, cásate conmigo!le pidió él suplicante.

—Sí —le respondió ella conteniendo la respiración—. ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

Cesare la miró de pronto con gesto enigmático.

· ¿Podemos hacer el amor? Si no, me gustaría llevarte a la cama y tenerte allí conmigo. Tenerte y no dejarte irte de mi lado nunca más —dijo él con voz entrecortada.

· Sí, podemos, Cesare —le dijo Robin sonriéndo le, con los ojos brillando con destellos de amor, mientras él la llevaba en sus brazos al dormitorio y la tendía delicadamente en la cama antes de echarse él a su lado. Ella le echó los brazos alrededor de los hombros para tenerle más cerca.

· Te amo, Cesare Gambrelli. Siempre te amaré

· le prometió ella.

Y yo siempre te amaré a ti, Robin —le prometió él, dándole un beso.

Epílogo

MARCO se pondrá muy contento de tener otra hermanita —le dijo Cesare a Robin, mientras le besaba la mano, esa mano que con tanta fuerza había apretado durante el parto de su tercera hija, hacía sólo unos minutos.

—Tres hijas en cuatro años, Cesare —se rió Robin llena de felicidad, un poco cansada pero deseando que acabasen de limpiar y ponerle los pañales a su nueva hija para poder tenerla de nuevo en los brazos, tras los breves segundos que había podido te nerla tras su venida al mundo.

—Por Marco no tienes que preocuparte, Cesare, pero ¿cómo te las vas a arreglar cuando nuestras hijas se hagan mayores y se pongan a buscar maridos por su cuenta? —bromeó ella, sabiendo muy bien que su marido quería por igual a todos sus hijos: Marco, Carla, Simone y ahora su adorable Anna.

—Wolf me ha sugerido que compre una escopeta para mantener a raya a sus pretendientes —dijo él, con ironía—. Yo, por mi parte, había pensado en ins talar una valla electrificada.

Robin se partía de risa.

—Estoy segura de que entre Marco tú y, contando siempre con su abuelo naturalmente, os las arregla réis muy bien entre todos sin necesidad de escope tas ni de vallas electrificadas.

El rostro de Cesare se tornó súbitamente sereno y su mirada cobró una especial intensidad.

—Te amo tanto, Robin... Los años que he pasado contigo han sido los más felices dé mi vida. Tú eres mi vida.

—Y tú la mía —le aseguró ella con unos ojos que resplandecían de ese mismo amor.

Llevaban cuatro años de matrimonio. Un matri monio de alegría y felicidad, en el que estaban cada vez más unidos. Su amor había llegado a ser tan fuerte y profundo, que ninguno de los dos podía so portar estar separado del otro ni un minuto.

Fin